

A man with short brown hair and a light beard, wearing dark sunglasses, a white dress shirt, a dark tie, and a dark suit jacket. He is standing in front of a blurred background of an airplane. The text is overlaid on the lower half of the image.

DONDE TODO COBRA SENTIDO

CARLOTA MANZANO

**DONDE
TODO COBRA
SENTIDO**

CARLOTA MANZANO

**DONDE
TODO COBRA
SENTIDO**

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Donde todo cobra sentido

Carlota Manzano

©abril, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Donde todo cobra sentido

Carlota Manzano

©abril, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



«Cuando algo se tuerce inesperadamente provoca un cúmulo de situaciones en cadena que te llevan a pensar que todo se confabula en tu contra, dando por hecho que a partir de ahí lo que te espera y encuentres irá en la misma dirección... ¿O no? Quizás solo tienes que observar bien, diferenciar lo que se presenta ante ti y no perder de vista la oportunidad que se cruza en tu camino porque puede que no se repita, ¿o tal vez sí? Las fichas han empezado a moverse solas sobre el tablero de la vida, jugando su propia partida...»

Kristel

—¿A qué hora sale el tren?

Importante pregunta la del taxista que se giró hacia mí, hacia la parte trasera con cara de preocupación.

—Demasiado pronto para el atasco en el que estamos —dije nerviosa—. Dentro de una hora.

—¿Lo lleva todo en orden para ir directa al control? —Me miró a través del espejo interior, avanzando muy poco.

—Sí, pero al paso que vamos. —Miré hacia la ventanilla, preocupada porque sabía que de donde estábamos no saldríamos pronto.

—Lo lamento, debe haber habido algún accidente, no es normal. El tráfico a estas horas es habitual que esté saturado, pero hasta el punto de quedarnos parados durante tanto tiempo, no.

—¿Cuánto hay de aquí a la estación?

—Caminando le echo unos cuarenta minutos, si va corriendo puede reducirlo a media hora —respondió apurado.

—Qué maravilla, correr y con el maletón a cuestas. Con mis cuentas tardaré más. —Me froté la cara.

—Espere unos minutos, a ver si se aligera el tráfico y podemos desviarnos de aquí —asentí.

Nos quedamos en silencio, tenía una angustia por la posibilidad de perder el tren. No me gustaba nada ir con tanto apuro y visto lo visto... no os vayáis a pensar que había salido justa de tiempo de mi piso, para nada. Había anticipado que con tres horas y media tenía suficiente, teniendo en cuenta que el trayecto duraba unos cincuenta minutos en un día normal con semáforos y demás, aproximadamente.

Agobiada estaba porque llevaba dentro del taxi más de una hora y media moviéndonos a paso de tortuga. Me asomé por la ventanilla cagándome en todo al ver gotas de agua caer sobre ella.

—Perfecto, joder —me quejé al ver que el cielo tampoco me iba a dar una tregua.

—Cuando todo dice a salir mal... —habló el taxista, carraspeando.

—Ya... —Bufé mientras abría la mochila que llevaba al lado y buscaba una chaqueta.

Me la coloqué cerrando la cremallera y poniéndome la capucha, a la mierda el tiempo que había perdido pasándome la plancha para alisarme el pelo porque tomé la decisión de lanzarme a la carrera.

—¿Cuánto le debo? Voy a ir por mi cuenta, al menos no estaré parada mientras me da algo por los nervios. — Busqué el monedero.

—No se preocupe, si casi no nos hemos movido. Ha sido entrar en este tapón y...

—No por favor, tenga. —Saqué un billete, ofreciéndoselo.

Después de varios intercambios de palabras para que lo aceptará, terminó cogiéndolo. Nos bajamos del coche y él sacó la maleta del maletero, dejándola a mi lado.

—Muchas gracias —sonreí acomodándome bien la mochila para empezar a correr.

—Espero que pueda subirse a ese tren sin problema —asintió con la misma expresión.

—Y yo. —Reí nerviosa.

Le di la espalda y pasé entre los coches para llegar hasta la acera. El taxi estaba en un tercer carril, era una avenida grande de un sentido. Pues a correr toca, me dije empezando a hacerlo, llevando conmigo el equipaje, el que me retrasaba más de lo que necesitaba. Si lo hubiera podido dejar atrás... ni hablar, llevaba muchos modelitos que me encantaban e iban por delante de mí.

Como se suele decir, antes muerta que sencilla. Y no es que fueran nada del otro mundo, hasta una camiseta combinada con un pantalón tenían la misma importancia que un traje más elaborado. Corrí todo lo que pude, mirando de vez en cuando al cielo al escuchar varios truenos.

Como era de esperar el agua no tardó en caer con más fuerza, poniéndome perdida en cuestión de segundos.

—Joder. —Me sobresalté por el resbalón que di, aprovechando el parón para tomarme unos segundos para descansar, cogiendo varias bocanadas de aire.

Hasta flato me entró, normallll, pero no me frenó en mi intento por llegar antes de que cerraran las puertas de acceso al tren. Miré la hora en el reloj y resoplé, por lo que volví a moverme con ganas, lo que nunca había hecho en mi vida. No me refiero a lo de moverme, sino al maratón que estaba haciendo.

Chorreando, sin respiración, sobrepasada por los nervios y con un cabreo monumental, de esa forma vi a lo lejos la dichosa estación. Comprobé la hora, quedaba solo media para que me quedara fuera. Entré como un huracán al interior, buscando los paneles para saber hacia dónde tenía que dirigirme.

Una vez localizado volví a ir rápido, pero con pocas fuerzas. Las había ido agotando todas, me faltaba tan poco...

—No cierren, por favor —grité al ver que estaba a nada de llegar y dos trabajadores, una mujer y un hombre de la compañía, empezaban a recoger. Ya no quedaba ningún pasajero esperando—. Gracias —dije retirándome el agua de la cara, al ponerme frente a ellos.

—Por poco, ¿eh? —dijo el chico, fijándose en mi estado.

—Sí —respondí buscando el billete y mi identificación dentro de la mochila—. Aquí tienen.

—Tranquila, ya estás aquí, justa, pero en nada ocupando tu asiento —habló la chica mientras lo chequeaba.

—Gracias —repetí cogiendo varias veces aire.

Me despedí de ellos y seguí sus indicaciones. Caminé hacia las escaleras mecánicas que me llevaban hacia las vías. El tren me esperaba con las puertas abiertas, lo de esperar es muy relativo, pero que las tenía cierto es y por ellas me colé en el último vagón, no fuera a ser que entre localizar el mío todo lo que había hecho no sirviera de nada y me quedara con cara de tonta en el andén.

El número seis, me dije empezando a caminar por el pasillo central, con la maleta ladeada porque era de las grandes. Escuché el sonido de las puertas cerrarse al mismo tiempo que por los altavoces una voz anunciaba que iniciábamos el viaje.

—Por fin —solté un suspiro al acceder a mi vagón.

Pasé de largo mi asiento para dejar la maleta al fondo, en el lugar destinado a ello. Con una mueca miré hacia la repisa que superaba la altura de mi pecho. La zona de abajo, la que casi tocaba el suelo, estaba toda ocupada.

Busqué otras opciones, pero como no encontré ninguna me agaché para hacer el primer intento de subirla.

Primer choque con el inicio de la repisa, a muy poco de colarla dentro.

—Joder —me lamenté al perder las fuerzas en el tercer intento, sin conseguirlo.

Se me resbaló de las manos al estar mojada y por lo que pesaba, haciendo el intento de hacerme con ella otra vez. Pensé que me chafaría los pies porque no pude reaccionar para apartarme y dejarla caer. No sucedió, cuando me di cuenta la maleta estaba suspendida en el aire y yo apenas la notaba. Parpadeé varias veces pensando en que no podía ser que estuviera levitando ante mis ojos, eso ya sería demasiado para el día que llevaba.

Fue mi primer pensamiento, que no el correcto ya os lo podéis imaginar, pero es que no me di cuenta de la presencia que tenía pegada a mi espalda hasta que se movió, rozándome.

—¿Qué...? —Giré la cabeza hacia atrás, viendo a un hombre más alto que yo.

Había agarrado mi equipaje por los extremos, ayudándome, lo que agradecí, pero solo interiormente porque en ese instante no fui capaz de pronunciar ni una palabra al ver sus ojos de cerca.

—Apártate —habló con un deje en la pronunciación que me hizo saber que no era español.

—¿Cómo?

—Necesito que salgas del hueco que he formado con los brazos para subir la maleta. —Levantó una ceja—. A no ser que quieras seguir intentándolo y hacerlo tú.

—Oh, toda tuya. —Me agaché para salir de su cobijo, era mucho decir, pero elijo esa palabra porque así lo sentí.

Seguí todos sus movimientos, los que no fueron muchos, haciéndolo rápido, hasta que asintió quedándose frente a mí.

—Muchas gracias. —Me ruboricé al fijarme bien en él—. Te he mojado —dije al ver su ropa.

—La próxima vez si llevas un equipaje tan pesado calcula bien el tiempo para llegar antes —habló sin mostrar nada en las facciones.

—Esa era la intención, pero se me ha complicado todo. —Fruncí un poco el gesto.

No fueron las palabras porque con ellas estaba totalmente de acuerdo, fue el tono duro y cortante que utilizó lo que me hizo mostrar esa reacción. ¿Yo le había pedido ayuda? ¿Me había cruzado con él de alguna manera? No, ¿verdad? Hubiera tardado, quizás al décimo intento o más lo hubiera conseguido, pero la maleta habría terminado

en su sitio bien colocada. Si había intervenido era porque había querido, por lo que ese comentario sobraba a mi parecer. Pasó por mi lado yendo hacia la salida del vagón, sin decir nada más.

—Tú a lo tuyo, Kristel, que ya ha empezado bastante movidito el día y te quedan horas aquí dentro... —murmuré mientras empezaba a caminar hacia mi asiento.

Me quité la mochila y la chaqueta, la primera la puse a mis pies cuando me senté, la segunda la extendí en el reposabrazos para que se escurriera. Por suerte no tenía a nadie a mi lado, en el lateral que elegí cuando saqué el billete solo había asientos individuales que tenían otro delante, mirando hacia el centro los dos, separados por una mesa. Me pasé las manos por el pelo, haciendo una mueca porque la protección de la capucha no había evitado que se me mojara y lo tenía encrespado, intenté peinármelo.

De la mochila saqué un cuaderno y un portátil, agradeciendo que todo el interior de ella estuviera seco, y con ellos, llené casi toda la mesa. Ahí los dejé desviando la mirada hacia la ventana, sin pararme a observar el reflejo de mi aspecto, centrándome en cómo el paisaje exterior pasaba delante de mis ojos. Los cerré por unos segundos, recostando la cabeza hacia atrás.

«Al final todo ha ido bien», me dije y una sonrisa apareció en mi cara, añadiendo un suspiro porque ya podía tranquilizarme y descansar. Pero la paz desapareció al escuchar un ruido a mi lado que me hizo abrirlos para saber de qué se trataba.

Sorprendida vi ocupar el asiento de delante por el mismo hombre que me había ayudado. Miró la mesa, me miró a mí y después al café que llevaba en una mano.

—Perdón —susurré atrayéndolo todo hacia el filo, con la intención de...

—No hace falta que lo recojas, solo necesito un hueco —habló frenando mi intención.

—Vale —dije en tono bajo, sin mirarlo.

Le dejé el espacio que me había pedido, en el que puso el vaso después de darle un sorbo. Inquieta me sentí observada, lo que también intenté ignorar yendo a lo mío. Levanté la pantalla del portátil y lo encendí. Mientras lo hacía, fijé la mirada otra vez en la ventana y no pude evitar que los ojos se me fueran hacia el reflejo del hombre que tenía delante, disimuladamente sin que se diera cuenta.

Se la está jugando, fue mi pensamiento al comprobar que no apartaba los ojos de mí en ningún momento, lo que provocó que me pusiera nerviosa ante su observación directa. ¿No tenía nada mejor que hacer? Me cago... menudo viajecito me espera como no lo corte de raíz. Aunque esperaba que solo fuera al principio y pronto se olvidara de que yo estaba allí.

Con esa intención, para llevarla a cabo yo, me centré en el portátil, en la pantalla iluminada y tecleé la clave. Más

sorbos al café, más movimientos dejándolo despacio encima de la mesa, más sensaciones raras que me alteraban por momentos... y sus ojos sin apartarse de mí, bien lo sabía, aunque yo no desviara la atención de mi entretenimiento.

—¿No tienes nada más interesante que hacer que mirarme todo el rato? —La pregunta salió sola de mis labios, sin poderla retener levantando la cabeza al encuentro de él. Lo encontré de la misma forma, con la atención puesta en mí mientras me echaba hacia atrás en el asiento.

Su reacción fue quedarse callado, levantando las dos cejas y aún más analizada me sentí. Maldije interiormente mientras lo recogía todo rápido y lo regresaba a la mochila, levantándome del asiento con ella colgada en un hombro.

—A ver si el tapizado del asiento te resulta también interesante —murmuré cabreada y nerviosa, empezando a alejarme de allí.

Un murmullo que le llegó con claridad y fue intencionado por mi parte porque hablé a su lado. Ni me paré para ver cuál era su reacción, necesitaba una pausa, lo que me llevó a recorrer los vagones hasta que di con el que ocupaba la cafetería, el segundo.

Me senté en un pequeño taburete delante de la barra y pedí un café con leche junto con un dulce porque el poco desayuno que me había tomado esa mañana ya me había salido hasta por los pies, por el esfuerzo que había realizado.

Mientras me lo preparaban observé con atención lo que me rodeaba. Varias personas estaban de pie junto a las ventanas, hablando animadamente, otras tantas iban por libre tomándose las bebidas que habían pedido hablando por teléfono o mirando hacia el exterior, algunos ocupaban otros taburetes, pero a cierta distancia del que yo había elegido. Todo perfecto hasta que mis ojos se quedaron fijos en la puerta del vagón, agrandándolos cuando vi la presencia de mi «compañero» de viaje al otro lado del cristal, parado sin llegar a entrar. Aparté la vista rápido, centrándola en la bandeja que dejaron frente a mí con todo lo que había pedido.

Azúcar, removerla más insistentemente de lo habitual, mordisco al cruasán de chocolate (por poco me atraganto, conteniendo la respiración), cuando sentí su presencia poniéndose a mi lado.

sorbos al café, más movimientos dejándolo despacio encima de la mesa, más sensaciones raras que me alteraban por momentos... y sus ojos sin apartarse de mí, bien lo sabía, aunque yo no desviara la atención de mi entretenimiento.

—¿No tienes nada más interesante que hacer que mirarme todo el rato? —La pregunta salió sola de mis labios, sin poderla retener levantando la cabeza al encuentro de él. Lo encontré de la misma forma, con la atención puesta en mí mientras me echaba hacia atrás en el asiento.

Su reacción fue quedarse callado, levantando las dos cejas y aún más analizada me sentí. Maldije interiormente mientras lo recogía todo rápido y lo regresaba a la mochila, levantándome del asiento con ella colgada en un hombro.

—A ver si el tapizado del asiento te resulta también interesante —murmuré cabreada y nerviosa, empezando a alejarme de allí.

Un murmullo que le llegó con claridad y fue intencionado por mi parte porque hablé a su lado. Ni me paré para ver cuál era su reacción, necesitaba una pausa, lo que me llevó a recorrer los vagones hasta que di con el que ocupaba la cafetería, el segundo.

Me senté en un pequeño taburete delante de la barra y pedí un café con leche junto con un dulce porque el poco desayuno que me había tomado esa mañana ya me había salido hasta por los pies, por el esfuerzo que había realizado.

Mientras me lo preparaban observé con atención lo que me rodeaba. Varias personas estaban de pie junto a las ventanas, hablando animadamente, otras tantas iban por libre tomándose las bebidas que habían pedido hablando por teléfono o mirando hacia el exterior, algunos ocupaban otros taburetes, pero a cierta distancia del que yo había elegido. Todo perfecto hasta que mis ojos se quedaron fijos en la puerta del vagón, agrandándolos cuando vi la presencia de mi «compañero» de viaje al otro lado del cristal, parado sin llegar a entrar. Aparté la vista rápido, centrándola en la bandeja que dejaron frente a mí con todo lo que había pedido.

Azúcar, removerla más insistentemente de lo habitual, mordisco al cruasán de chocolate (por poco me atraganto conteniendo la respiración), cuando sentí su presencia poniéndose a mi lado.

Capítulo 2



Lander

Me parecía curiosa esa chica. Al abrir la puerta del aseo la había visto pasar por delante tirando de la maleta, ella ni se había dado cuenta de mi presencia porque no me moví. Al salir había seguido sus pasos, dando por hecho que se quedaba en mi mismo vagón, al verla al final intentado buscar un hueco donde dejarla.

Me senté ocupando mi asiento, pero la busqué asomándome hacia atrás para ver cómo le iba. Yo había rellenado el último espacio que quedaba cómodo, por decirlo de alguna manera. Me refiero a que no suponía ningún esfuerzo colocarla donde la puse.

Al ver su segundo intento y sus resoplidos, sin pensar, me había incorporado para ir hasta ella. Tan entretenida estaba que ni se dio cuenta de mi presencia, otra vez. Lo que cambió en cuanto perdió el control de la maleta, la que hubiera caído con fuerza al suelo si yo no la hubiera agarrado al vuelo, encerrándola a ella entre mis brazos.

Por unos instantes me quedé descolocado, al respirar su perfume a tan corta distancia, con una sensación a la que mi cuerpo reaccionó de una forma que me pilló por sorpresa. Y no fue solo el dichoso aroma, sino... yo qué sabía pero por todo lo que me recorrió en cuestión de segundos le hablé con frialdad en un intento de aconsejarla, lo que no se había tomado muy bien.

Decidí apartarme rápido de ella, tomando la dirección de la cafetería, a pesar de que hacía nada que había estado. No se me escapó el comentario que hizo pensándose que no la escuchaba porque dio por hecho que ya me había alejado, antes de que fuera hacia su asiento.

Asombrado me quedé cuando me dirigí hacia el mío con el café y la vi ocupando el de enfrente. Reaccioné por instinto, a ver quién encuentra una lógica a las actitudes que se tienen a veces cuando algo te llama mucho la atención. Eso mismo me estaba sucediendo y no entendía por qué cuando... ya me iréis conociendo y me daréis la razón.

Siguiendo esa falta de lógica no había apartado los ojos de ella, analizándola, intentando encontrar qué tenía que me hacía observarla constantemente, sin poderlo controlar cuando yo era un controlador nato, en todos los aspectos de mi vida. Controlador sobre mí y mi rutina, sobre todo, aunque a veces pecaba en hacerlo hacia los de

mi entorno, por protección y seguridad.

Había sido consciente de su nerviosismo al darse cuenta, aunque no me prestara atención directamente, y también de cómo quiso cerciorarse de que no estaba equivocaba mirando mi reflejo en la ventana. Su pregunta directa me había sorprendido, a pesar de que la entendía perfectamente, pero preferí mantenerme callado, solo gesticulando.

¿Qué mierda iba a responder? Tenía toda la razón por mucho que me tocara los... seguí todos sus movimientos mientras recogía la mesa, guardando el portátil y una libreta dentro de la mochila, con la que se fue. E inexplicablemente mis labios se ladearon al escuchar sus últimas palabras de, «a ver si me parecía igual de interesante el tapizado del asiento».

No fue consciente, pero me giré en el asiento viéndola traspasar la puerta del vagón, continuando su camino, por lo que di por hecho que iba a un lugar concreto. Me tomé unos segundos en los que me sentí raro, dándole varios sorbos largos al café mientras observaba la chaqueta que había dejado colgada en el reposabrazos y las gotas de agua que seguían deslizándose por ella hacia el suelo. Me levanté para seguir con mi inspección, con una idea en mente. Eso debía ser, el desconcierto que me había provocado esa chica en un corto espacio de tiempo y tenía que encontrar una respuesta.

Parado al otro lado de la puerta que daba a la cafetería, la vi observar lo que ocupaba el vagón, hasta que me vio y como es lógico por su última reacción, apartó la mirada de mí centrándose en lo que un camarero le puso delante. Apreté la mandíbula y abrí, accediendo y caminando hasta ponerme a su lado, a pesar de que había otros sitios en los que hacerlo, pero no me servían para lo que quería comprobar.

—Un café con leche —le pedí al camarero después de que me preguntara.

A mis oídos llegó un bufido, pero no aparté la mirada de cómo el chico me lo preparaba. Lo que sí hice fue desviar los ojos de vez en cuando y rápido, de reojo, hacia ella. A la velocidad de la luz estaba comiendo y bebiendo.

—Cóbreme los dos —dije señalando su bandeja.

—No, ni hablar. —Reaccionó rápido.

—Hágalo. —Moví el billete delante del camarero mientras ella abría la mochila y rebuscaba dentro, para evitarlo.

Él nos miró durante unos segundos a los dos, hasta que asintió con una sonrisa quitándomelo de la mano y nos dio la espalda yendo hacia la caja.

—He dicho que no —insistió con la cartera en las manos.

—Ya está hecho. —Carraspeé girándome hacia ella.

Me recibió con el gesto fruncido y la cabeza ladeada.

—Toma. —Sacó un billete, dejándolo en mi bandeja, la que el camarero me había traído con el café.

—No. —Lo arrastré de vuelta hacia ella.

—Que sí, jolines. —Billete de regreso.

—No lo voy a aceptar. Puedes cogerlo para guardártelo o dejarlo ahí para que alguien más se haga con él. Tú decides —comenté antes de llevarme la taza a los labios.

—No quiero que me invites, no te conozco —susurró.

Mis labios se ladearon un poco, pero no la miré manteniendo la vista hacia delante. Me quedé callado viendo con agrado cómo al final, después de varios minutos, cogía el billete y lo devolvía a su lugar. Todo ello con evidencia de que seguía sin estar conforme con mi decisión. Poco me importó porque había conseguido lo que me había propuesto.

El silencio nos rodeó, escuchando el murmullo de nuestro alrededor y noté el momento exacto en el que estaba dispuesta a irse, pero el sonido de una llamada en su móvil la frenó. Lo buscó en el interior de la mochila.

—Hola, Diego —dijo al descolgar. Continué analizándola, escuchando disimuladamente la única parte que podía, la de ella—. Va bien, aunque he tenido algún que otro percance. —Arrugué un poco el gesto—. No. —Rio y se quedó callada escuchando a la otra persona—. Casi pierdo el tren y me he dado una ducha rápida en la calle, con eso te lo digo todo. Ajá, eso, tú ríete que cuando llegue me voy a cobrar todo lo que estás soltando. —Silencio—. Sí, me quedan bastantes horas por delante. —Palabras acompañadas por un suspiro y sentí sus ojos puestos en mí, aunque sabía que no directamente—. ¿Tienes ya los billetes para mañana? —Pausa—. Vale, perfecto. ¿Vendrás a buscarme con Diana? —Otra pausa—. De acuerdo, pues vamos hablando y cuando esté cerca os escribo u os llamo, ¿vale? Tengo muchas ganas de veros. Te quiero, un beso.

Las últimas palabras las escuché lejanas mientras caminaba hacia la puerta. Seguí mi camino para regresar a mi asiento y lo ocupé mirando a través de la ventana. De esa forma la vi llegar al cabo de unos minutos, haciéndose presente su reflejo.

—¿Puedo? —habló al cabo de un tiempo y desvié la atención hacia ella.

Señalaba la mesa con la mochila sobre las piernas y asentí entendiendo que quería volver a sacar lo que había guardado. Lo hizo en silencio mientras yo me entretenía en sacar el móvil y abría un mensaje de Jordan, mi amigo.

Jordan: *¿Cómo va tu incursión por las vías ferroviarias? Jajaja... te estoy imaginando, tantas horas ahí bloqueado. En la vida pensé que te situaría ahí.*

Sus palabras eran debidas a que nunca había viajado en tren, no por nada, pero prefería volar. Menos tiempo, aprovechamiento al máximo de todo y menos cansancio por las horas de más para llegar al destino. Esa vez no me había quedado más remedio porque tenía una reunión a primera hora del día siguiente y me fue imposible encontrar un vuelo, por lo tanto, la única opción había sido comprar el billete de tren.

Lander: *No imagines tanto que desde aquí puedo provocar que te tragues tus palabras. ¿Te recuerdo quién tenía que haberse ocupado de conseguirme un vuelo hace más de una semana? No está yendo tan mal.*

Jordan: *Espera, espera... voy a ignorar la primera parte y voy al «no está yendo tan mal». Desembucha que para que tú digas eso, algo grande ha sucedido...*

Lander: *No sé de qué hablas. —Desvié la mirada de la pantalla, dejando de teclear, al sentirme observado. Así fue cuando vi los ojos de la chica puestos en mí, lo que duró unos segundos al verse pillada, volviendo a centrarse en el ordenador—. Todo lo grande que ha sucedido es que ya llevo dos cafés con leche en movimiento, con sus correspondientes viajes a la cafetería.*

Jordan: *¿A ver con quién te piensas que estás hablando? No me lo trago.*

Mis labios se curvaron al leer su mensaje y volví a sentir la sensación de antes, pero esa vez no aparté la vista de la pantalla, dejando a la chica que mirara lo que quisiera. Yo lo había hecho, y a conciencia, por lo que continué a lo mío sabiendo que lo hacía disimuladamente y se pensaba que no me había dado cuenta.

Lander: *No tienes que tragarte nada, es lo que es. ¿Has rematado la documentación que necesitamos para mañana?*

Jordan: *Ya te pillaré cuando te tenga delante. Sí, está todo controlado, te los vas a llevar de calle.*

Lander: *Lo puedes pensar y llevar a cabo, pero los dos sabemos que no conseguirás nada. Perfecto, si sale algún imprevisto ponme al día y ese es el fin, llevármolos de calle y salir de la reunión más que satisfechos.*

Jordan: *Te dejo tío, están llamando a la puerta. Sí, te acabas de enterar que estoy en casa y me he tomado el día libre, jajaja... pero es que la ocasión lo merece. ¿Sabes quién está llamando?*

Lander: *¿Me vas a hacer nombrar todas las posibilidades? Conociéndote puede ser cualquiera —negué.*

Jordan: *Joder, macho, qué aguafiestas, jajaja... Amanda y ahora sí que te dejo que voy a despedirme en condiciones. Durante varias horas desconecto, si necesitas algo llámame al fijo.*

Lander: *Amanda —y tal cómo escribí el nombre volví a negar—, ¿de la que supuestamente no querías volver a saber en tu vida? Esas fueron tus palabras hace varios meses.*

Jordan: *La misma, jajaja... ya te contaré, nos encontramos hace un par de días y entre unas cosas y otras le conté que me quedaba poco tiempo aquí, que tenía que viajar y se alargaría. Los dos sabemos lo que hay, no hay problema. Tranquilo que estaré puntual para recogerte en la estación.*

Lander: *Pues solo me queda decirte que te despidas en condiciones. Cuando quede media hora para llegar te doy un toque.*

Un mensaje más por su parte de despedida rápida y con un «ok» sobre lo de avisarlo y salí de la conversación dejando el móvil encima de la mesa, esa vez la chica se había encargado de dejarme espacio sin necesidad de que se lo sugiriera.

Tal y como hice los movimientos levanté la cabeza al encuentro de ella. Durante unos segundos la observé, estaba concentrada mirando hacia la pantalla del portátil, hasta que cerré los ojos y recosté la cabeza hacia atrás.

Lander: *Amanda —y tal cómo escribí el nombre volví a negar—, ¿de la que supuestamente no querías volver a saber en tu vida? Esas fueron tus palabras hace varios meses.*

Jordan: *La misma, jajaja... ya te contaré, nos encontramos hace un par de días y entre unas cosas y otras le conté que me quedaba poco tiempo aquí, que tenía que viajar y se alargaría. Los dos sabemos lo que hay, no hay problema. Tranquilo que estaré puntual para recogerte en la estación.*

Lander: *Pues solo me queda decirte que te despidas en condiciones. Cuando quede media hora para llegar te doy un toque.*

Un mensaje más por su parte de despedida rápida y con un «ok» sobre lo de avisarlo y salí de la conversación dejando el móvil encima de la mesa, esa vez la chica se había encargado de dejarme espacio sin necesidad de que se lo sugiriera.

Tal y como hice los movimientos levanté la cabeza al encuentro de ella. Durante unos segundos la observé, estaba concentrada mirando hacia la pantalla del portátil, hasta que cerré los ojos y recosté la cabeza hacia atrás.

Capítulo 3



Kristel

—Hay un hombre muy raro en este tren y para colmo se sienta delante de mí. —Fue lo primero que dije cuando mi amiga Diana descolgó mi llamada.

Fue lo siguiente que hice al darme cuenta de que me había quedado sola, pudiendo hablar con libertad y necesitando escuchar su visión de la situación.

—Un hombre, raro, tren, espacio cerrado y para colmo bien pegadito a ti durante lo que dura el trayecto, que no es poco. Mmm... define lo que consideras raro. Buenos días, por cierto, jajaja...

—Lo de buenos días vamos a dejarlo porque desde que he salido de la cama todo se me ha girado. —Bufé—. Leches, pues lo que viene siendo raro.

—Para mí raro sería que tuviera dos cabezas, que hablara en un idioma irreconocible, como del pasado y con voz de ultratumba, ¿te pones en situación? Que fuera de diferente color, o qué mierda sé, porque para ti, que lo catalogues de raro, puede deberse a que el hombre tenga una verruga en la punta de la nariz.

—¿Qué dices? ¿Desde cuándo catalogo a alguien por su aspecto? —dije con voz ahogada.

—Nunca que mis ojos lo hayan visto, pero es lo que estás haciendo ahora mismo, ¿no? —Soltó una carcajada.

—Joder, es que... —Miré hacia la puerta.

—¿Es guapo?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Si estás hablando sobre él conmigo es porque quieres saber mi opinión.

—Sí —susurré.

—Vuelvo a empezar con mi análisis, ¿es guapo?

—Mucho. —Me removí en el taburete.

—Mmm... ¿Y no tiene verruga a la vista?

—Joder que no.

—Y si es guapo, se sienta enfrente de ti compartiendo espacio... ¿qué mierda haces hablando conmigo en vez de ser todo sonrisas hacia él? Lo mismo terminas el viaje más que satisfecha —comentó divertida.

—Me ha ayudado con la maleta y me ha invitado a desayunar —dije de carrerilla—, pero es que ese no es el problema.

—Chica, con todo lo que dices va sumando puntos, no lo entiendo. A ver, ¿cuál es el supuesto problema?

—Que me mira mucho y raro —solté un suspiro.

—Ya, y a ti eso como que te tiene en alerta constante y con el vello de punta, ¿no?

—Correcto —respondí antes de darle un sorbo al café.

—¿Y no te has parado a pensar que puede que te mire de esa forma porque le has llamado la atención? Lo mismo es una indirecta muy directa que no estás pillando. Joder, nena, que está bueno y yo me lo estoy imaginando cañón. Te observa y para colmo es amable, ¿qué más necesitas para dar algún paso para acercarte a él? No me lo digas —me frenó cuando iba contestarle—, ya has marcado las distancias, como si lo viera.

—¿Qué atención? No llevo aquí ni media hora, jolines. Y lo es, has imaginado perfectamente, me refiero a lo de cañón. —Bufé.

Antes de que volviera a hablar le conté todas las interacciones que había tenido con ese hombre, sin dejarme ningún detalle, lo que me llevó a explicarle lo que me había costado llegar hasta el tren y que casi lo pierdo.

—¿Quieres mi consejo?

—Va, suéltalo.

—Deja de hablar conmigo, ve a tu asiento, ocúpalo y hazte un «Instinto Básico». Sí, con cruce de piernas incorporado y a lo grande e intencionado mientras lo miras como si te lo quisieras comer.

—¿Qué dices? La virgen. Las tres primeras cosas te las acepto, pero ¿en serio cruce piernas como estás sugiriendo? Llevo pantalones, mojados por cierto y no sabes lo que intimida mirarlo directamente. En vez de insinuar que quiero comérmelo haría todo lo contrario y lo sabes. ¿Y por qué mierda me haces pensar en todo esto? Madre mía que ha sido peor llamarte, voy a llegar delante de él nerviosa. —Me froté la cara.

—Joder, nena, ya podrías llevar las piernas al aire. Si es que nunca tomas en cuenta mis consejos. —Rio.

—Aunque todo eso que dices se diera, fíjate por dónde, hay una mesa entre los dos.

—A mí, excusas las justas, a ver si te piensas que no sé que es abatible —dijo con guasa.

—No me estás ayudando. —Dejé caer la cabeza en la mano, al tener el brazo apoyado en la barra.

—No te confundas, lo estoy haciendo y perfectamente, otra cosa es que no sea lo que quieres oír.

—He hablado con Diego por mensaje, hace un rato. —Cambié de dirección.

—Lo sé, me ha escrito después para recordarme la hora en la que llegas. Vendrá a recogerme con tiempo para ir los dos a por ti.

—Vale. —Me quedé pensativa.

—Kristel, ahora en serio.

—Has hablado en serio hasta ahora. —Puse los ojos en blanco.

—Ya —rio—, pero he captado toda tu atención, así que... deja los nervios, las paranoias y fluye con el ambiente que se cree entre vosotros dos.

—Voy a dejar de pensar —asentí levantándome del taburete.

—Por fin, quiero de vez en cuando el parte del viaje, ¿me oyes? A mí no me tengas con dudas hasta que llegues d si te lo tiras o no.

—Te vas a quedar con las ganas. —Esa vez la que reí fui yo mientras salía del vagón de la cafetería.

—La madre, te vas a enterar —se quejó.

—Te prometo que sabrás si hago el «Instinto Básico». Te enviaré una foto recreando el momentazo. —Apreté los labios para no reír.

—Muy graciosa. Mira cómo me río, ja, ja, ja... vamos que me vas a tener a dos velas porque eso no lo verán mis ojos.

—Me encanta que me conozcas tan bien. —Terminé soltando una carcajada, a la que se unió—. Te dejo, veo su cogote, queda sentado de espaldas.

—¿No puedes enviarme ni una fotito de él para alegrarme la vista?

—No, eso sería ir contra su intimidad —respondí divertida.

—Aguafiestas, que eres una aguafiestas, luego...

Colgué riendo y entré en la aplicación de mensajes, buscando nuestra conversación y me despedí de ella de esa forma, por lo que me gané más represalias. Todas en broma, las dos lo sabíamos.

—Vale, vamos allá —me dije al acceder al pasillo.

Mucho más tranquila ocupé mi asiento. Seguí sintiéndome observada, pero no de una manera tan directa, por lo que lo di más o menos como bueno y me centré en lo único que podía hacer para que el tiempo y la situación fueran más llevaderos. Le pedí en silencio, con gestos, si podía volver a ocupar la mesa y ante su asentimiento me puse a ello.

Concentrada en el ordenador no pude evitar desviar la atención de la pantalla y centrarla en él cuando se entretuvo con el móvil. Me llamó la atención que mientras tecleaba su posición se relajaba, hasta sus facciones lo hicieron porque poco habían variado desde que lo había visto.

Me pilló una vez e intenté reaccionar rápido, todo lo disimuladamente que pude a pesar de que le quedó claro que lo estaba mirando directamente. Me subieron los colores y agradecí que no se diera cuenta al volver a estar pendiente de su móvil. No volvió a darse cuenta de que lo miré varias veces más, los ojos se me iban y es que, me quedé embelesada viendo la curva de sus labios. Una sonrisa que hasta ese momento había sido desconocida para mí.

e

Cuando dejó el móvil encima de la mesa intenté no mostrar el nerviosismo que me provocó que volviera a estar pendiente de mí. Actué como si no me diera cuenta, abriendo carpetas en el ordenador y buscando los documentos que necesitaba, hasta que solté el aire que había retenido, silenciosamente, al distinguir que cerraba los ojos y se aislaba de allí.

Mi móvil vibró encima de la mesa y apreté los labios al ver un mensaje de Diana.

Diana: *Dios, dime que has seguido alguno de mis consejos, me conformaría con que fuera solo uno. ¿Te has*

abierto de piernas? Los pantalones son un detalle sin importancia si lo haces como te he dicho. ¿Le has rozado alguna de las suyas con el movimiento? Y en esto no entra pisarle el pie con ganas que nos conocemos. ¿Lo ha pillado? ¿Ha caído? Si no me respondes doy por hecho que os habéis encerrado en el baño y nada más bloquear la puerta os estáis comiendo a besos desesperados y ansiosos, con las manos volando por cada rincón de vuestro cuerpos deshaciéndoos de la ropa justa para que consuméis la tensión que hay entre vosotros. Por tu madre, Kristel, dime que es así. Joder, qué excitante.

Kristel: *Siento tirar por tierra tu lujuriosa imaginación. Tiene los ojos cerrados y va a dormirse. No hemos intercambiado ninguna palabra.*

Diana: *¿¡QUÉ!?! Ese no era el plan, joder. Despiértalo, haz algo. Mueve uno de los pies que tienes inactivos y ejercítalo.*

Kristel: *El pie... jajaja.*

Diana: *Deja de reírte, coño. Es muy fácil, lo subes hasta llevarlo a su paquete y lo dejas ahí, bien colocado obrando el milagro.*

Kristel: *¿Y si me pregunta qué hago? —Seguí con la broma, eso para mí, claro, para ella era una verdad indiscutible y bien claro tenía que lo llevaría a cabo.*

Diana: *Joder, pues si con eso no pilla la directa le dices que te ha dado una rampa, yo qué sé.*

, No lo pude evitar y solté una carcajada, visualizando la escena porque así leída quedaba perfecta, ahora en la realidad terminaría de cualquier otra forma mucho menos ideal de lo que se estaba imaginando. Mi reacción provocó que él volviera a abrir los ojos y los centrara otra vez en mí. Esa vez nuestras miradas se encontraron y no se separaron durante unos segundos, hasta que desvié la mía.

Kristel: *Por tu culpa me he reído, lo he despertado y me está mirando. Te dejo.*

Diana: *¡¡NO!! Ni se te ocurra dejarme, dime exactamente lo que hace.*

Kristel: *Nos vemos cuando llegue, besitos.*

Diana: *Los besitos dáselos a quién tienes delante. No se te ocurra cortar la conversación... ¿Kristel? Nooo me ignoresss...*

Aguanté las ganas de volver a reírme porque todavía me sentía observada, por lo que mis nervios subieron de nivel otra vez. Inquieta, así continué durante bastante tiempo mientras tecleaba en el ordenador. Menudo viajecito me esperaba, fue lo que me repetí varias veces.

—¿Cómo te llamas?

Me sorprendí al escuchar su pregunta, levantando la cabeza al encuentro de la suya.

s

—¿Qué? —dije descolocada.

—¿No tienes nombre? —Frunció el gesto.

—Claro que tengo nombre. —Levanté una ceja porque había vuelto la seriedad y frialdad que había conocido desde el principio en él.

—¿Entonces?

o

—¿Cómo te llamas?

Me sorprendí al escuchar su pregunta, levantando la cabeza al encuentro de la suya.

—¿Qué? —dije descolocada.

—¿No tienes nombre? —Frunció el gesto.

—Claro que tengo nombre. —Levanté una ceja porque había vuelto la seriedad y frialdad que había conocido desde el principio en él.

—¿Entonces?

Capítulo 4



Lander

Joder, la pregunta había salido de mis labios antes de que pudiera contenerla. Ello lo había provocado con el sonido de su risa repentina, la que me había hecho abrir los ojos encontrándomela de esa manera con el móvil entre las manos.

—Kristel —susurró sin apartar la vista de mí, detalle que agradecí y me gustó.

Asentí pensativo y pude distinguir en su expresión que se quedó esperando a que yo hiciera lo propio, para obtener la misma información de mi parte.

—Esto va en las dos direcciones, ¿sabes? —No pudo contenerse.

—¿Estamos en un carril de doble sentido? —Levanté una ceja.

—Eres bastante rarito —dijo frunciendo el gesto.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que no te comportas como una persona normal, al menos a las que estoy acostumbrada. —Carraspeó desviando la mirada hacia la ventana.

—¿Me estás diciendo que soy anormal? En mi cara y lo dices tan natural... —Fruncí el gesto.

—Yo no he dicho eso exactamente, no te conozco. Quería decir... —Bufó volviendo a centrarse en mí—. Tú me has preguntado el nombre, lo normal hubiera sido decirme el tuyo al instante y un encantados por las dos partes. Vamos digo yo.

—Para empezar —me incliné hacia delante, apoyando los brazos en la mesa—, correcto, no estás acostumbrada a estar frente a una persona como yo.

—¿Qué quieres decir? —dijo sorprendida, hasta se echó hacia atrás en el asiento y porque no pudo fundirse con él que, si no, es lo que hubiera sucedido.

—Otro punto a tu favor es que como bien has dicho, no me conoces. Esto que estoy haciendo no suele darse en m mundo.

—En tu mundo. —Arrugó el gesto al repetirlo—. Pues no sé si serás algún invitado de otro planeta, como Marte, por decir uno, pero que yo sepa estamos cara a cara, en un tren muy común de trayecto largo, eres de lo más normalito. Cuidado que no me estoy contradiciendo, me refiero a la apariencia, lo de la actitud es otro tema aparte

—¿Cuál es mi actitud? —Repiquecé con los dedos en la mesa—. Hasta ahora he sido muy correcto. Te he ayudado con la maleta, te he invitado en la cafetería, he aceptado que ocupes toda la mesa... podría haber optado por pasar de largo del problema que tenías como han hecho todos los que están a bordo de este tren y, podría haberme negado a que redujeras mi espacio, aunque no lo fuera a utilizar.

—Bueno, mirándolo así... —Volvió a carraspear.

—Solo hay una manera de verlo —dije serio.

—¿Por qué el cruce de miradas? —Llegó al kit de la cuestión, lo que la tenía de la forma en la que estaba.

—Estás delante de mí —levanté una ceja—, difícil no hacerlo.

—¿En serio? —Se inclinó hacia delante también—. Sabes que no es lo...

—¿Habitual? Hay muchas cosas que se salen de eso que tú dices conocer como habitual. —Me eché hacia atrás, sentándome recto.

—Esto es una pérdida de tiempo —soltó un suspiro—. Mira, no hemos empezado con buen pie.

—En el momento en el que se ha dado yo tenía los míos muy bien puestos, algo que nunca varía.

—Es una forma de hablar. —Puso los ojos en blanco.

—Lo he entendido perfectamente, que mi acento no te haga pensar lo contrario —comenté serio.

—No me vas a llevar por donde quieres, no vas a marcar el ritmo...

—Siempre lo hago y lo consigo. —Curvé un poco los labios al ver la cara que se le quedó al escucharme.

—Pues siento bajarte de tu pedestal porque en mi dirección no va a suceder. —Tomó distancia cruzando los brazos.

—No he hecho nada para que suceda, ¿quieres verlo? Porque si me retas es lo que tendrás.

—¿Me lo vas a decir? —Se removió en el asiento.

—¿El qué?

—Oh, por favor. —Cerró los ojos—. Déjalo, ya no me interesa.

—¿Hasta ahora lo ha hecho?

—¿El qué? Porque si no sabes de lo que hablo...

—Si te ha interesado conocerme más.

—Eres tú el que me ha preguntado, por mí hubiera seguido durante todo el viaje sin hablar.

—Lo dudo. —Levanté una ceja.

—Mira bonito de cara. —Me señaló.

—¿Así me ves?

—Es otra forma de hablar —negó.

—Yo me lo tomo todo literal, otro dato importante a saber sobre mí.

—En esta vida no puedes hacer eso —susurró.

—En la que vivo yo, sí. Es mi forma, mis normas.

No volvió a hablar, por lo que nos quedamos en silencio sin dejar de observarnos. El análisis que llevaba tiempo haciendo sobre ella se me estaba yendo a la mierda porque no conseguía pillarle el punto. No es que no la supiera interpretar, incluso con lo que dejaba en el aire, pero sí que mi intriga aumentaba con cada palabra que salía de sus labios, por cómo reaccionaba ante mí y por cómo afianzaba su barrera sin querer dar el brazo a torcer.

Su siguiente movimiento fue volver a fijarse en el portátil y justo en ese instante fue cuando le respondí lo que estaba esperando.

—Lander.

Desvió la atención, conectando otra vez con mis ojos.

—No lo había oído nunca —susurró—. Gracias.

Me quedé con la palabra en la boca por la interrupción de un hombre que pasaba por el pasillo. Se paró al lado de Kristel y se agachó, recogiendo su chaqueta del suelo, de lo que ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta.

—Perdona, estaba tirada. —Se la ofreció con una sonrisa, llamando su atención.

Por mi parte los observé interactuar. Cómo ella devolviéndole el gesto, le daba las gracias mientras la cogía y él le decía que no era nada, mirándome de reojo.

—Voy a la cafetería, si te apetece... —señaló hacia el final del vagón— a los dos —rectificó al saber que no había apartado la vista de él.

—No hacemos el viaje juntos —comentó Kristel y me centré en ella—. Pero eso no quiere decir que no se lo ofrezcas.

—Tranquila, lo he entendido —sonrió él—. Me llamo Luca, hago solo el trayecto y es muy aburrido.

—Yo Kristel —asintió ella conforme—. Quizás en otro momento me apunto, ahora necesito terminar unas cosas.

—Señaló el ordenador.

—Estupendo, nos vemos por aquí. —Empezó a andar alejándose de nosotros.

—¿Ves? No es tan difícil —murmuró sin mirarme.

—No sé a qué te refieres —hablé, aunque lo sabía perfectamente.

—Una persona se acerca a ti y te dice su nombre, automáticamente la otra da a conocer el suyo y tachán, sin tanto lío queda todo dicho.

—Yo no hago las cosas tan sencillas. Puedes irte con él.

s

—Lo dices como si hubiera elegido quedarme aquí por ti. —Agrandó los ojos.

—¿No es lo que has hecho? —La miré con intensidad.

—Eh, sí, no, me refiero a... —Volvió a señalar el portátil.

—Dilo como quieras, el resultado es el mismo.

—Mira, Lander. —Carraspeó inclinando el cuerpo hacia delante—. Algo que vas a saber de mí, cuando tomo una decisión es porque quiero, cuando elijo una opción es porque me apetece y no hay segundas intenciones y, sobre todo, yo siempre tengo la última palabra referente a mí y lo que hago.

—Conmigo cerca, algo de todo eso que has dicho es cuestionable.

—Nada lo es. —Ladeó los labios—. Intenta forzar algo y te tragas los dientes con algún extra más.

Al terminar empezó a recoger todo lo que había en la mesa. Seguí todos sus movimientos. Cuando lo tuvo todo guardado dejó la mochila debajo del asiento y se levantó, caminando por el pasillo, pero en la dirección contraria de la cafetería.

a

Eché la cabeza hacia atrás sin perderla de vista. ¿Qué me estaba pasando? Era tanta la curiosidad de lo que me provocaba que no podía evitar ir a más cada vez que abría la boca dirección a ella. En cuanto la perdí de vista cerré los ojos. No me entendía y todo el cúmulo de sensaciones que estaba sintiendo me tenían desconcertado porque en la vida me había sucedido.

Si os soy sincero, había agradecido que rechazara la propuesta de ese tal Luca. Inexplicable, pero así era, para qué voy a decir lo contrario. Hasta mi cuerpo se relajó y ni me había dado cuenta de que me había puesto en tensión.

—Kristel, tenemos un problema —murmuré para mí.

Y tanto que lo tenía, pero más centrado en mí. Daba gracias a que solo quedaban seis horas de viaje. Olvidad lo que acabo de decir, demasiado tiempo encerrado en este lugar, ante su presencia. Me froté la cara con las manos y retuve el impulso de ir hacia el baño para refrescármela, donde ella había entrado. Solo faltaba que abriera la puerta y me viera al otro lado, esperando, ya sería el remate para que pensara que la estaba acosando.

Serio vi mi reflejo en el cristal de la ventana. ¿Desde cuándo actuaba de la manera en la que lo estaba haciendo? Si estuviera conmigo Jordan estaría medio ido viendo mi actitud. Dejé salir el aire lentamente y llevé la vista más allá, hacia el exterior. Durante el tiempo que se tomó en volver así me mantuve, dejando la mente en blanco viendo el paisaje por el que pasábamos a gran velocidad.

Menuda experiencia la del tren, me dije en un momento dado, como también me repetí que nunca más se daría esa situación. Ya me encargaría yo personalmente de que no ocurriera, así tuviera que viajar una semana antes al destino que tenía que ir.

Cuando llevaba bastante tiempo solo miré el reloj y fruncí el gesto. Hacía más de veinte minutos que Kristel estaba dentro del baño y no había salido porque el cerrojo de la puerta se escuchaba perfectamente desde donde

estaba. Mirando hacia él me incorporé, empezando a caminar. A la mierda, que pensara lo que quisiera cuando me viera, me dije.

—¿Kristel? —dije en alto después de dar varios golpes en la puerta— ¿Está todo bien?

Impaciente esperé a tener una contestación, la que se demoró mucho para mi gusto y volví a llamar con los nudillos, hasta que la desbloqueó y abrió despacio. Fruncí el gesto ante su imagen.

—Sí —susurró dejando caer el peso en la puerta—. Te diría, ¿qué haces aquí? Pero voy a optar por agradecértelo si es que no tienes que entrar —soltó un suspiro.

—¿Qué te ha pasado? —Apreté la mandíbula.

—No lo sé. —Hizo una mueca—. Estaba bien y cuando llevaba un rato aquí dentro he empezado a encontrarme mal, he perdido las fuerzas —susurró—. Me he mareado, seguramente habrá sido una bajada de tensión.

—¿Estás enferma? —Acorté la distancia al ver cómo la mano se le resbalaba de la puerta.

—No —negó—, solo habrá sido una bajada de algo.

—Sal. —La agarré y tiré de ella.

—¿No vas a entrar? —preguntó cuando me puse a su espalda y la empujé un poco para que se moviera.

—No he venido para eso —confirmé tenso.

—Gracias —repitió en un murmullo.

—Deja de dárme las. Agárrate a mí. —Tal y como lo dije me agaché para cogerla en brazos.

—¿Qué haces? Bájame, nos están mirando —se quejó, pero a pesar de ello o provocado por ese motivo, escondió la cabeza en mi pecho.

—¿Y eso tiene que importarme algo?

¹ —Oh, no, claro. Se me olvidaba que eres rarito y que actúas sobre tus normas. Si lo quieres, lo haces.

—Parece que me vas conociendo. —Ladeé un poco los labios, pero volví a ponerme serio—. ¿Vas mejor?

—Me siento cansada y todavía un poco mareada, pero sí, a mejor —soltó un suspiro.

• Llegué hasta nuestros asientos y la solté para que ocupara el suyo.

—No te muevas y relájate. Voy a la cafetería a por agua, algo salado y ¿qué prefieres, otro café o Coca-Cola? Todo ello te vendrá bien para activarte si estás en lo correcto.

—No hace falta, puedo ir yo. —Intentó levantarse.

—Te quedas aquí. Dime lo que quieres o te traeré un poco de todo y tendrás que terminártelo.

—Ahora prefiero un refresco, se me ha quedado la garganta seca —susurró mirándome con atención.

Asentí y continué por el pasillo, directo hacia donde le había dicho.

—Mierda, no me gusta nada —dije para mí pasándome las manos por el pelo.

A lo que me refería es que se me había quedado un mal cuerpo... una sensación... caminé más ligero para estar de vuelta rápido, junto a ella.

Llegué hasta nuestros asientos y la solté para que ocupara el suyo.

—No te muevas y relájate. Voy a la cafetería a por agua, algo salado y ¿qué prefieres, otro café o Coca-Cola? Todo ello te vendrá bien para activarte si estás en lo correcto.

—No hace falta, puedo ir yo. —Intentó levantarse.

—Te quedas aquí. Dime lo que quieres o te traeré un poco de todo y tendrás que terminártelo.

—Ahora prefiero un refresco, se me ha quedado la garganta seca —susurró mirándome con atención.

Asentí y continué por el pasillo, directo hacia donde le había dicho.

—Mierda, no me gusta nada —dije para mí pasándome las manos por el pelo.

A lo que me refería es que se me había quedado un mal cuerpo... una sensación... caminé más ligero para estar de vuelta rápido, junto a ella.

Capítulo 5



Kristel

Encendí la pantalla del móvil para mirar la hora que era. Casi el final del trayecto. Lo desbloqueé y le envié otro mensaje a Diego para que supiera la estación que acabábamos de dejar atrás, tal y como le dije que haría. Era el segundo que le enviaba a falta de menos de quince minutos para llegar donde me estaban esperando. Quedaba poco para verlos, a él y a Diana, para regresar a mi verdadero hogar. Tenía muchas ganas.

Hacía unos meses que estaba alejada. Me había trasladado a un pequeño pueblo de la costa, donde mis padres tenían una segunda residencia, próxima a una gran capital, pero con la distancia suficiente para que se respirara mucha paz. Eso mismo había ido a buscar.

Cuando tuve la contestación de mi amigo con un «ok» y que ya estaban esperándome con los brazos abiertos, dejé el móvil en la mesa y empecé a recoger todo lo demás que había en ella. Hacía tiempo que me había recuperado del todo, no sabía a qué había venido lo que me había sucedido, pero bueno, esas cosas suceden sin más y de la nada, cuando menos te lo esperas.

Recuperada, pero tocada en las fuerzas, esa era la realidad. Me sentía flojita, pero nada que junto a mis amigos de toda la vida no tuviera solución. Cuando en la mesa solo quedó mi teléfono y la bandeja con los restos de todo lo que Lander me trajo para que me recompusiera, que no fue poco porque apareció con ella llena y no pude hacer otra cosa que ir vaciándola durante el recorrido, por las molestias que se había tomado y por la forma en la que había estado pendiente de mí sin conocerme, dejé los ojos fijos en su asiento.

Estaba vacío, hacía un rato que se había levantado y me pregunté si llegaría a tiempo para despedirme. Cogí varias de las galletitas saladas que quedaban y me las llevé a la boca, teniéndolo todo preparado para salir de allí. Un viaje que podía considerar interesante, como poco, eso había sido al coincidir con Lander.

—Cinco minutos —dije mirando a través de la ventana, soltando un suspiro al escuchar el anuncio por los altavoces de que nos aproximábamos a la estación.

Con una mueca me levanté mirando en los dos sentidos del vagón, ni rastro de Lander, por lo que caminé hacia mi maleta, para bajarla y estar preparada frente a la puerta de salida. En ese instante me fijé en que faltaba un

equipaje, solo uno y me pregunté si no sería el de él. ¿Lo habría sacado y se habría dirigido hacia otro vagón para bajar igual que yo?

—No lo creo —susurré porque después de todas las interacciones que habíamos tenido, no me entraba en la cabeza que se hubiera alejado sin despedirse—. No lo voy a volver a ver... —continué, intuyendo que estaba en lo cierto, con la vista centrada en el hueco que había.

Negué y cogí una bocanada de aire, elevando los brazos para sacar el equipaje. No fue complicado, solo tuve que acompañar a la maleta al deslizarse hacia abajo, dejándola en el suelo y apoyada de tal manera que no se moviera mientras regresaba a mi asiento para ponerme la chaqueta y coger la mochila, la que me colgué a la espalda.

Al hacerlo el tren redujo la velocidad aún más y me di prisa.

—Señorita.

Al escuchar esa palabra me giré por si iba dirigida hacia mí, y así fue cuando me encontré con un hombre mirándome, medio incorporado en uno de los asientos que quedaban al otro lado de donde había estado sentada.

—¿Sí?

—Se deja algo en el asiento. —Lo señaló.

Me palpé el bolsillo del pantalón comprobando que llevaba el móvil, era lo único pequeño que había tenido fuera, por lo que no entendí a lo que se refería. Me acerqué rápido y miré la mesa y el asiento, sin encontrar nada.

—No veo... —dije nerviosa, sintiendo al tren pararse.

—En el otro asiento, el de su pareja —me aclaró.

—No es... —dejé de hablar porque para qué iba a sacarlo de dudas, lo mismo daba, lo que me urgía era salir de allí.

Llevé la mirada hacia el lugar que había ocupado Lander y sí, lo vi. Había un sobre doblado hacia un lateral.

—¿Qué mierda hago? —susurré.

No sé para qué me hice esa pregunta porque me incliné y lo cogí rápido, sin saber si debía hacerlo, pero al menos yo algo lo conocía. Si aparecía otra persona y se hacía con él... ¿Lo conocía? Ja, eso quedaba muy lejos de la realidad, pero la cuestión es que lo hice y corrí hacia la maleta después de agradecerse al hombre.

i

Tiré de ella cuando la puerta se abrió, bajando primero yo y después cargándola. Solté un suspiro respirando

profundo y una sonrisa apareció en mi cara al reconocerlo todo, hasta que me pareció ver la espalda de Lander y me tocó correr otra vez. Estaba visto que ese día por una cosa u otra terminaba haciendo lo mismo.

Sorteando a la gente, diciendo su nombre en alto, fui acercándome. No se paró, por lo que apreté el paso hasta llegar a él.

—Lander —dije sofocada, frenándolo al agarrarlo de un brazo—. Oh, perdón, pensaba... creía que era otra persona, lo he confundido. —Me ruboricé al ver a un hombre desconocido, mirándome extrañado.

—Tranquila, no pasa nada. —Terminó sonriendo y continuó su camino.

—¿Y ahora qué hago? —dije en alto, indecisa, mirando a lo largo de los dos sentidos del andén.

Había bastante gente, los que habían bajado del tren igual que yo porque era una de las paradas principales y otros que esperaban para coger el siguiente que no sería de largo recorrido. Saqué el sobre del bolsillo de la chaqueta, desdoblándolo y leí descubriendo las tres palabras que había escritas en él. Lo que hubiera en el interior estaba protegido al estar cerrado.

«Importante, no perder»

—Joder, pues lo único que pone lo has hecho. —Hice una mueca volviendo a recorrer con la vista todo el andén, con el mismo resultado.

De él pasé a fijarme en el tren, pensando que a lo mejor no se había bajado y seguía en el interior.

—Hay la virgen, a ver si está dentro y se piensa que se lo he robado. —Agrandé los ojos, sintiendo los nervios recorrerme.

Perdí la oportunidad de hacer una pasada rápida desde fuera por los vagones, empezó a moverse y se fue ante mis ojos sin que pudiera hacer nada.

—Mierda. —Doblé rápido el sobre y me lo guardé en el mismo bolsillo del que lo había sacado, cerrando la cremallera para no perderlo.

Durante un tiempo no me moví, pensando en que había actuado mal y demasiado rápido, cogiéndolo, pero es que di por hecho que al faltar un equipaje no iba a regresar. Por eso y porque en el vagón en el que habíamos estado ningún pasajero más se movió de su asiento, con lo cual...

—Sí, tiene que haber bajado —susurré.

Como si eso solucionara algo, dentro o fuera, no lo iba a encontrar. Agarré el asa de la maleta con fuerza,

pensando en la última vez que lo había visto. Entonces entendí su mirada intensa, con la que me observó mientras se levantaba y la que no apartó durante unos minutos, desconcertándome, hasta que se giró dándome la espalda sin decir nada y se fue en la dirección de la cafetería.

Tan descolocada me quedé que no me di cuenta de si sacó su equipaje, llevandoselo con él.

—¿Por qué lo ha hecho? —murmuré parpadeando varias veces— Ni un adiós. —Fruncí los labios—. ¿Y ahora cómo mierda doy con él para devolverle el sobre? Joder, joder, ni, aunque lo intentara lo conseguiría. —Bufé, agobiada.

Poco más podía hacer por mi parte, al menos en ese instante, por lo que me moví dirigiéndome hacia la salida, donde vi a mis amigos a lo lejos con las manos en alto, sincronizados mientras llamaban mi atención, saludándome.

Sonreí de oreja a oreja y terminé riendo cuando se pusieron a hacerme la ola, captando la atención de los que pasaban cerca de ellos.

—Ven aquí que te como esa cara. Joder, te haces cara de ver últimamente. —Me abrazó Diana, abrazo que le correspondí.

—Así me gusta, que dejes el resto del cuerpo para mí. —Soltó una carcajada Diego, contagiándonos mientras me saludaba de la misma forma—. ¿Cansada? —Quiso saber cuándo nos separamos, revolviéndome el pelo.

—Un poco, pero de tantas horas sin moverme del asiento.

—Si ya lo sabía yo, qué decepción. —Bufó Diana—. No gano para disgustos contigo. —Terminó diciendo con las manos en la cadera.

—¿Qué dices? —habló Diego, por lo visto no lo había puesto al tanto de nuestra conversación.

—Aquí nuestra amiga que ha tenido a un *buenorro* de los de pan y moja frente a ella todas estas horas y en vez de hacer lo posible para ejercitar el cuerpo, externo e interno, ha pasado de mis consejos y mírala qué cara tiene. Si es que no puede ser.

—Normal que pase de tus consejos. —Levantó una ceja Diego—. Con los pocos datos que acabo de saber ya imagino cuales han sido —negó pasando un brazo por encima de mis hombros.

—Me he encontrado mal —susurré desviando la mirada.

No era una justificación porque no tenía que darla y Diana lo sabía de sobra. La forma en la que lo dije, en la que reaccioné, tuvo que ver con que no me apetecía recordar a Lander. Me había dolido que después de todo ni se

hubiera dignado a intercambiar unas palabras de despedida conmigo, leches que incluso me había cogido en los brazos. Tampoco podía esperar otra cosa, no nos conocíamos, pero jolines, qué menos, ¿no? Había estado tan atento a mí desde que me había sentido indispuesta, pero claro, cualquier persona al ver a otra mal hubiera actuado de la misma forma, ¿verdad? A eso me aferré porque ya no había cabida para ninguna otra posibilidad.

—Ay, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien? —Se preocupó al instante ella, mirándome con más atención.

—Ya sí, hace rato —sonreí para quitarle importancia.

—¿Qué ha sucedido? —Quiso saber Diego, serio.

—Os lo cuento en el coche, tengo ganas de llegar a casa.

—Venga, compramos algo para cenar rápido y no hay nada que no arregle descansar en la cama de uno —comentó moviendo la llave del coche en alto.

—Todavía es pronto, puedo aguantar hasta más tarde —dije caminando hacia el coche, siguiéndolos.

—Llegas, lo sueltas todo, te metes en la ducha y nosotros nos encargamos del resto. Cuando salgas con el pijama ya me dirás si puedes aguantar o no. —Me miró de reojo, divertido.

—Acabas de darme en el punto débil. —Reí.

—Lo sé. —Se unieron a mí los dos.

^s —¿A qué hora sale el vuelo mañana? —Arrugué la nariz.

—Tranquila, a primera hora de la tarde. Podrás dormir a pierna suelta, la maleta ya la tienes hecha —intervino Diana, colgándose de mi brazo.

^s —Menos mal —solté un suspiro, asintiendo.

Durante el trayecto hasta un restaurante italiano en el que compramos varias *pizzas*, les conté qué me había sucedido, más animada que al soltarlo la primera vez. Llevamos a cabo el plan de Diego de cenar en mi casa y en cuanto me puse el pijama después de pasar por la ducha, di gracias a que lo haríamos a pesar de la hora, porque me dio un bajón de fuerzas importante, más de las que ya me faltaban y no había conseguido recuperar.

Sentados en el sofá, cómodos, nos comimos las *pizzas* mientras los ponía al día de lo que había vivido desde que me había despertado esa mañana. La mirada de Diana alternó entre pícara y ojos soñadores, exceptuando el rato que duró mi exposición de los hechos durante el tiempo en el baño. Diego me escuchó con atención, divertido por todas las expresiones y palabras que fue soltando nuestra amiga, mirándome de reojo, sobre todo, cuando me

quedaba de repente pensativa.

°Se contuvo en preguntarme, en indagar más en el tema, lo que agradecí porque por muy a gusto que estuviera junto a ellos y a pesar de las ganas que tenía de verlos, llegó un momento en el que la boca empezó a abrirse más de la cuenta y los párpados me pesaron, necesitando cerrarlos.

Teníamos mucho tiempo por delante, al día siguiente cogíamos un vuelo los tres para viajar hacia donde vivía desde hacía un año nuestra amiga Maira, Irlanda, lo que me tenía emocionada porque me encantaba. No era la primera vez que pisaba suelo irlandés para visitarla, pero todas las veces había ido sola. Esta vez se daría diferente, volveríamos a estar el cuarteto al completo, por fin.

quedaba de repente pensativa.

Se contuvo en preguntarme, en indagar más en el tema, lo que agradecí porque por muy a gusto que estuviera junto a ellos y a pesar de las ganas que tenía de verlos, llegó un momento en el que la boca empezó a abrirse más de la cuenta y los párpados me pesaron, necesitando cerrarlos.

Teníamos mucho tiempo por delante, al día siguiente cogíamos un vuelo los tres para viajar hacia donde vivía desde hacía un año nuestra amiga Maira, Irlanda, lo que me tenía emocionada porque me encantaba. No era la primera vez que pisaba suelo irlandés para visitarla, pero todas las veces había ido sola. Esta vez se daría diferente, volveríamos a estar el cuarteto al completo, por fin.

Capítulo 6



Me estiré en la cama, curvando los labios. Qué bien me había sentido regresar a mi cama. Entreabrí los ojos hacia la claridad que se colaba por la ventana, poniéndome de lado hacia ella. Abrazada a la almohada apuré el tiempo sin moverme. Había dormido muchas horas, Diego y Diana se fueron sobre las ocho y media y yo tomé el camino de mi habitación en cuanto cerré la puerta.

Vuelta a la normalidad que conocía, aunque no iba a durar mucho tiempo por el viaje que teníamos por delante, pero sí, había regresado para quedarme. El tiempo de desconexión en el pueblo de la costa se había terminado, al menos por un largo tiempo.

Los ojos se me fueron hacia lo que tenía colgado en la silla del escritorio, dejándome pensativa. Lo que había en ella no era otra cosa que la chaqueta del día anterior. Os hacéis una idea de lo que me acordé, ¿verdad? Del dichoso sobre y de Lander. Varias veces me había asaltado el impulso y la necesidad de dar con él, pero era una tontería, no tenía forma de hacerlo. Solo sabía su nombre y para colmo, si me daba por intentar localizarlo, debía tener en cuenta que viviera fuera de España. Si ya de por sí el territorio nacional era muchísimo para abarcar... impensable, solo faltaba añadirle la duda de su acento... a saber si estaba de paso o qué sabía yo.

Me incorporé quedándome sentada. Fuera como fuese, por mucho empeño que pusiera, ¿cómo podría llevarlo a cabo? ¿Por un nombre? Vale que no era muy habitual, aunque pudiera saber por qué zonas se utilizaba más, pero era mucho suponer porque su localización podía estar en cualquier parte. Su deje al hablar, porque la procedencia que tenía ni idea, pero esa característica no correspondía con el nombre, cualquiera daba un paso en su dirección. Terminaría medio loca y no conseguiría nada, de eso estaba segura.

Me levanté y caminé hacia la chaqueta. Abrí el bolsillo donde seguía el sobre y cuando lo tuve en la mano lo levanté a la altura de los ojos. Con la intención de identificar algo dentro lo miré atentamente, quizás había alguna tarjeta con datos o algo legible que me aportara un poco de luz. Fui hacia la ventana y subí la persiana del todo.

Lo puse a contraluz, intentando descifrar lo que había en el interior. Lo único que conseguí tener claro fue que dentro al menos había un papel porque los bordes eran visibles y la percepción de algo escrito también. Nada más relevante ni descifrable y no pensaba a abrirlo...

—¿Y si lo hago? —dije pensativa, dando varios golpecitos en el sobre— Lo mismo hay algún dato, algún

membrete que me facilite la información que necesito... joder, ¿por qué narices lo cogí? —me lamenté.

Lo regresé a la chaqueta, dejándolo asegurado con la cremallera y con el propósito de olvidarme de ello cogí ropa limpia y me dirigí hacia el baño. Me di una ducha y cuando me dirigía hacia la cocina para prepararme el desayuno, el timbre de la puerta sonó.

—¿Qué haces aquí? —hablé sorprendida.

—Oh, qué sorpresa más grata, Diana. Y, sobre todo, gracias por traerme el desayuno. —Movié una bolsa delante de mi cara.

—Vale. —Reí apartándome para que pasara—. Es solo que no me dijiste nada ayer y no te esperaba. —La seguí hacia la cocina.

—No lo tenía planeado, pero me he levantado hace un rato y me he dicho, voy a cargarla de grasas y azúcares para que no se me venga abajo otra vez. —Me senté en la silla de la mesa de la cocina, divertida al escucharla mientras se movía de un lado al otro.

—Estoy bien.

—No digo lo contrario, pero mejor asegurarnos, ¿no? ¿Desde cuándo no te haces una analítica? —Levantó la cabeza desde la isla que estaba en el centro, al ver que no le respondía.

—Bastante. —Carraspeé.

—Pues cuando volvamos del viaje ya estás llamando al médico. —Me señaló con un cruasán después de abrir una de las cajas que había traído.

—Lo haré, pero de verdad que...

—Estoy bien —repitió por mí con retintín.

—Es la realidad. —Reí—. A cualquiera le puede pasar lo que me sucedió, no tiene que ser motivado por algo. —Me encogí de hombros mientras me acercaba a ella y me hacía con un cruasán, dándole el primer mordisco.

—O sí. Te la haces y punto. —Se dirigió hacia la cafetera.

—No me gustan las agujas, sabes cómo me pongo. —Hice una mueca.

—Lo que no te gusta son las personas que te sacan sangre —negó—. Chica, hasta internamente eres complicada.

—Pues sí. —Fui hacia el armario para sacar un brik de leche—. No tengo nada en contra de ellas, pero...

—Te dejan como un colador —negó.

Me quedé en silencio haciendo una mueca, la que no vio porque me daba la espalda mientras terminaba de hacer los cafés. Sobre lo que estábamos hablando era el motivo por el que pasaba años sin hacerme una y gracias a que no era de marearme ni de desmayarme, pero claro, por el tercer o quinto pinchazo, en los que rebuscaban, ya mis nervios se descontrolaban viendo que, a pesar de la insistencia, no salía ni una gota de sangre.

—¿Cómo has dormido?

—Bien —sonreí vertiendo la leche en las tazas que dejé a mi lado.

—Sigue en pie lo de quedarte aquí cuando regresemos del viaje, ¿no?

Asentí mientras iba hacia el microondas para calentarlos un poco.

—¿Ya tienes el equipaje hecho?

—Sí, asombrosamente lo dejé cerrado anoche. —Reímos.

Y tanto que era una sorpresa. No era raro que el mismo día del viaje, unas horas antes, aún estuviera peleándose con él.

—Pues te puedes quedar a comer y hacemos tiempo, después pasamos por tu casa para recogerlo e ir hacia el aeropuerto.

—Lo primero es lo que había pensado. —Me hizo un guiño antes de darle el primer sorbo—. Pero el resto no, llevo toda la documentación en el bolso y la maleta está en el maletero del coche.

—¿Lo vas a dejar en el aparcamiento del aeropuerto o vamos en taxi como dijimos ayer?

—Al aeropuerto de cabeza, lo he pensado mejor. No sale muy caro para diez días, he encontrado una buena oferta —Se encogió de hombros y asentí.

—Ahora aviso a Diego por si se quiere unir.

—Mejor que no. Me comentó que tenía la mañana liada. Iba a casa de su hermana y no sé qué más —continuó al ver la pregunta en mi expresión—. El plan es este: desayunamos, te vistes y sales de casa con todo, para no regresar.

—¿Adónde quieres ir?

—A cualquier lugar al aire libre y después con tiempo vamos directas —sonrió.

—Me parece bien porque tengo muy poco en las despensas.

—Pues venga, come que después de lo que dijiste ayer te veo hasta más delgada. —Arrastró la caja de los dulces hacia mí.

—Estoy como siempre —dije divertida.

—Tú come y calla, que si te da algo que sea por exceso de dulce o empacho, que todo termine en una pequeña diarrea.

—Lo estás pintando que no veas. —Reí—. Solo me falta eso metida en un avión.

—Tienes todo el día para descargar. —Soltó una carcajada—. Ahora me pongo seria. —Levantó una ceja.

—¿Y el cambio...? Si es lo que estoy pensando, olvídalo —le advertí.

¿Me tomó en cuenta? Es Diana, la respuesta está clara. No.

—Piensa mal o bien y acertarás conmigo. —Levantó las dos cejas varias veces—. Ayer no quise meter el dedo en la llaga sacando el tema porque te vi agotada. ¿Qué vas a hacer?

—Nada —respondí rápido, terminándome el café.

—¡No lo dices en serio! —dijo con un pequeño jadeo.

—Sabes que sí. —Me encogí de hombros levantándome, yendo hacia la pica para lavar lo que había utilizado.

—Kristel, ¿después de cómo se acercó a ti y de cómo te trató?

—Lo que gana más fuerza es cómo me trató cuando lo necesité, pero es lo que hay. Ni siquiera tuvo el detalle de avisarme que desaparecía, ya no volvió —susurré.

—Pero pudo ser motivado por varias cosas.

—Claro, por eso se llevó la maleta con él. —Me giré hacia ella, apoyándome en la encimera mientras me secaba las manos con un trapo.

—Joder.

—Y aunque pasara por alto algunas de sus actitudes ¿cómo voy a dar con él? Porque si tienes alguna idea brillante estoy abierta a escucharla. Me conoces y si consigo la información actuaré como corresponde, aunque me produzca rechazo hacerlo.

—Ya lo sé cariño, a mí no tienes que aclarármelo. Sé cómo eres y si hubieras podido, anoche mismo habrías estado frente a él con el sobre delante —negó pensativa—. Qué mierda, al menos si el sobre tuviera algún identificativo de algo...

—Pero no lo tiene, es un callejón sin salida —solté un suspiro—. Voy a vestirme y nos vamos, ¿vale?

—Venga, no pienses más por ahora. Ya lo haremos con calma, seguro que varias mentes consiguen algo.

—Muy positiva te veo —negué.

Fue lo último que dije antes de salir de la cocina y dirigirme hacia la habitación. Elegí para ponerme un vaquero, un jersey finito y las deportivas. Cuando estuve lista cerré la maleta guardando las cosas de aseo que había sacado y me colgué el bolso, agarrando la chaqueta.

—¿Nos vamos? —dije al llegar al salón.

Ante la confirmación de Diana revisé que todas las ventanas estuvieran cerradas y bloqueé la llave de paso del agua, como solía hacer siempre. Una vez en su coche y con todo cargado, nos dirigimos hacia un centro comercial que era al aire libre. Allí hicimos tiempo hasta que se hizo la hora de comer y entramos en un restaurante de comida mejicana.

Después de terminar, mientras mi amiga iba al baño antes de irnos, me quedé sorprendida al ver una imagen a lo lejos. Me levanté despacio, enfocando la vista bien para asegurarme porque no podía ser, ¿o sí?

—¿Adónde vas? —Escuché la voz lejana de Diana, pero no respondí, simplemente mis pies empezaron a caminar hacia la persona que creí reconocer, yendo cada vez más rápido.

Hasta que me paré de golpe cuando la figura del hombre hizo lo mismo y quedó de lado.

—Demasiado fácil. Cómo he podido pensar... —hablé en susurros al comprobar que no se trataba de Lander.

Tenía la misma altura, de espaldas me había parecido... solté un suspiro y negué regresando hacia Diana, la que me esperaba con cara de interrogación.

—¿Qué ha pasado?

—He visto a alguien que se le parecía... —dije mientras me colocaba la chaqueta y me colgaba el bolso.

e

—Ay, la virgen, que la paranoia te va a llevar a perseguir a todos los hombres que den la talla con él.

—De eso nada, a partir de ahora se terminó —confirmé decidida, agarrando el asa de la maleta.

—Eso no te lo crees ni tú. —Rio.

—Vamos para el aeropuerto. —Pasé por alto el contestarle—. Diego me ha enviado un mensaje de que estaba de camino. —Empecé a andar.

—Me callo, ¿no? —dijo poniéndose a mi lado.

—Si es sobre ese tema, sí —asentí seria.

—Coño, es que ya podrías haberte enterado de más datos de él. No estarías así ahora.

,

—¿Con lo que me costó que dijera su nombre? ¿Ese simple dato? Claro que sí... —Bufé—. He dicho chitón.

—Anda, cambia el ánimo. ¡¡Que nos vamos de viaje!!

l

—He visto a alguien que se le parecía... —dije mientras me colocaba la chaqueta y me colgaba el bolso.

—Ay, la virgen, que la paranoia te va a llevar a perseguir a todos los hombres que den la talla con él.

—De eso nada, a partir de ahora se terminó —confirmé decidida, agarrando el asa de la maleta.

—Eso no te lo crees ni tú. —Rio.

—Vamos para el aeropuerto. —Pasé por alto el contestarle—. Diego me ha enviado un mensaje de que estaba de camino. —Empecé a andar.

—Me callo, ¿no? —dijo poniéndose a mi lado.

—Si es sobre ese tema, sí —asentí seria.

—Coño, es que ya podrías haberte enterado de más datos de él. No estarías así ahora.

—¿Con lo que me costó que dijera su nombre? ¿Ese simple dato? Claro que sí... —Bufé—. He dicho chitón.

—Anda, cambia el ánimo. ¡¡Que nos vamos de viaje!!

Capítulo 7



Lander

Con las manos en los bolsillos, mirando a través de la cristalera, había dejado la vista fija hacia el azul intenso del cielo. Estaba a bastante altura, más concretamente en una décima planta, en la sala de reuniones en la que se iba a llevar a cabo el encuentro, esperando a que Jordan llegara junto a los posibles clientes. Todavía quedaba media hora para que aparecieran y mi amigo se había quedado en su despacho hasta que lo avisaran.

Por mi parte había preferido subir hasta allí, para dejar toda la documentación organizada en la mesa. Un avión captó mi atención, o más bien, el reflejo de él y la línea blanca que dejaba en su recorrido. Apreté la mandíbula porque ello me llevó a pensar en el viaje del tren, enfocándome en Kristel.

No era la primera vez, era algo recurrente desde que tomé la decisión de alejarme de ella sin despedirme. No me gustó actuar así y menos lo hizo hacia ella, pero fue lo que sucedió. En ese momento, mientras me tomaba mi tiempo para levantarme del asiento, observándola por última vez, me sentí alterado por lo que pudiera pensar de mi actitud. En la vida me había sucedido, nunca me lo había planteado porque era de llevar a cabo mis decisiones sin más, y, si le añadía que para mí era una desconocida, ya terminaba por rematarme.

Esa sensación opacó a la tranquilidad que sentí cuando el color fue regresando a su cara, lo que ocurrió progresivamente. Con agrado la vi comer todo lo que le llevé, satisfecho conforme lo hacía. Si tuviera que elegir una palabra para resumir el viaje, sería desconcertante en todos los sentidos.

No supo diferenciar mi actitud, lo que iba a hacer. Cuando la miré con intensidad, grabando y memorizando su imagen al detalle, no interpretó que era mi despedida hacia ella. De esa forma me levanté del asiento y caminé por el pasillo en la dirección de la cafetería, por lo que dio por hecho que me dirigía hacia ella.

Incorrecto porque me paré a la altura de los equipajes y miré de reojo que no tenía la atención puesta en mí. Saqué la maleta y con ella me dirigí a dos vagones de distancia, ocupando otro asiento que había libre cerca de una puerta de salida. Cuando el tren paró y me dejó el camino libre al ver el andén, salí de los primeros, caminando a paso rápido para alejarme de allí.

Me dirigí hacia el aparcamiento y localicé a Jordan. Me esperaba fuera del coche y en cuanto me vio, una sonrisa

se dibujó en su cara. Saludo, abrazos, varios intercambios de palabras, guardar el equipaje en el maletero y no tardamos en estar montados en él.

—¿Quieres ir directo a casa? —me preguntó cuando arrancó.

—Sí. —Fui escueto.

—¿Todo está bien? —Me miró de reojo, extrañado.

—Eso tendría que preguntártelo yo después de estar con Amanda —dije sin apartar la mirada de delante.

—¿Acaso dudas de que haya sido de otra forma? —habló con guasa.

—Ahí no entro —negué—, me refería a la sensación del después, a cómo te has quedado.

—Desahogado y adormilado. —Rio, evitando responderme a donde quería llegar—. Joder, no se ha conectado el *bluetooth*. —Se apartó en un lateral, trasteando el móvil porque le estaba sonando una llamada.

Le llevó más tiempo del normal porque tuvo que reiniciar el móvil al quedarse pillado y cuando el sonido de los tonos de llamada que devolvió sonó a través de los altavoces emprendió la marcha. Mientras él hablaba con su padre, al que saludé al principio, recibiendo animadamente lo mismo por parte de él, desconecté de escucharlos.

Al salir del aparcamiento la vista se me fue hacia la entrada de la estación y fruncí el gesto, apretando la mandíbula, al ver a Kristel junto a dos personas más. Una de ellas era un hombre, el que tenía un abrazo rodeándole los hombros. Mi reacción pasó desapercibida para Jordan conforme avanzaba siguiendo su camino, incluso que me girara entre los asientos y mirara por el espejo retrovisor de mi lado buscando su imagen.

Cuando se desvió hacia la derecha cerré los ojos, recostando la cabeza en el asiento. Se acabó, me dije en ese instante.

—¿Me lo vas a decir? —Los abrí ante su pregunta, dándome cuenta de que estábamos otra vez los dos solos. Había colgado.

—No tengo ganas de hablar —contesté con la vista fija en la ventanilla.

¿—¿Qué mierda ha pasado en ese viaje? Estás muy raro.

Mi cuerpo reaccionó automáticamente ante la última palabra, el «raro» que había escuchado varias veces de boca de Kristel.

—Nada y estoy como siempre.

—No me sueltes eso, dime que en otro momento me lo cuentas porque no cuela.

—Ya te he dicho que no tengo ganas de hablar. —Giré la cabeza hacia él.

—Pero, tú estás bien, ¿no? Solo dame esa información.

—Deja de preocuparte —negué.

—¿Cómo voy a hacerlo si no me has respondido? —Me miró de reojo.

—Sí.

Una afirmación que recibió tranquilizándose, una afirmación que yo no sabía si era correcta o no porque las sensaciones que me recorrían... aparté a un lado todo lo que había dejado atrás, para mostrarme ante él lo más normal posible y pareció que lo conseguí porque enseguida volvió a las bromas.

Nos despedimos en la puerta de mi casa, hasta el día siguiente temprano para ultimar los últimos detalles de la reunión y afianzar nuestra estrategia. Cuando entré, cerrando tras de mí, dejé apartada la maleta, soltando un suspiro.

Lo que me llevó a irme lejos fue más trabajo. Ese era mi mundo, del que poco me desviaba. Caminé hacia el pasillo para ir a mi habitación, quitándome el jersey conforme lo hacía. Cuando llegué a ella lo dejé encima de la cama, junto al pantalón y todo lo que llevaba encima.

Desnudo fui hacia el baño y me metí de cabeza en la ducha. Con los ojos cerrados disfruté de la sensación del agua cayendo sobre mí.

—¿Qué cojones me pasa? —dije frotándome la cara en un intento de despejarme, sin conseguirlo mucho.

Acorté el tiempo, agobiado, y salí. Frente al espejo vi difuminada mi imagen en él, debido al vaho que lo había cubierto todo. Durante un rato no aparté la vista de mí mismo, como si al hacerlo, al analizarme desde fuera, pudiera conseguir las respuestas a cómo me sentía. Lo llevaba claro, no lo había hecho en todo el día, a pesar de que había puesto mucho empeño en ello, como para hacerlo en ese corto espacio de tiempo.

Con varias respiraciones profundas y una negación, me fui hacia la habitación mientras me secaba con la toalla. Me vestí con ropa cómoda y me dirigí a la cocina, había estado una semana y media fuera, pero en el congelador quedaba algo para prepararme esa noche. Nada de lo que vi me entró por la vista ni me apeteció por lo que tomé la decisión de que pediría algo a domicilio. Necesitaba que el día terminara cuanto antes y decidí llamar a algún restaurante para cenar ya, aunque fuera última hora de la tarde.

Tenía hambre, no había comido muy bien en el tren, o más bien casi nada. Regresé a la habitación en busca del móvil y me entretuve en hacer el pedido después de elegir dónde llamar. A falta de que el repartidor llegara pasado un tiempo, me dirigí hacia el sofá en el que me senté encendiendo el televisor.

Estaba buscando algo que me llamara la atención cuando el sonido de la melodía del móvil sonó a mi lado. Dejé el mando y lo cogí. Mis labios se curvaron un poco al ver que era Reese.

—Hola desaparecida —dije al descolgar, acomodándome en el sofá.

—¿Perdona? Tiene gracia que precisamente tú me digas eso. —Rio.

—Ya veo lo que te divierte.

—No es para menos, cariño. ¿Cómo ha ido el regreso a casa?

La pregunta que quería evitar a toda costa porque ella me llevaba a...

—Bien.

—¿Ya está?

—¿Qué quieres que te diga? He estado encerrado en un tren muchas horas y hace nada que he llegado.

—Vale, lo acepto. ¿Ha sido muy aburrido?

Si ella supiera, me dije, pero no lo exterioricé.

—Cansado más bien.

—Ya lo imagino. Tengo muchas ganas de que volváis. —Curvé los labios.

—Queda poco para que nos tengas ahí a Jordan y a mí.

—Lo sé —gritó emocionada y hasta escuché el sonido de palmadas.

El tiempo exacto para vernos eran dos días, una vez pasada la reunión que era urgente e interesante por la posibilidad de captar a unos clientes que supondrían un cuantioso beneficio para la empresa. ¿No os he hablado^a sobre ello? Normal porque toda mi atención hasta este momento solo había ido dirigida en una dirección, la que bloqueé automáticamente al recordarla.

Era empresario y el dueño de una empresa que tenía una sucursal en España, pero la sede principal estaba fuera

del territorio, donde había nacido y crecido acompañado por Reese, Jordan y Adam, con intervalos de tiempo diferentes. Ella y yo no éramos familia de sangre, pero nosotros siempre nos habíamos considerado como hermanos elegidos ya que la unión de nuestros padres, en el sentido de una gran amistad, nos había hecho estar al lado del otro desde siempre.

l

—Tengo ganas de regresar —comenté cerrando los ojos, recostando la cabeza.

—A ti te pasa algo —dijo seria—. Y no me vayas a decir que es por el cansancio del viaje, que nos conocemos.

—Ahora no es el momento —hablé en tono bajo.

Misma interpretación, pero con diferentes palabras de las que le había dicho a Jordan.

—Vale, acabas de confirmármelo —soltó un suspiro.

—No pasa nada, no empieces a especular —le pedí porque la conocía tan bien...

—A esa conclusión llegaré por mí misma en cuanto mis ojos te vean —negué.

—Ya te darás cuenta. ¿Cómo va todo por ahí?

—Igual desde que hablamos ayer. —Rio—. ¿Qué esperas que haya cambiado en tan pocas horas?

—No se necesita mucho tiempo para que sucedan cosas impactantes —susurré dejando la vista fija en el techo.

Silencio en el otro lado de la línea, sabía lo que estaba pensando provocado por mi comentario. Por suerte desvié la conversación, cortándola rápido cuando el timbre sonó.

—Espera, acaba de llegar mi cena —le pedí antes de dejar el móvil encima del sofá y dirigirme a abrir.

Lo coloqué encima de la mesa pequeña que había enfrente del sofá y fui hacia la cocina para coger lo que necesitaba, incluyendo una botella de vino.

—Hecho —dije al activar el altavoz.

—Sigo pensando.

—A estas horas no es bueno hacerlo. —Curvé los labios.

—Voy a seguir haciéndolo hasta que llegues porque antes no voy a conseguir sacarte nada. —Carraspeó—. Te dejo, cena tranquilo y descansa que por lo que noto, lo necesitas.

—Gracias, mañana estaré liado.

—Lo imagino, hablamos cuando estéis en el aeropuerto. Al menos estoy tranquila de que vayas a subir a un avión y no a otro tren, está visto que la experiencia no te ha sentado muy bien —habló con guasa.

—No sé a qué te refieres —dije con la boca llena, a propósito, lo que provocó que soltara una carcajada.

—Hasta dentro de poco, cariño.

—Adiós, preciosa.

Me dediqué a cenar, no tardé mucho tiempo. Al final ni siquiera busqué algo que me llamara la atención en el televisor, con la idea de dejarme caer en la cama cuanto antes. En ella, en completo silencio y a oscuras, no pude evitar analizar el día que había pasado, al completo.

La imagen de Kristel llegó a mí nítida, lo que provocó que me removiera entre las sábanas, intranquilo. Con cada reacción, con cada sensación... me ponía peor porque yo no era propenso a que nada me afectara. Al mínimo indicio de que sucediera lo atajaba de raíz.

—Joder... —Bufé tapándome la cara con el antebrazo, sabiendo que si no aflojaba, no conseguiría dormirme.

Separé el brazo de golpe, abriendo los ojos en medio de la oscuridad al sentir la tensión en mi miembro. Increíble, porque hasta ese detalle de sumo valor lo dirigía según mi conveniencia. De adulto en la vida me había empalmado ni excitado por unos pensamientos que me llevaban a desear...

Ese era el puñetero problema, el deseo de saber, de conocer, el deseo que apretaba a mi cuerpo... todo lo referente a esa mujer me había girado la cabeza provocando que no me reconociera en ningún sentido. ¿Cómo podía ser? Era una desconocida de la que solo sabía el nombre y cómo gesticulaba, cómo se reía, cómo se concentraba mientras se mordisqueaba el labio inferior sin darse cuenta, cómo interactuaba...

Mierda y más mierda, me froté la cara por no frotarme otra parte de mi cuerpo que no dejaba de hacerse presente insistente. Hasta que me harté y le puse solución cambiando la dirección de mi mano, quitándome de encima la sábana. Si ya tenía todas las alertas activadas referente a ella, terminaron por saltar por los aires en cuanto me masturbé con su recuerdo en la cabeza.

Por cada caricia, por cada presión, por cada deslizamiento, por todas las sensaciones de placer arrastrando la humedad mientras mis movimientos se aceleraban y mi respiración se descompasaba... ella fue la responsable de que me corriera como hacía tiempo que no se daba, con una intensidad que me dejó medio ido y más desconcertado si cabe.

1

2

3

4

Capítulo 8



Kristel

—¿No habéis pasado por casa para dejar las bolsas? —dijo Diego al vernos acercarnos con ellas en las manos. Sabía que habíamos estado de tiendas, en el centro comercial.

—Que conste que yo lo he sugerido —respondí después de darle un beso.

—¿Para qué? Ahora las metemos como podamos dentro de las maletas.

—Será porque no lleváis ropa suficiente —comentó divertido al ver a Diana hacerlo.

—Nunca es bastante, pequeño saltamontes. Mira y aprende. —Rio ella sentada encima porque no podía cerrarla.

Yo la imité también riendo, pero me paré en sacar las prendas de las bolsas y las extendí para que ocuparan menos. Tampoco era mucho extra, solo me había comprado un pantalón, un jersey y dos camisetas, las tres últimas en oferta y no había desperdiciado la oportunidad.

—Anda quita, así no la vas a cerrar nunca —negó él, levantándola—. Lo tuyo no es el orden.

—Yo voy a lo rápido encanto. —Le hizo un guiño—. ¿Ya lo has hecho? —Me miró sorprendida al verme de pie, con todo en orden.

—No la llevo tan llena como tú. —Me encogí de hombros.

—Ya está. —Se incorporó Diego.

—Te has ganado más besos. —Se colgó de su cuello Diana, cubriéndole la cara con ellos.

Entre risas nos dirigimos hacia los mostradores que ya estaban abiertos, para facturar y después hacia el control de seguridad. El tiempo de espera no se hizo pesado pasándolo en una cafetería. Subidos al avión, yo en el asiento de

la ventanilla, esperamos impacientes a que se terminara de llenar.

—¿Habéis avisado a Maira? —preguntó Diego.

—Sí, le he escrito un mensaje en la cola para embarcar —respondí.

—Guay. —Aplaudió Diana.

—Hay ganas, ¿eh? —Los miré.

Para ellos era la primera vez que visitarían Irlanda, lo que no quería decir que durante el tiempo que hacía que nuestra amiga Maira estaba allí, no la hubieran visto porque venía a menudo en viajes exprés.

—Ya te digo. Llevo una semana viendo fotografías de todo tipo.

—Lo de todo tipo abre la duda a la imaginación que has tenido —negó Diego.

—¿Ella? Seguro que al principio se centró en los paisajes y después ya todo fueron las características de los hombres de allí. —Apreté los labios, conteniéndome.

—Pues claro, cuando se va a un lugar nuevo hay que estar al día de todo —asintió varias veces, provocando que Diego y yo riéramos—. Por fin —dijo nerviosa cuando cerraron las puertas.

Saqué el móvil del bolso y antes de ponerlo en modo avión, le escribí un mensaje a mi madre para avisarla. Lo leyó rápido porque estaba esperándolo, respondiéndome con un *«que vaya muy bien el vuelo, tesoro. Avisame cuando aterricéis»*. Guardé el móvil y desvié la mirada hacia la ventanilla, recostando la cabeza.

Nos habíamos pasado por su casa antes de ir hacia el aeropuerto, desviándonos del plan, pero como íbamos con tiempo de sobra se lo había pedido a Diana y había aceptado encantada. Después del tiempo que hacía que no me veían mis padres, qué mínimo que antes de volver a desaparecer hacerles una visita, a mi regreso tendría tiempo para estar más con ellos.

El avión despegó diez minutos antes de la hora. Me puse los auriculares con el volumen bajo y cerré los ojos notando la sensación que provocaba en el cuerpo, hasta que se estabilizó. Me adormecí como hicieron mis amigos hacia los que miré de reojo antes de dejar de ser consciente de todo.

Mis párpados se abrieron al sentir movimiento en mi bolso.

—No quería despertarte —habló en tono bajo Diego—, estaba buscando tu móvil para quitar la música.

—No pasa nada —sonreí imitando su tono porque Diana estaba dormida, cogiendo buena postura en el asiento

porque me había ido inclinando sin darme cuenta.

—¿Muy cansada?

—Pensaba que había dormido bastante, pero un poco la verdad.

—Son dos viajes muy seguidos y el primero de muchas horas. Por mucho que fueras cómoda el cuerpo lo nota.

—Ya lo sé, pero cualquiera le decía a Maira que iríamos unos días después —sonreí.

—Quiere aprovechar las vacaciones al máximo con nosotros —susurró.

—Lo sé, por eso este atracón continuo. —Me encogí de hombros.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿por qué? —Medio giré hacia él.

—Anoche te vi un poco tocada y después de lo que explicaste...

—Fue por todo el tute del día —me justifiqué.

—Si quieres dejo el tema, pero los dos sabemos que no va por ahí.

Me quedé en silencio unos minutos, mirando hacia la ventanilla, pensativa.

—Se me pasará, es muy reciente —susurré.

—¿Tanto te afectó ese hombre?

—Por lo visto, sí —murmuré.

—Te diría que le pusieras solución, pero como es inviable, mi consejo es que empieces a quitártelo de la cabeza.
;

—Estoy en ello Diego, pero no me pidas tanto por ahora —le sonreí.

—Ven aquí. —Levantó el brazo y me cobijé en él—. Olvídate de lo que tienes de él porque si no, no vas a avanzar.

—Pone que es importante —solté un suspiro.

—¿Y qué esperas conseguir? ¿Un milagro?

Volví a quedarme callada porque sabía que tenía razón, pero el runrún de que lo intentara no me abandonaba. No tenía ni idea hacia dónde tirar, estaba perdida por completo, aunque era un tema del que si me encargaba, lo haría a mi regreso. Los días en Irlanda eran para desconectar, para disfrutar junto a todos mis amigos.

—Ya veré lo que hago, por el momento apartarlo.

—Buena decisión. —Cerré los ojos cuando sentí un beso en la cabeza.

En esa posición volví a quedarme adormilada, hasta que la voz de Diana me despertó avisándonos de que estábamos a punto de aterrizar. Diego también se había quedado dormido. Al tocar tierra, en cuanto pude, le envié el mensaje a mi madre para que se quedara tranquila.

Con las maletas con nosotros otra vez nos dirigimos hacia la salida. Reí cuando pasamos la última puerta, al localizar a Maira. Estaba con una pancarta en alto, ondeándola de lado a lado, en la que había escrito con letras cantosas, «Bienvenidos churris, mis culitos lindos». Diego y Diana no tardaron en unirse a mí en las risas cuando señalé en su dirección.

Estaban tan atentos en mirar todos los detalles que no se fijaron en ella y eso que llamaba mucho la atención y resaltaba ante la seriedad de las personas que tenía alrededor.

—Qué ganas tenía de hacer esto. —Nos abrazó a los tres, gesto que le correspondimos con fuerza.

—Menos mal que lo has escrito en español —dijo Diego divertido, refiriéndose a la pancarta.

—A mis niños que no les falte de nada. —Rio Maira, achuchándome—. ¿Cómo tenéis el cuerpo? —Nos miró con atención empezando a caminar, la seguimos.

—Estupendo —dije con ironía, ganándome un levantamiento de ceja por su parte.

—El mío para lo que le echen —se animó al instante Diana.

—Mi palabra como es la última y pierde peso al estar en minoría, pues me dejo llevar por vosotras.

—Maravilloso, a ver qué os parece lo que he pensado. Vamos a mi casa a dejar las maletas y salimos a cenar fuera, que empiece la fiesta. Así os hacéis con el entorno y veis el ambiente.

—Mucho entorno no vamos a ver de noche. —Reí.

—Mujer de poca fe, dejáelos guiar por mí. —Acompañó a sus palabras con un guiño exagerado, por lo que terminamos todos riendo, viéndola arrastrar la pancarta por todo el aeropuerto.

Conformes todos, lo llevamos a cabo. Fue un descanso deshacernos del equipaje, momento en el que Maira aprovechó para enseñarles la casa rápido a Diego y Diana. Cuando salimos de ella caminamos por la acera, terminando en un restaurante que yo ya conocía porque me había llevado varias veces cuando había ido a visitarla a nuestros amigos les encantó y más lo hizo la comida porque no era para menos.

—Voy un momento al baño. —Me levanté antes de que trajeran los postres.

—Te acompaño. —Me imitó Maira.

: Agarradas de los brazos caminamos hacia él.

—¿Qué te pasa? —dijo en cuanto la puerta se cerró, dejándonos a solas porque no había nadie más dentro.

—¿A mí? —Me señalé—. Nada.

—Vale, límpiate bien los oídos, lo voy a repetir y no me vale cualquier contestación o reacción como la que has tenido. —Levantó una ceja—. Desde que has llegado estás muy callada.

—Pero si no he parado de hablar. —Reí negando.

—Ya, pero siguiendo el rollo a los demás, no por iniciativa propia. —Curvó los labios—. Me lo dices y después te doy yo un posible notición.

—¿De qué se trata? —Me dejó intrigada.

—Luego. —Levantó las dos cejas de forma graciosa.

—Mañana te lo digo, esta noche no —negué queriendo mantenerlo apartado.

—Está bien. —Aceptó con una mueca—. Allá voy, ¿sabes que a lo mejor tengo la posibilidad de que me traslade a España?

—¿En serio? —Me emocioné.

—Todo está en el aire, hay mucho que gestionar y aclarar, pero pusieron la posibilidad encima de mi mesa hace varios días. —Dio varias palmadas, contenta, a las que me uní.

—Me alegro mucho, cariño, aunque con lo que te gusta esto. —Me acerqué para abrazarla.

—Es verdad, pero aquí puedo regresar cuando quiera. Me gusta más estar rodeada por vosotros. —Me apretó fuerte—. Te he echado mucho de menos —susurró.

—Yo también —solté un suspiro cuando nos separamos.

—No voy a insistir, pero esa cara...

—Mañana sin falta —asentí agradecida.

—Pues venga. —Me dio una palmada en el trasero para que entrara en una de las puertas que había.

La cena fue perfecta, recordando viejos tiempos y actualizándonos en los nuevos. Maira soltó la noticia que me había anticipado, la que Diego y Diana se tomaron con la misma ilusión que yo. Después de salir del restaurante pasamos a las copas en uno de los pocos locales que había abiertos porque al ser entresemana, el ritmo era muy diferente al que te encontrabas con el fin de semana próximo.

—Dios, ya he visto a varios candidatos idóneos —habló Diana echándose encima de la mesa, al resbalar mientras intentaba alisarse el pelo.

Soltamos una carcajada porque consiguió todo lo contrario, quedándose desmadejada mientras nosotros cogíamos rápido las copas para que no terminaran en el suelo. Todos, porque las bebidas que había pedido Maira estaban fuertes y nos habían subido, ya íbamos por la tercera ronda así que imaginaos cómo estábamos, las risas volaban de unos a otros sin necesidad de decir mucho. Era la última, así lo habíamos decidido, más que nada porque no podíamos más a no ser que saliéramos de allí arrastrándonos. Por suerte, el local en el que estábamos tampoco quedaba muy lejos de donde vivía Maira, aunque nos llevaría más tiempo del normal llegar por las condiciones en las que nos encontrábamos.

De vuelta en la casa, cada uno nos dirigimos hacia las habitaciones que ocuparíamos. Tuve el tiempo justo para quitarme la ropa y ponerme el pijama con movimientos torpes porque en cuanto caí en la cama, me dormí profundamente. Fue tumbarme y ya no recordar nada, solo sentir cómo todo a mi alrededor se movía dando vueltas. Poco influyó para que me quedara cao, entrando en un sueño reparador y muy necesario.

—Es verdad, pero aquí puedo regresar cuando quiera. Me gusta más estar rodeada por vosotros. —Me apretó fuerte—. Te he echado mucho de menos —susurró.

—Yo también —solté un suspiro cuando nos separamos.

—No voy a insistir, pero esa cara...

—Mañana sin falta —asentí agradecida.

—Pues venga. —Me dio una palmada en el trasero para que entrara en una de las puertas que había.

La cena fue perfecta, recordando viejos tiempos y actualizándonos en los nuevos. Maira soltó la noticia que me había anticipado, la que Diego y Diana se tomaron con la misma ilusión que yo. Después de salir del restaurante pasamos a las copas en uno de los pocos locales que había abiertos porque al ser entresemana, el ritmo era muy diferente al que te encontrabas con el fin de semana próximo.

—Dios, ya he visto a varios candidatos idóneos —habló Diana echándose encima de la mesa, al resbalar mientras intentaba alisarse el pelo.

Soltamos una carcajada porque consiguió todo lo contrario, quedándose desmadejada mientras nosotros cogíamos rápido las copas para que no terminaran en el suelo. Todos, porque las bebidas que había pedido Maira estaban fuertes y nos habían subido, ya íbamos por la tercera ronda así que imaginaos cómo estábamos, las risas volaban de unos a otros sin necesidad de decir mucho. Era la última, así lo habíamos decidido, más que nada porque no podíamos más a no ser que saliéramos de allí arrastrándonos. Por suerte, el local en el que estábamos tampoco quedaba muy lejos de donde vivía Maira, aunque nos llevaría más tiempo del normal llegar por las condiciones en las que nos encontrábamos.

De vuelta en la casa, cada uno nos dirigimos hacia las habitaciones que ocuparíamos. Tuve el tiempo justo para quitarme la ropa y ponerme el pijama con movimientos torpes porque en cuanto caí en la cama, me dormí profundamente. Fue tumbarme y ya no recordar nada, solo sentir cómo todo a mi alrededor se movía dando vueltas. Poco influyó para que me quedara cao, entrando en un sueño reparador y muy necesario.

Capítulo 9



Lander

—¿Por qué no me has avisado de que ya estabas aquí?

Curvé los labios al escuchar la voz de Reese, girándome hacia ella. Del aeropuerto había venido directo hacia la empresa, aquí dejé el coche. Jordan se había ido a su casa en el taxi para llevar el equipaje. Por ese motivo se estaba quejando, porque en la conversación que tuvimos la noche anterior, no saqué el detalle de la hora en la que íbamos a volar. El vuelo salía demasiado temprano para tenerla de un lado al otro, hacía una hora que estaba en el edificio y eran las ocho y cuarto.

—Buenos días, para ti también. —Levanté una ceja.

—Arggg, cuando quieres eresss. —A pesar de sus palabras rio, corriendo hacia mí.

La recibí con los brazos abiertos, fundiéndonos en un fuerte abrazo.

—Bienvenido —susurró sobre mi pecho.

—Por ahora se terminó el viajar —le confirmé cuando nos separamos.

—Ya, la semana que viene te lo pregunto —negó sabiendo que podía cambiar en cualquier momento.

—¿Qué haces tan pronto en las oficinas? —Caminé hacia la mesa.

—Desde que no estáis suelo llegar a las ocho. —Se encogió de hombros y curvé los labios cuando me senté—. Te aviso desde ya que eso cambia. —Rio.

No trabajaba para mí, el motivo de su presencia era por la unión que teníamos y por prestarle ayuda a Adam debido a la ausencia de Jordan y mía. A ella lo que le apasionaba era el arte, le encantaba pintar cuadros y a ello se dedicaba, en lo que le iba bastante bien, por cierto.

—Ya puedes cambiar el *chip*.

—Estoy por irme a casa y meterme otra vez en la cama —sonrió pícaro ocupando la silla de enfrente, al otro lado de mi mesa.

—Tú que puedes, hazlo.

—Era una broma, ya que estoy activada aprovecharé el día. Cuando he entrado he ido directa a tomarme un café y al escuchar el notición de que el jefe estaba de vuelta, en el edificio, lo he dejado a medio tomar. —Puso los ojos en blanco—. ¿Me acompañas con otro?

—Cuenta con ello. —Me levanté—. ¿Sabes si ha llegado...?

—¿Preguntabas por mí? —Llevé la vista hacia la puerta, viendo a Adam apoyado en el marco, sonriente.

—Se me había olvidado de que tienes un radar cuando se trata de ti —negué acercándome a él.

—Uno, que tiene el oído muy fino. —Me hizo un guiño moviéndose como yo—. Me alegro de que estés de regreso —dijo mientras nos abrazábamos.

—Y yo de estarlo —asentí.

—Venga, vamos los tres a por el café matutino —dijo animada Reese, poniéndose entre los dos, colgándose de nuestros brazos.

—¿Y Jordan? —preguntó Adam.

—Ha pasado un momento por su casa —les informé mientras recorríamos el pasillo que daba a la salida de la planta.

Bajamos a la cuarta planta entre preguntas que fui respondiendo, la mayoría de trabajo, con alguna que otra de cómo había ido la estancia en España, tanto donde estaba la sucursal y mi segunda vivienda, como en el destino al que tuve que desplazarme para dejar cerrados unos negocios.

—Todo perfecto. —Fue el último resumen que les hice, breve, pero preciso.

—Tanto como todo. —Carraspeó Reese, pero la ignoré mientras pedía los tres desayunos.

—¿Qué sabes que yo no sé? —Poco tardó en preguntar Adam.

—Para mí desgracia nada, chico —le respondió ella.

—Ya veo, vamos que te mueres de ganas de que largue y se está haciendo de rogar. —Rio él.

—Vamos a darle un poco más de margen, acaba de aterrizar —habló como si yo no estuviera delante.

Seguí a lo mío, esperando a que pusieran delante de mí las bandejas con las que iríamos a ocupar una mesa.

—Creo que su silencio es que se está preparando para asombrarnos. —Carraspeó Adam.

—Podemos esperarnos cualquier cosa porque si no es por el tema de trabajo... ya nos ha dejado claro que todo está «perfecto».

—Dejad de hablar de mí y haced algo de provecho. —Señalé con la cabeza las dos bandejas, con la mía entre las manos.

—Echaba de menos esa actitud. —Soltó una carcajada Adam.

Caminé hacia la mesa que siempre ocupaba seguido por ellos. Mientras preparaba el café, echándole el azúcar, los escuché murmurar. Cuando terminé me recosté en la silla, con la taza en la mano, llevándomela a los labios mientras los observaba. Rectos y callados, así reaccionaron cuando lo hice.

—¿Detecto mala vibra? —Se inclinó Adam hacia ella.

—Es su hábitat natural —respondió despreocupada. Levanté una ceja centrándome en ella.

—Lo estamos pintando divinamente para que nos caiga encima y eso es un mérito por el poco tiempo que lleva aquí —dijo con guasa Adam.

—Eso se me da genial, a lo de pintar me refiero. —Rio ella.

—Dejadlo ya, a estas alturas de conocerme deberíais saber que con cada comentario de más que hagáis, mi boca se cierra automáticamente —hablé tranquilo.

Al escuchar el sonido de un mensaje saqué el móvil del bolsillo, viendo que era de Jordan. Me preguntaba dónde estaba, por lo que le respondía que en la cafetería. Al poco tiempo lo vi cruzar la puerta, sonriente, dirigiéndose hacia nosotros.

—Venid a mis brazos —dijo en tono alto inclinado hacia las espaldas de Reese y Adam, por lo que se sobresaltaron porque yo no los había avisado de que aparecería.

—¡Ah! —Fue la reacción de ella, levantándose de un salto para colgarse de su cuello.

Los miré con una pequeña sonrisa, al igual que la interacción entre Jordan y Adam. La relación que me unía con Reese ya la conocéis, mis amigos llegaron más tarde a mi vida, pero igualmente llevábamos media vida vivida juntos. Habían estado en cada momento que recordaba, sobre todo en los malos, lo que atesoraba.

—Ahora me uno a vosotros, voy a pedir —nos sonrió antes de alejarse, pero se paró al escuchar su nombre.

—No pidas nada de comer que yo me he pasado —comentó Adam, señalando su bandeja. Obtuvo un asentimiento de él y continuó su camino hacia la barra.

—Si es que comes por los ojos. —Rio Reese.

—Ha sido la emoción del reencuentro. —Lo acompañó él.

Jordan no tardó en unirse a nosotros, poniéndolos al día por su parte del tiempo que llevaba fuera, de la misma forma que recibió de los dos. Yo me mantuve en silencio, atento a todo, pero sin intervenir en la calma que se creó en la burbuja en la que me hacían meterme.

,

Una llamada me sonó en el momento justo, cuando empezaron a querer saber cómo me fue en el viaje en tren que hice, al sacar el tema Jordan, de pasada.

—Hablamos luego. —Me incorporé levantando el teléfono como respuesta a sus expresiones.

—Qué oportunidad tan buena te ha dado, ¿eh? —dijo divertido Adam.

No respondí, simplemente negué dejándolos en la cafetería, saliendo de ella. Pues sí, fue el pensamiento que tuve, había llegado a tiempo para escabullirme porque no me apetecía nada explicarme en ese instante, ni mucho menos responder a las preguntas que me hicieran.

Cuando llegué a mi despacho me encerré en él para atender la llamada, la que devolví porque se cortó al no descolgar a tiempo. Era sobre un tema de trabajo, lo que me llevó a estar casi media hora con el móvil en la oreja mientras recorría el despacho de punta a punta, terminando sentado cuando colgué. Con los datos que me habían facilitado me centré en el ordenador, hasta que varios golpes en la puerta, pasado un tiempo, me distrajeran.

—¿Estás liado? —Apareció Adam.

—Te puedes hacer una idea.

—Tendrías que estar en casa ahora mismo para descansar —negó—. No va de un día más, tío.

—No lo necesito —dije guardando en una carpeta los papeles que tenía encima de la mesa.

—Tu palabra no sirve en esa dirección porque, aunque te estuvieras arrastrando, responderías lo mismo. —Se sentó en el filo de la mesa, cruzándose de brazos.

—Entonces no me preguntes si no vas a tener en cuenta mis palabras.

—*Touché*. —Rio.

—No voy a estar todo el día aquí. Solo quería dejar guardada una documentación que he traído y estar unas horas. Mañana será otro día, vuelta a la normalidad.

—Pues ya vas consumiendo el tiempo que da gusto. Déjame a mí con eso. —Adelantó la mano para que le diera la carpeta, cosa que hice.

—Gracias.

—No digas tonterías. ¿Sigues sin querer hablar?

—No es eso —respondí recostándome en la silla.

—Los dos sabemos que sí, pero esperaré el tiempo que necesites. —Curvé los labios al escucharlo.

—Me voy. —Decidí incorporándome.

—Perfecto —asintió—. Si necesitas algo...

—Lo sé —le interrumpí porque sobraba que lo dijera.

—Nos vemos mañana. Descansa. —Me apretó un hombro cuando se puso a mi lado, yendo hacia la puerta—. Por cierto, no te he contado como fue la entrevista que me hicieron la semana pasada, estabas tan liado que no entré en detalles. Qué gustazo ocupar tu posición durante un rato, ya te digo que quiero una silla como la tuya. —Rio.

—Lo lamento, he tenido tantas cosas en la cabeza y tanto trajín que no me he acordado. Pero doy por hecho que salió perfecta.

—Así fue —asintió—. No te preocupes, lo sé de sobras, Lander.

Me acompañó hasta el ascensor, donde nos despedimos hasta el día siguiente, pidiéndole que pusiera al tanto a Jordan porque Reese ya me informó que se había ido a hacer unos recados después de salir de la cafetería.

Me dirigí hacia la planta subterránea donde tenía la plaza de aparcamiento y accedí a ella. Había dejado el equipaje dentro, nada más llegar, por lo que me monté y salí del edificio. Sí que estaba cansado, pero no provocado por el viaje, sino porque la noche anterior me costó mucho conciliar el sueño. Al principio me quedé dormido rápido, al relajarme, pero poco tardé en desvelarme viendo las horas pasar.

Solo necesitaba aislarme un poco, sin responsabilidades por unas horas, metiéndome en mi mundo. Con esa intención me dirigí hacia casa, con la idea en mente de hacer un pedido *online* al supermercado. Arrastrando la maleta entré, yendo hacia la corredera del salón para subir la persiana y que la luz lo inundara todo.

Dejé olvidado el equipaje en mi habitación y fui hacia la cocina a por una cerveza y algo para picar. Entre unas cosas y otras ya era media mañana. Salí a la terraza para relajarme y mientras lo hacía, hice el pedido de todo lo que necesitaba, el que llegaría a última hora de la tarde.

a

Me llevé el botellín a los labios, dando un trago largo, observando la pantalla activada del móvil. Mis dedos accedieron solos a la galería de fotos, localizando una imagen que me removiό por dentro. Le había sacado una foto a Kristel, en un momento en el que no se dio cuenta. Otra cosa impensable para mí porque a ver por qué cojones lo hice, quedándome con algo privado de ella. Pero en ese instante no lo pensé, me dio el impulso y lo hice una de las tantas veces que estuve entreteniéndome con el teléfono.

Amplíe su imagen, con muchos pensamientos dando vueltas en la cabeza, hasta que la hice desaparecer, dejando de verla que no borrándola, al venirme el recuerdo de ella siendo abrazada por un hombre a la salida de la estación, en España.

—¿Qué mierda me ha hecho para seguir así? —murmuré dejando la vista vagar por el césped que quedaba enfrente de mí.

Me dirigí hacia la planta subterránea donde tenía la plaza de aparcamiento y accedí a ella. Había dejado el equipaje dentro, nada más llegar, por lo que me monté y salí del edificio. Sí que estaba cansado, pero no provocado por el viaje, sino porque la noche anterior me costó mucho conciliar el sueño. Al principio me quedé dormido rápido, al relajarme, pero poco tardé en desvelarme viendo las horas pasar.

Solo necesitaba aislarme un poco, sin responsabilidades por unas horas, metiéndome en mi mundo. Con esa intención me dirigí hacia casa, con la idea en mente de hacer un pedido *online* al supermercado. Arrastrando la maleta entré, yendo hacia la corredera del salón para subir la persiana y que la luz lo inundara todo.

Dejé olvidado el equipaje en mi habitación y fui hacia la cocina a por una cerveza y algo para picar. Entre unas cosas y otras ya era media mañana. Salí a la terraza para relajarme y mientras lo hacía, hice el pedido de todo lo que necesitaba, el que llegaría a última hora de la tarde.

Me llevé el botellín a los labios, dando un trago largo, observando la pantalla activada del móvil. Mis dedos accedieron solos a la galería de fotos, localizando una imagen que me removiò por dentro. Le había sacado una foto a Kristel, en un momento en el que no se dio cuenta. Otra cosa impensable para mí porque a ver por qué cojones lo hice, quedándome con algo privado de ella. Pero en ese instante no lo pensé, me dio el impulso y lo hice una de las tantas veces que estuve entreteniéndome con el teléfono.

Amplíe su imagen, con muchos pensamientos dando vueltas en la cabeza, hasta que la hice desaparecer, dejando de verla que no borrándola, al venirme el recuerdo de ella siendo abrazada por un hombre a la salida de la estación, en España.

—¿Qué mierda me ha hecho para seguir así? —murmuré dejando la vista vagar por el césped que quedaba enfrente de mí.

Capítulo 10



Kristel

—Ya estoy aquí. —Escuché gritar a Maira.

Acababa de entrar en la habitación después de darme una ducha. Eran las nueve y media. Me vestí rápido porque el pelo no me lo había lavado y fui a su encuentro.

—Mira todo lo que he traído —sonrió cuando me vio, señalando hacia la barra de la cocina.

Había salido de casa para ir a por un desayuno especial, tal y como me había informado antes de hacerlo. Saqué de la bolsa varias cajas y la pinta de lo que había en el interior me abrió el apetito al instante.

—Qué ganas tenía de volver a probarlos —dije antes de darle un mordisco a un dulce típico de la zona.

—Lo sé, desde que los descubriste se te cae la baba cada vez que los tienes cerca. —Rio.

—Sigues con la costumbre. —Me referí a que le gustaba comprar cada mañana, o casi todas, el periódico.

—Ya ves, una que en ciertas cosas es muy clásica. —Dejó una taza de café frente a mí.

—Los iba a preparar yo.

—¿Qué más da? Tú sigue comiendo, mañana lo haces.

—Ayer dijiste lo mismo —negué sentándome.

—Ya sabes, tienes que ser más rápida. —Me hizo un guiño—. ¿Y Diego y Diana?

—Él se está duchando, a ella la he ido a despertar y la he dejado con los ojos entreabiertos. Seguro que ha dado media vuelta y sigue durmiendo, pero no hay prisa —dije llevando la vista hacia la ventana de la cocina.

Estaba lloviendo, había empezado hacía varias horas porque desde entonces estaba despierta, aunque me quedara en la cama como el resto.

—Variamos los planes, pero saldremos igual. Lo único que esperaremos un poco a ver si afloja —asentí.

Se sentó a mi lado para tomarse el café conmigo, mientras abría el periódico, dejándolo en medio de las dos. Al final terminé prestándole atención, bueno, leer no lo hice porque no sabía el idioma. Me defendía un poco, pero para de contar. Con lo que si me entretuve fue en fijarme en las imágenes conforme pasaba las páginas.

Mi mano se movió sola, bloqueando que siguiera haciéndolo al llegar a una en concreto. Tan rápido lo hice y con tanta fuerza, que la hoja se rajó.

—¿Qué haces? —Se giró hacia mí, sorprendida—. ¿Qué te pasa? —se preocupó.

Imaginé que no fue para menos, por la expresión que debía de tener en ese instante. Con los ojos abiertos al máximo, casi sin respirar, no pude responderle porque la vista se me quedó fija en una fotografía.

—Kristel, me estás asustando. —Se levantó quedándose a mi lado.

^e —Es él —susurré parpadeando rápido.

—¿Quién? ¿De qué hablas?

—El hombre que ocupaba el asiento que tenía enfrente, en el tren —dije señalándolo con un dedo, poniéndolo encima de su imagen.

Llevábamos varios días en Irlanda, lo que suponía que Maira ya estaba al día de todas mis novedades porque no le dejó pasar al día siguiente de llegar, tal y como le dije que sucedería en el baño del restaurante.

—¡No fastidies! No puede ser. —Se inclinó sobre el periódico.

—Pues claro que sí. Joder, a no ser que haya una réplica exacta de él en este país... —Di varios golpecitos en la hoja—. ¿Cómo puede ser? —Me levanté nerviosa, empezando a dar vueltas por la cocina sin poder frenar los pies—. Estaba en España.

—Tú también hasta hace poco. —Me paré de golpe, buscando su mirada.

—Buenos días, preciosas. —Apareció Diego—. ¿Qué sucede? —Nos miró con curiosidad, pasando la vista de una a otra.

—Que se obró el milagro que necesitaba nuestra amiga —le respondió Maira.

—¿A qué te refieres?

Para dejárselo más claro cuando se lo dijera, arrastró el periódico hasta él.

— Lander O'Connor, de madre española y padre irlandés. Habla cuatro idiomas y tiene varias residencias, aquí y en otros puntos, los datos no son claros en ese aspecto, lo único que es seguro es que la principal la mantiene en Irlanda. Empresario de éxito y con un capital que se te va la cabeza al pensar en los números que debe tener en su cuenta.

»Dirige y gestiona su propio negocio, el que despunta en el sector tecnológico en innovación, hasta fuera del territorio. Su vida está rodeada de hermetismo, discreción y seguridad, aunque es bien sabido que por él mismo elige pasar desapercibido en cuanto tiene la ocasión, sabe cómo moverse para conseguirlo.

»Un hombre de negocios a gran escala, poco accesible y frío para el resto de los seres humanos, a no ser que formes parte de su núcleo privado. Ese es Lander O'Connor, calculador al máximo, al menos, lo que se conoce de él por la prensa. No es muy dado a mostrarse ante ella, toda la información que sacan es por otras fuentes. Las fotos que consiguen son de eventos a los que asiste, en los que su nombre destaca por las aportaciones que hace, sobre todo destinadas a varias ONG.

—¿Y quién mierda...? —Empezó a preguntar Diego, descolocado por toda la información efusiva que había soltado Maira, pero se calló de golpe cuando me dejé caer en una silla, al perder las fuerzas—. No jodas que este Lander es... —Bajó la mirada hacia el periódico.

—Pues sí, por lo visto es el mismo que conoció Kristel —confirmó por mí—. Nena, ya lo tienes. Puedes terminar con lo que te agobia. —Se acercó a mí.

Negué, por lo que se puso de cuclillas delante de mí.

—¿Por qué?

—Si es cómo has dicho... no voy a poder acercarme a él —dije en susurros.

—No hace falta ni que lo hagas. Sabemos que empresa es, llevas el sobre y se terminó —intervino Diego.

—¿El qué se terminó? —Apareció Diana, con cara de hacer poco que se había despertado.

Entre Diego y Maira la pusieron al día porque yo me metí en una burbuja, aislándome mientras intentaba aclarar las ideas.

—¡Qué fuerte! —Reaccionó casi gritando—. Con razón te dejó tan tocada, pues sí que es verdad que está tremendo —habló de carrerilla con el periódico tapándole la cara.

—Y la imagen no le hace justicia. Si supierais la cola que tiene esperando a pillarlo en un descuido. Pero eso no sucederá —comentó Maira.

—¿Por qué? —susurré.

—Porque mide cada paso que da y es muy meticuloso —sonrió—. Si no quiere que se le acerquen, creedme que nadie lo hará.

—Normal que lo haga y lo sea, qué agobio ir por la vida así —dijo pensativo Diego.

—¿Sabes lo que significa? —Llamó mi atención Maira. Negué—. Que, si no le hubieras creado curiosidad, si no le hubieras interesado o visto algo en ti... ni siquiera sabrías qué tono de voz tiene porque no se habría molestado ni en mirarte. —Tragué saliva.

—Tengo que ir a llevarle el sobre. —Me mordí el labio, nerviosa.

—Es lo que vas a hacer y nosotros te vamos a acompañar —asintió, sonriendo mientras me agarraba de las manos

—¿Queda muy lejos esta zona? —Quiso saber Diego.

—Bastante, a un poco más de tres horas de aquí. Ya que vamos podríamos aprovechar para quedarnos unos días. Los paisajes son preciosos, bastante diferentes a estos porque es más virgen todo.

—Me encanta la idea. ¡Qué emoción! —Aplaudió Diana.

—¿Preparamos ropa para varios días? —preguntó Diego en mi dirección, mirándome fijamente.

Sentí la mirada de los tres, esperando que dijera algo al respecto.

—Sí, lo imposible se ha hecho fácil y voy a aprovechar la oportunidad —asentí decidida.

—Ay, Dios mío, yo quiero conocer a ese hombre de cerca. —Se hizo aire con las manos Diana.

—No creo que lo consigamos —rio Maira—, antes tendríamos que sortear a muchas personas que están más que preparadas para bloquearnos el paso.

—Como si tengo que escalar el edificio —solté viniéndome arriba—. Le voy a dar el dichoso sobre en mano.

—¿Cómo lo vas a hacer? Por lo que dice Maira... —Me miró con interrogación Diego.

—Muy simple, entraré en su empresa, preguntaré por el jefe. Si me cierran las puertas haré que le dejen una nota notificándole que tengo algo importante y personal de él, algo que perdió en cierto viaje en España. Si decide ignorarme será su problema, yo no pienso mover ni un dedo más de la cuenta. Bastante voy a hacer, eso sí, estoy deseando que ocurra para decirle lo impresentable que es por mucho dinero e importancia que tenga.

Esa fue mi decisión y a la conclusión a la que llegué, lo que afiancé al estar en mi habitación. Preparé varias prendas de ropa metiéndolas en una mochila, con más cosas que creí que iba a necesitar. «Mira, si la jugada me sale mal, al menos veré algo nuevo de Irlanda» y por lo que poco que había comentado Maira, era espectacular, me repetí varias veces.

Me senté en la cama cuando terminé, perdiendo un poco las fuerzas al pensar que había una inmensa posibilidad de que no llegara a verlo, por no decir que estaba abocada al fracaso incluso antes de hacer el intento. Inquieta pensé en cómo me recibiría si conseguía mi propósito, si ya de por sí fuera de su entorno se mostró raro... no quería ni imaginar cómo sería en territorio conocido.

—¿Se puede? —Se asomó Diana por la puerta que había dejado entornada.

—Claro —sonreí hacia ella.

—Haz desaparecer esa cara de preocupación —me pidió sentándose a mi lado—. Has conseguido lo impensable, cariño.

—Yo no he conseguido nada, todo se ha dado de una manera...

—¿Qué más da el cómo? Lo importante es que lo tienes. —Me agarró de una mano e hizo presión—. Va, cambia la cara. —Me empujó con el hombro.

—Estoy bien —negué—, solo que ha sido un choque. No me esperaba algo parecido, para nada y menos aquí.

—Déjame decirte que necesitas gafas urgentemente.

—¿Qué dices? Veo perfectamente. —La miré extrañada.

—Un pimiento como una catedral de grande. Cuando en la llamada desde el tren te pregunté si era guapo, me respondiste «mucho». ¿En serio? ¿A ese espécimen de hombre lo consideras solo guapo tirando a mucho? —hablé de carrilla.

—¿Cómo pretendías que lo hiciera?

—La virgen, que ese debe ir apartando las bragas que caen o tiran a sus pies.

—Yo las mantuve en su sitio. —Levanté una ceja, divertida a pesar de sentirme removida por dentro.

—Ya —carraspeó—, es que lo tuyo es aún peor.

—¿Por qué?

—Porque puede que las supieras mantener en su lugar de origen, lo que no hiciste con esto y esto. —Conforme lo dijo se señaló la cabeza y el pecho, más concretamente en la zona del corazón.

—Si no existiera el sobre ya ni me acordaría de él —dije segura.

Su respuesta fue soltar una carcajada, con la que solté varios bufidos mientras me levantaba y la empujaba hacia la puerta, para quedarme otra vez sola.

—Sabes tan bien como yo que lo último que has dicho no es cierto, cariño. —Fueron sus últimas palabras dándome un beso en la mejilla, antes de perderse por el pasillo.

Cerré con un suspiro y apoyé la espalda en la puerta, pensativa. Me parecía tan fuerte la situación, que hubiera dado con él, que supiera por fin hacia dónde tenía que dirigirme para deshacerme del dichoso sobre que nunca debí coger, que fuera a verlo otra vez o no... Tragué saliva armándome de valor porque una vez hiciera lo que necesitaba, sería el cierre definitivo de la existencia de ese hombre en mi mente y en mi vida.

—Ya tenemos casa, vais a flipar —gritó Maira desde el pasillo y aparecimos todos desde varios puntos—. Jajaja, venid. —Se giró yendo hacia el salón.

—Madre mía, ¿en esa nos vamos a quedar? —Soltó un jadeo Diana, sin apartar la vista de la pantalla del portátil de Maira.

—Sí, cariño, nos vamos a sentir como unas reinas y rey por cuatro días.

—Gracias por incluirme —habló con guasa Diego—, ya me veía limpiando el suelo que pisáis. —Rieron, yo sonreí.

—¿Cuánto cuesta? ¿No es exagerar? ¿Y por qué tantos días? —pregunté desde atrás del sofá, inclinada hacia adelante.

—Me la han dejado a muy buen precio. —Me hizo un guiño—. He recordado que un compañero de trabajo tiene familia por esa zona y me ha hecho el favor de hablar con su tía, la dueña de esta casa que suele alquilar, para que me la dejara tirada de precio. Qué más da pasar las vacaciones aquí o allí y creo que son pocos cuatro días, pero bueno, ya he hablado con la mujer y si necesitamos quedarnos un poco más no hay problema, para que visitemos bien los alrededores.

—Perfecto —habló conforme Diego, pasando un brazo sobre mis hombros—. Todo va a ir bien —susurró sobre mi pelo, dejando un beso.

—Claro —sonreí, pero lo hice en tensión, no tan convencida como ellos que asintieron ante sus palabras.

—Perfecto —habló conforme Diego, pasando un brazo sobre mis hombros—. Todo va a ir bien —susurró sobre mi pelo, dejando un beso.

—Claro —sonreí, pero lo hice en tensión, no tan convencida como ellos que asintieron ante sus palabras.

Capítulo 11



—Queréis dejar de empujarme. —Me giré mosqueada hacia mis supuestos amigos que intentaban moverme en contra de mi voluntad.

—Es que te has parado y llevamos aquí un buen rato —se quejó Diana.

—Estoy pensando y tomándome mi tiempo, creo que podéis entenderlo, ¿no? —Bufé—. Os he repetido que no hacía falta que me acompañarais dentro, que no iba a tardar. Todavía estáis a tiempo de volver a la cafetería en la que hemos estado.

Nos encontrábamos cerca de la entrada principal del edificio que era propiedad de Lander, con la distancia suficiente para que nadie se fijara en nosotros. Impresionaba, ya os lo digo, solo llevar la vista hacia la altura que tenía ya daba a entender lo que debía esconder en el interior. Habíamos llegado un poco antes del mediodía al pueblo, en el coche de Maira. La zona de empresas, por así decirlo, se concentraba a las afueras y llamaba la atención porque rompía un poco la estética del lugar, como también otorgaba un aspecto atrayente a los ojos.

Tanto el recorrido que habíamos hecho hasta llegar, en el que nos habíamos ido parando porque había lugares preciosos que habíamos querido immortalizar con fotos, como el pueblo donde teníamos la casa, todo ello invitaba a querer descubrir cada rincón. Entendí el porqué de la sugerencia de Maira de quedarnos más días, si nos apetecía.

El interior de la vivienda era impresionante, aunque sería más fiel a la realidad referirme a ella como un mini castillo para ponerlos en situación, para que dejéis apartada la imagen de una casa. Hasta bromas habíamos hecho nada más traspasar las puertas, diciendo que nos íbamos a perder o que no llegaríamos al baño ante una urgencia, por la distancia que había entre las puertas.

Tantas habitaciones para ocupar solo cuatro, las más juntas que habíamos encontrado. El resto, sin contar uno de los baños, la cocina y el salón, nos sobraba, pero debía admitir que la experiencia era única y valía la pena disfrutarla. La dueña nos había recibido y había sido muy amable enseñándonos cada rincón.

—Deja de pensar —me pidió Diego—. ¿Tienes el sobre? —asentí— Pues es lo único que necesitas para entrar, dejarlo y salir rápido.

—¿Cómo te dio por cogerlo? —Se interesó Diana.

—He traído la misma chaqueta en la que lo guardé desde el principio. —Me encogí de hombros porque de otra manera estaría en mi casa—. No hace falta que me repitáis siempre lo mismo, sé de sobra lo que tengo que hacer.
—Me apreté la frente.

—¿Qué te frena? —Me sonrió Maira, haciendo una pregunta obvia porque era evidente, pero aun así, buscó que lo exteriorizara.

—¿Qué va a ser? El portento de hombre que hay dentro —habló emocionada Diana.

—O entras rápido o aquí la amiga es capaz de quitarte el sobre y hacerlo ella. —Rio Diego.

—Cómo lo sabes. —Terminaron todos igual, riendo, contagiándose unos a otros.

Con un suspiro les di la espalda y empecé a alejarme de ellos.

—¡Esa es mi chica! —dijo gritando Maira.

—Dale duro nena, o mejor deja que te dé él. Oh, joder qué imagen —gritó animada Diana.

—Yo voy a ser más simple —rio Diego, igualando el volumen—, termina rápido con esto que tenemos mucho por ver.

—Shhh.... —les pedí silencio, incluyendo gestos cuando me giré para mirarlos de frente.

El resultado fueron más risas por parte de ellos, por la mía puse los ojos en blanco y los di por imposible en ese instante. Miré con atención la entrada principal, parándome una vez la traspasé. Embobada me quedé en los techos tan bien decorados en piedra que dibujaban gran parte de la zona central, sumándole valor a la elegancia que transmitía todo.

—¡Qué pasada! —susurré recorriendo todos los detalles con la vista, impresionada con todo lo que veía.

Cogí aire varias veces y empecé a andar hacia un mostrador que quedaba hacia el lateral izquierdo.

—Buenos días. —Problemón el idioma, pensé, pero solté el aire despacio al recibir por parte de la chica que estaba sentada al otro lado un asentimiento, como si me hubiera entendido.

Normal, me dije, allí debería ser un requisito saber hasta chino.

—Usted dirá —habló con un deje parecido al de Lander.

—Estoy buscando al señor Lander O'Connor, necesito hablar con él y darle algo importante.

Se quedó callada y la expresión con la que me observó no me gustó ni un pelo, poniéndome en alerta.

—¿Tenía una cita programada con él? —negué— Pues siento decirle que no va a poder ser. Es un hombre muy ocupado y no admite salirse del *planning* que tiene organizado.

—Es importante y no me llevará mucho tiempo. —Me removí un poco, nerviosa.

—Creo que he sido clara. —Levantó una ceja.

—Yo también lo he sido. —Levanté las dos, para chula en movilidad fácil, yo.

Sin decir nada más, marcó unos números en el teléfono y habló. No entendí lo que dijo porque cambió el idioma, pero tuve la esperanza de que al menos hiciera el intento para que pudiera hacer lo que me había llevado hasta allí

—Espere un momento —dijo cuando colgó.

—Perfecto, muchas gracias —sonreí, tonta de mí. Ahora lo entenderéis.

Me aparté un poco del mostrador y seguí observando, esa vez me centré en las personas que pasaban cerca.

—Joder, aquí todo es elegante, hasta la gente —murmuré para mí.

—Cian —escuché la voz de la recepcionista y la miré de reojo—, esta mujer dice tener algo importante para el señor Lander, pide reunirse con él y es una visita inesperada, ¿entiendes?

s

—Perfectamente —asintió el tal Cian.

Me había girado hacia ellos al estar hablando de mí, sorprendida me quedé cuando ese hombre se acercó a mí con pasos decididos y me ofreció «amablemente», sin hablar, que saliera del edificio, señalándome la salida.

—No puedo irme sin ver a Lander —negué varias veces, dejando la mano apoyada en el bolsillo, donde estaba el sobre.

—Le estoy enseñando el camino fácil, no me haga hacerlo por las malas, señorita —habló serio, con voz profunda y marcando todas las facciones.

Tragué saliva porque era un armario de tío, debía medir un poco más de dos metros de altura, robusto. Vamos que

para llegar a su cabeza debía colgarme en su cuerpo y trepar por él.

—Tengo algo muy importante que darle, es de su propiedad —insistí, repitiéndome.

La risilla que escuché desde el lateral, de la recepcionista, me hizo desviar la mirada hacia ella. Se quedó callada de golpe, para colmo haciéndose la indignada cuando la fulminé con los ojos.

—Como todas las que se atreven a llegar hasta aquí, no por ello consiguen dar un paso más de donde está usted. Le repito, salga tranquilamente por donde ha venido y no habrá sucedido nada. —Miré al hombre cuando habló.

—No me toque —solté con rabia al notar la palma de su mano en la espalda—. Ni se atreva a rozarme porque por muy grande y musculoso que sea, tengo sus partes bajas a mi altura y créame, no voy a fallar en darle con todas mis fuerzas —siseé molesta al ver que no apartaba la mano.

Lo hice yo, di un paso alejándome de él. Antes de irme porque no tenía más remedio y no iba a conseguir nada, pasé la mirada de uno a otro, con el gesto fruncido y derrochando hacia fuera todos los sentimientos que me habían provocado. La recepcionista desvió la atención de mí, disimulando, el hombre, se mantuvo sin mostrar nada. El único indicio de algo que hizo fue elevar un poco una ceja sin dejar de observarme.

—Aquí os quedáis con esta mierda —solté levantando la barbilla, antes de darles la espalda.

Al escuchar otra risilla, al llegar a mis oídos, levanté un brazo y enseñé un dedo muy esclarecedor, con la esperanza de que en ese país lo fuera tanto como en España. Y tanto que lo fue, el jadeo ahogado de la mujer me hizo curvar los labios, satisfecha.

Fuera, otra vez en la calle, cogí varias bocanadas de aire, el que me había faltado dentro. Podría haber sido muy fácil sacar el sobre y dejárselo a esa mujer, pero no me dio la gana, así de simple y menos después de ver cómo me había tratado, haciéndome sentir inferior. ¿Quién se creía que era? ¿Y quién me aseguraba que si le dejaba el sobre se lo hiciera llegar a Lander? Yo no lo creía, ya os lo digo. No me habían tomado en serio, ni idea de cuántas serían las mujeres que llegaban con excusas a ese edificio para llegar hasta él.

Caminé cabreada hacia mis amigos, los que me esperaban en el mismo sitio. Ni me paré al llegar hasta ellos, pasando de largo.

—Nos vamos. —Fue lo único que dije, aunque ya caminaban detrás de mí.

Ni me preguntaron, solo tuvieron que verme para saber que el plan había fallado y no había conseguido una mierda. Me dirigí hacia el coche de Maira y entré al abrirlo ella desde la distancia. Con el mismo silencio nos dirigimos hacia la casa, en la que nada más entrar fui hacia la habitación que había elegido y grité con todas mis fuerzas, con rabia, cuando la puerta se cerró.

;

—Mierda de todo, joder —me lamenté sentándome de golpe en la cama.

Hice una mueca al sentir picor en los ojos, síntoma de que las lágrimas querían asomarse, pero no lo consentí porque me negué a ello. Con un suspiro saqué el sobre del bolsillo y lo observé durante un buen rato.

—¿Y si lo envío por correo? —susurré— A saber, si tiene a alguien que lo supervisa y lo rompe nada más verlo —me dije frotándome la cara.

«Importante, no perder»

Volví a leer lo único que ponía en la parte delantera de él, escrito a mano, como tantas veces había hecho desde que lo tenía conmigo.

—Pues lo siento mucho, pero ya lo has hecho —murmuré porque después de la experiencia no me habían quedado más ganas de hacer más intentos—. Y si lo has hecho, qué más da que lo abra, ¿no?

Decidida a ver lo que hubiera en el interior, volví a poner una mueca porque para una vez que me había decidido mis amigos me interrumpieron, entrando todos a la vez por la puerta, a empujones.

—Cariño... —habló Maira, con expresión preocupada.

—No sabemos lo que ha pasado, pero nos hacemos una gran idea de cómo se ha dado —dijo serio Diego, apretando la mandíbula.

—¿Te han tratado mal? —Quiso saber Diana, enfadada, sentándose a mi lado.

—Cada uno da lo que tiene y lleva dentro —negué triste, bajando la mirada al sobre, acariciándolo con los dedos.

—Ya quisieran todos ellos parecerse un poco a ti. —Se puso de cuclillas delante de mí Maira—. Escúchame, si te ha afectado tanto olvídate ya del asunto. Has hecho lo que has podido, quédate con eso, en que has actuado bien, como tú eres. Pero si quieres seguir con el tema, lo hemos hablado, estamos contigo. —Me acarició la mejilla y sonreí.

—Si hace falta trazamos un plan infalible. —Me abrazó Diana.

—Como siempre yo me dejo llevar por vosotras porque a imaginación me ganáis. —Cambió el tono de voz Diego, a divertido.

—Para igualarnos tendrías que trabajártelo mucho. —Rio Diana.

—Sea como sea, tú tienes la última palabra. O nos centramos en disfrutar de esto porque es una pasada y he estado

buscando información, por los alrededores hay muchos lugares que ver y visitar, o lo hacemos para el propósito que necesitas llevar a cabo. —Terminó diciendo Diego.

Los miré a los tres, agradecida y emocionada, asentí.

—Hoy vamos a olvidarnos de todo y a disfrutar. Mañana os digo algo, necesito pensarlo. Sabíamos que no iba a ser fácil —hablé.

buscando información, por los alrededores hay muchos lugares que ver y visitar, o lo hacemos para el propósito que necesitas llevar a cabo. —Terminó diciendo Diego.

Los miré a los tres, agradecida y emocionada, asentí.

—Hoy vamos a olvidarnos de todo y a disfrutar. Mañana os digo algo, necesito pensarlo. Sabíamos que no iba a ser fácil —hablé.

Capítulo 12



Lander

Sentado en la terraza me tomaba el segundo café del día, apurándolo. Eran las once y media de la mañana, no tenía ninguna prisa porque era sábado. El día estaba nublado, pero también me gustaba disfrutar de él estando al aire libre.

—¿Te apetece algo más aparte del café? No has desayunado —habló detrás de mí Gwen.

Me giré hacia ella, negando. Llegó al día siguiente de que yo regresara, así se lo organizó para ir a visitar a su familia en mi ausencia. Llevaba conmigo muchos años, era la encargada de mantener el orden y la limpieza de la casa, aunque eso era lo más insignificante porque para mí, era su presencia y el cariño que nos teníamos lo que me mantenía centrado muchas veces, ejerciendo el papel de madre.

—Deja de estar pendiente de mí, si quiero algo iré a por ello.

—No me cuesta nada, iba a la cocina para dejar todo preparado para la comida.

—Ni a mí. —Levanté una ceja, gesto que ignoró como solía hacer. Siempre hacía lo que quería, dijera lo que le dijera—. No te compliques mucho, si quieres podemos pedir algo a domicilio.

—¡Qué barbaridad acabas de decir! —Curvé los labios ante la indignación que mostró mientras se acercaba—. Podrás comparar lo que yo preparo a esa comida que pides de vez en cuando. —Soltó un bufido.

—No he comparado nada —negué—, solo lo he sugerido para que frenes un poco. Desde que has llegado no has parado en ningún momento y la casa estaba limpia. Y esa comida tiene mucha variedad, desde los restaurantes de prestigio a...

—Ya, ya... *A chroí*, si no hago algo durante mucho tiempo me siento rara. —Me acarició la nuca.

Os traduzco el apelativo cariñoso irlandés con el que se dirigió a mí, significa corazón.

—¿Vas a tener visita? —Recogió la taza vacía.

—Que yo sepa no, pero ya sabes que todo puede ser. —La posibilidad de que apareciera alguno de mis amigos era muy factible.

El timbre sonó justo cuando se alejaba de mí. Se giró riendo porque si antes lo preguntaba... Me levanté siguiéndola para entrar en el salón. Al pasar ella por al lado de la puerta la abrió, recibiendo a Reese con un abrazo.

—Hola. —Levantó una mano como saludo hacia mí, acercándose.

—Hola, preciosa. ¿Qué haces aquí?

—¿Venir a verte? Anda que... —negó divertida.

—Como hace tanto tiempo que no nos vemos...

—Lo de anoche no cuenta, me quedé dormida enseguida. —Hizo una mueca.

Le pedí que esperara un momento al escuchar el sonido de una llamada. Salí a la terraza, cogiendo el móvil de la mesa donde lo había dejado.

—Dime —respondí a Cian, uno de los hombres de seguridad que casi siempre me acompañaba. Era el principal de ellos y de mi máxima confianza, el que lo dirigía todo.

—¿Tienes intención de hacer algo hoy?

—No, puedes hacer planes —respondí.

—Eso significa que no me lo harás saber si cambias de opinión.

—Exacto. —Ladeé un poco los labios.

—Después pasa lo que pasa. Te paseas libremente y no pasas desapercibido, dejas a todas las féminas rendidas a tus pies, como la chica que se presentó hace varios días en la empresa.

—¿De qué hablas? —Fruncí el gesto— ¿Qué chica?

Reese llegó a mi lado y se sentó encima de la mesa, observándome con atención.

—No sé quién era, no suelo pedirles la identificación para echarlas.

—¿Dijo algo?

a

—Que quería verte para darte algo importante, algo que era tuyo. —Me puse en tensión.

—¿De qué se trataba?

—Ni idea, al sugerirle que se fuera no llegó a decirlo.

—Da igual —negué pensativo, apartando lo que había pensado.

—Lo más curioso es que no era de aquí, tenía un habla muy diferente.

—¿Cómo? —dije en tono bajo.

—Yo apostaría a como los trabajadores de la sucursal. —Apreté la mandíbula—. Y no solo eso, también actuó y reaccionó de una forma a la que no estoy acostumbrado.

—¿Qué hizo?

—Se molestó y se enfadó. Normalmente las chicas que alejo de ti suplican hasta el último momento, queriendo quedar bien porque lo volverán a intentar en otra ocasión, pero esta no. A pesar de que estaba nerviosa, porque fue evidente, se vino arriba y no dio su brazo a torcer, pero de una forma que hasta dejó callada a Ardál.

—Búscala —ordené cortante.

—¿Cómo?

—Quiero que la encuentres y la traigas hasta mí.

—¿La conoces? No me jodas...

—No lo sé, tengo que comprobarlo.

—No va a ser fácil, ya te he dicho que no es de aquí. Es muy probable que ya se haya ido al no conseguir dar contigo.

—Me da igual. —Caminé hacia el inicio del césped, viendo las primeras gotas de agua caer—. La quiero delante de mí, remuévelo todo, el tiempo que sea necesario.

—Me pongo con ello. —Colgó.

Me aparté el teléfono del oído, dejando caer la mano hacia abajo. ¿Lo que estaba pensando sería lo correcto? ¿La posibilidad existía? ¿Se trataba de Kristel? ¿Estaba en mi país? ¿Lo había hecho?

—¿Qué ha pasado? —La voz de Reese me sacó de todo lo que pasaba por mi cabeza a gran velocidad.

—Por ahora nada —respondí serio, sin apartar la mirada de delante.

—Te ha cambiado el carácter y eso solo quiere decir una cosa, que no te ha gustado lo que te ha dicho Cian. He escuchado su voz.

—Correcto, para nada me ha gustado —asegué con voz ronca.

—Me tienes que contar muchas cosas, estoy perdida. —Me agarró del brazo.

Nos quedamos en silencio durante un tiempo, con la mirada hacia lo mismo, hacia el agua que cada vez caía con más intensidad, resguardados por el saliente donde estaba la mesa.

—Conocí a una mujer en el viaje que hice en tren. —Empecé a hablar en tono bajo.

—Imagino que había muchas, pasajeras en general. —Me tanteó.

¿

—Claro, pero no que se sentaran delante de mí y que captaran toda mi atención durante las horas que duró el trayecto.

—Captó tu atención... —repitió, sentí su mirada puesta en mí— ¿Sabes lo que me estás dando a entender?

—Sí y es lo correcto. —Apreté la mandíbula, mirándola de reojo.

Sorprendida, así la encontré, dejándola muda por unos instantes, hasta que se recuperó.

—Lander, ¿te gustó? Quiero decir, en el sentido de gustar, de atraer. Hombre, mujer, chiqui, chiqui... —
Acompañó a sus palabras con varios gestos y negué por ello, yendo hacia la mesa.

—¿Tanto te asombra? —le pregunté después de sentarme.

—¿En serio me lo preguntas? —Me imitó poniéndose a mi lado— ¿Desde cuándo muestras algo hacia alguien desconocido? Nunca actúas libremente, dejándote llevar.

—Yo no he dicho que mostrara nada.

—¿Dejaste pasar la oportunidad? —Soltó un jadeo.

—A mi manera de ver, no.

—Dejemos las cosas claras porque me va a dar algo, que tus maneras las conocemos muy bien los dos y miedo me da cómo reaccionaste.

—No tienes por qué, estoy de una pieza delante de ti.

—Ya, ¿y ella? ¿Sabes cómo se quedó? Porque ni por un segundo dudo que la impresionaste y le provocaste lo mismo.

—Ni idea —siseé—, ni siquiera me despedí después de todas las horas que pasamos juntos, separados por una mesa, pero juntos, al fin y al cabo.

—¿Qué te largaste sin más? Ay, mi madre. —Se tapó la cara.

—No es para tanto. —Apreté la mandíbula.

Cuando apartó las manos me miró con cariño, sonriendo. Deslizó un brazo sobre la mesa y me agarró de una mano. Bajé la mirada hacia nuestra unión.

—Tú no lo ves de otra manera, primero porque no estás acostumbrado a hacerlo, no te lo permites, lo que nos lleva a lo segundo, que es que, por desgracia las experiencias que has tenido que vivir en ciertas etapas de tu vida te han forjado letalmente, de una forma que muy en el fondo, el que tienes escondido por protección, dista mucho de la realidad.

»Lo que para ti no tuvo importancia, en el sentido de cómo actuaste, para cualquier persona que no te conozca realmente sí que la tiene, *deartháir*. —Se refirió a mí como hermano, ese es el significado de la última palabra—. Cuéntame cómo se dio todo. —Me acarició la mano.

Asentí despacio, interiorizando sus palabras y el significado. Le conté mi experiencia extrasensorial a bordo del tren, la que hoy en día todavía no había podido olvidar. Me escuchó atenta, sin interrumpirme en ningún momento, lo único que hizo fue seguir acariciándome. Cuando terminé le comenté lo que había intuido con la conversación con Cian.

—Me he quedado ida, por lo de que la cogiste en brazos. Increíble, estoy anonada —habló en ese estado—. Joder, ¿crees que es la misma?

—Esa boca. —La reprendí.

—Esta boca está diciendo muy poco para lo que soltaría libremente —negó divertida.

—No lo sé, pero algunos de los datos que me ha dado Cian... —Dejé salir el aire.

Al ver que no volvía a hablar giré la cabeza hacia ella. Ya habíamos perdido el contacto, en ese instante estaba recostada en la silla y sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué? —Fruncí el gesto.

—Pensé que nunca vería esto.

—¿De qué hablas?

—¿Tú sabes lo que es un flechazo? —Levantó una ceja—. Ah, ni lo digas —me dejó callado cuando iba a responder—, que sé que vas a soltar el significado literal. —Puso los ojos en blanco—. Me refiero en temas del corazón, *deartháir*, las flechitas esas que lanza dicho personaje ficticio que tiene alitas. —Apretó los labios, conteniendo el reír.

—¿Te piensas que soy un niño? —La miré con intensidad lo que provocó que terminara riendo.

—No, eres un hombre hecho y derecho, pocos conozco como tú, pero te ubicas fatal en todo lo que salga del ámbito del trabajo y el control, por no decir que es nulo.

—En mi vida no hay cabida para otra cosa. —Fruncí el gesto.

—Pues creo que tu vida cambió en ese viaje, en España, y de qué manera. —Hizo un guiño.

—No sabes lo que dices —negué levantándome, sintiéndome intranquilo.

—El que no lo comprendes eres tú. —Se acercó a mí y me abrazó—. ¿Por qué le has ordenado a Cian que la encuentre?

—Sabes que me gusta saber a quién tengo a mis espaldas, cubrírmelas para no llevarme sorpresas.

—¿Por qué? —insistió ignorando mi respuesta.

Me tomé unos segundos para volver a hablar, en tensión.

—Porque necesito comprobar de quién se trata. —Dejé salir parte de lo que sentía.

Escondió la cara en mi pecho y hasta pude notar que estaba sonriendo, escondiéndose de mí.

—¿Y si no la encuentra? —susurró.

—Lo hará, nunca falla. —Respiré profundo varias veces.

—Necesitas unas clases rápidas de cómo comportarte cuando Cian la traiga. —Su tono de voz fue divertido.

—Yo no necesito nada, soy como soy. —La rectifiqué.

—Claro que sí, para que no la hagas huir y salir del país a la carrera, sin necesidad de coger un vuelo porque ella iría más rápida. —Soltó una carcajada.

Le revolví el pelo, no me uní a ella, pero al menos mis labios se curvaron un poco.

—*Deartháir*, te mereces ser feliz —dijo con cariño.

—Lo soy —afirmé.

—No, lo eres en tu burbuja, con nosotros, pero fuera de ella no te lo permites. Eres un bloque de hielo con el que todos se chocan y salen mal parados. No pierdas la oportunidad cuando la tengas al alcance, por favor. Si esa chica ha conseguido lo impensable, merece la pena y todos los esfuerzos por tu parte. A mí ya me ha ganado y no la conozco.

—El mundo exterior es muy duro e implacable. —Apreté la mandíbula—. No tengo intención de bajar las barreras ni modificar mi forma de ser.

—No lo hagas en general, pero sí en una dirección que puede abrirte muchas puertas a lo que desconoces. —Apoyó la barbilla en mi pecho.

—Estás dando muchas cosas por hecho —negué, esa vez el que la miró con cariño fui yo.

—Tiempo al tiempo, como has dicho, Cian no va a fallar —sonrió poniéndose de puntillas, dejando un beso en mi mejilla—. Piensa en ello.

Se alejó de mí, dejándome solo en la terraza.

—Por cierto, me quedo a comer. Te voy a dar la brasa todo el día —gritó y soltó una carcajada.

Negué sin molestarme en girarme hacia ella, con la vista fija en el agua que caía frente a mí. No, mi vida nunca había sido sencilla dado el poder que tenía, con el añadido de vivir desde muy corta edad los estragos y las consecuencias que ocasionaba... Moví la cabeza varias veces, en un intento de despejarme.

Capítulo 13



Kristel

—Esto es una pasada —dijo emocionada Diana, girando sobre sí misma sin perderse ningún detalle—. Dios, me siento como si estuviera en otra época.

—El castillo es impresionante y lo que lo rodea aún más. El conjunto es espectacular —dijo Diego.

—Cuando he pasado por la enorme puerta principal de madera, he pensado que en cualquier momento aparecería alguien a lomos de un caballo y me subiría con él. —Soltó una carcajada Maira, contagiándonos.

—Es precioso, me encanta —asentí conforme con todo lo que estaban diciendo, hasta con lo del caballo, fíjate tú, porque el ambiente y el lugar invitaban a ello, trasladándote a otro mundo, evadiéndote de la realidad.

Por un lado, todo lo que rodeaba al castillo era vegetación espesa y de un verde muy intenso y colorido por todas las flores que había, por el otro, un acantilado enorme lo separaba del agua. La construcción por la que habíamos comprado las entradas para visitarla era de la época medieval, una fortaleza impresionante que mantenían perfectamente al estilo antiguo para el turismo. Había sido un acierto hacerlo, me iba de allí enamorada por completo de lo que habíamos visto durante los tres días que llevamos en la zona.

Hasta nos habíamos comprado trajes típicos en una tienda que había en el centro del pueblo, los que nos habíamos puesto para hacernos fotos y grabar videos dentro de la casa en la que nos quedábamos. Muchas habían sido las risas cuando los reproducíamos porque nos habíamos caracterizado muy bien y comportado como creíamos que lo hacían en el pasado, retrocediendo en la historia.

Al final había dejado apartado todo lo relacionado con Lander, no había querido amargarme más. Tomé la decisión y así se lo notifiqué a mis amigos, de que haría un último intento, pero el día que nos fuéramos de allí, para poder disfrutar junto a ellos y aprovechar al máximo el tiempo.

—¿Vamos a comer al restaurante tan bonito que hemos pasado viniendo hacia aquí? No queda muy lejos —propuso Maira.

Aceptamos todos, para ser sincera daba igual a cuál fuéramos, en todos servían una comida exquisita. Durante el tiempo que llevábamos allí habíamos probado muchos platos típicos, especialidades de la parte de Irlanda en la que estábamos. Hasta Maira los descubrió porque donde vivía ella no eran habituales.

Animados caminamos en la dirección del coche, recordando todos los detalles que nos habían impresionado. Así me quedé yo, impresionada, parándome de golpe y escondiéndome a la espalda de Diego en cuanto el coche quedó a la vista.

—¿Qué haces? —Rio él, lo estaba agarrando con fuerza del jersey.

—Me tenéis que tapar —susurré.

—¿Qué te ha dado? —preguntó Diana, sorprendida.

—¿Os acordáis lo que os conté de cuando entré en la empresa de Lander?

—Claro —respondió Maira, extrañada por mi reacción—, como para no hacerlo.

—Vale —solté un suspiro—. ¿Pues veis el coche que está al lado del nuestro?

Se quedaron en silencio el tiempo que tardaron en dirigir la mirada hacia él.

—¿Qué le pasa a ese coche?

—A él nada, lo que pasa y de todo, es con el hombre que está apoyado en él, con los brazos cruzados.

—La virgen, qué espécimen. —Jadeó Diana, quedándose con la boca abierta—. ¿Cuánto mide?

—Y a mí que me importa. —Bufé.

—Puedes hablar claro, no me entero —me pidió Maira, observándolo de reojo.

—Por lo que ha dicho y la pregunta que nos ha hecho... —intervino Diego, serio.

—Es el hombre que me echó del edificio, el de seguridad —susurré.

—¡No fastidies! —Agrandó los ojos Diana—. Ahora se va a enterar de lo que vale un peine. —Empezó a andar decidida.

—¿Qué haces? ¡Párate! —Intenté frenarla, pero me ignoró.

—Vosotros sabéis eso de que... «la española cuando besa es que besa de verdad», pues es aplicable también a los tortazos y un sinfín de opciones, dejádmelo a mí —casi gritó sin dejar de caminar en ningún momento.

—¡A la batalla! —La siguió Maira, poniéndose al trote.

—Ay la leche, que la van a liar. —Me asomé por el cuerpo de Diego, sintiéndome indispuesta.

—¿Acaso lo dudas? —Rio él consiguiendo que yo lloriqueara—. Anda ven. —Me sacó de detrás de él, poniéndome a su lado. Me pasó un brazo sobre los hombros—. No son las únicas que le tienen ganas, créeme, pero como sé cómo estás, vamos a ignorarlo. Si estuviera yo solo no actuaría así, ese me iba a oír mida lo que mida, pero como no es el caso...

—Gracias —susurré abrazándome fuerte a él—, pero ellas...

—Ese hombre no tiene nada que hacer. —Volvió a reír y al final me contagié por los nervios que tenía—. Si tengo que intervenir me lanzo a sus pies para tumbarlo, porque a la cara no llego —dijo sin poder parar, ninguno de los dos.

—¿Qué haces aquí? —Escuché la voz de Diana, dirigiéndose a él como si lo conociera de toda la vida.

—¿Perdón? —Fue la reacción del hombre.

—Espero que estés de visita como nosotros, porque si no... —Continuó Maira, con frialdad.

—No tengo que dar ninguna explicación de mi presencia y no, no estoy de visita porque me crie en estas tierras. Las conozco perfectamente —dijo con voz profunda—. Si estoy aquí es por ella, para buscarla.

—¿Qué ha dicho? —Miré a Diego que tenía la cabeza girada hacia ellos mientras llegábamos al coche, la mía no se apartaba de mi amigo.

—Que te busca.

—¿A mí? ¿Y por qué lo sabes? —Agrandé los ojos.

—Porque al decirlo te ha señalado. —Me aclaró con el gesto fruncido.

—No puede ser, ¿me quiere hacer algo? ¿Me van a meter en la cárcel? —hablé nerviosa, con voz ahogada.

—¿Qué dices? —Se centró en mí y soltó otra carcajada—. No puede hacer eso, ¿qué has hecho? ¿Ir a una empresa y preguntar por alguien en la recepción? Ni que fuera ilegal... No tengo ni idea de lo que hace aquí, pero lo vamos a averiguar ahora mismo.

—No, no, no, no... —Intenté frenarlo, pero me fue imposible conseguirlo mientras me arrastraba con él.

—¿Por qué la buscas? —preguntó Diego, mostrando seriedad.

—No voy a responder a nada. —Levantó una ceja el hombre.

—Mira, no sé qué narices haces aquí. —Salí del refugio de mi amigo, encarándolo—. Me importa un bledo por decirlo de una forma fina para tus oídos irlandeses, pero ni quiero que me busques ni verte la cara, ¿lo entiendes? ¿Cómo narices has dado conmigo? —Apreté los puños.

—No ha sido difícil. —Curvó los labios—. Las cámaras de seguridad del recinto de la empresa captaron la matrícula de vuestro coche y tengo mis contactos para seguir el rastro. En la mayoría de las carreteras, aunque os penséis que no porque no es visible, hay sistemas de identificación. El último registro ha sido en la que lleva hasta aquí —explicó tan tranquilo, dejándonos sorprendidos por la facilidad que nos dio a entender.

—Mierda, como para hacer algo grave e ilegal. Joder —habló Maira, pensativa.

—Punto aclarado y ¿se puede saber por qué lo has hecho? Porque que yo recuerde me echaste sin contemplaciones del edificio y os reísteis de mí, tú y tu compañera. —Quise saber con el gesto fruncido.

—Imperdonable —soltó Diana con bufido incluido—. Que no os intimide, seguro que esas bolas que está marcando al tener los brazos cruzados es todo silicona. Ahora se lleva mucho eso, para aparentar cuerpazo, pero los pones a correr y se ahogan a los segundos —asintió hacia nosotros.

—¿Tú crees? —dijo asombrada Maira, fijándose en él—. Madre mía, qué bajonazo si es así.

—¿Y la altura? —intervino Diego— Porque dudo que esté subido a dos andamios. —Terminó riendo, al final todos lo hicieron menos el hombre que los miraba entre curioso y descolocado y yo, que me mantuve seria sin perderlo de vista.

—¿Por qué me buscas? —insistí.

—Fue un error por mi parte echarte, uno al que tengo que ponerle remedio —me aclaró.

—Vienes mandado por alguien —dije convencida, expectante por escuchar su respuesta al verlo asentir.

—Mi jefe, el señor Lander, al que buscabas, me lo ha ordenado.

a

s Mis labios se curvaron. Sí, ¿eh? Me dije preparando la respuesta que iba a darle. Mis amigos se mantuvieron en silencio a la espera de que lo hiciera, para saber a qué atenerse según la decisión que tomara.

—¿Sabe que me has encontrado?

—Todavía no, quería darle la información completa.

—Está bien, pues mira, vas a ampliarla. —Amplié la sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —Arrugó el gesto.

—Le vas a decir que sí, que me has encontrado, como también y quédate con las palabras exactas para transmitírselas, si hace falta te las repito, dile que, si quiere llegar hasta mí, si quiere saber qué tengo en mi poder que le pertenece y recuperarlo, que mueva el culo por él mismo y dé conmigo otra vez porque por lo visto os resulta muy fácil hacerlo. Por mi parte ya he hecho el intento y no pienso molestarme en volver a hacerlo. Si tanto lo quiere y le interesa, lo estaré esperando.

Cuando terminé de hablar me giré dándole la espalda y caminé tranquila hacia el coche. Escuché varios aplausos y silbidos cerca de mí, a mi espalda. Lógicamente salieron de mis amigos que no tardaron en seguirme.

—Por cierto, solo estaremos dos días más aquí, después de ese tiempo desaparecemos —grité hacia él, antes de montarme en el coche.

—Me ha dado de todo por el gustazo, nena. —Me abrazó desde los asientos traseros Diana, ahogándose. Esa vez yo iba en el asiento del copiloto.

—Pues por la cara que se la ha quedado a ese mucho gustazo no ha sentido. —Rio Diego.

—Me importa lo mismo que le importó a él echarme a la calle sin escucharme ni tomarme en cuenta —negué.

Si no hubiera sido poca nuestra actuación, nos despedimos lanzándole besos cada uno de nosotros. Ja, lo llevaba claro, a mí no me pillaban otra vez como había sucedido en ese edificio.

—¿Tú crees que lo hará? Me refiero a si te buscará... —habló Maira concentrada en el camino de tierra que nos llevaba hacia la carretera principal.

—Me da igual, él tiene la última decisión si quiere recuperar el puñetero sobre. Si no lo hace en cuanto llegue a España lo rompo y lo trituro para hacerlo desaparecer —aseguré.

—¿No te pica el gusanillo de saber lo que hay dentro? —Quiso saber Diana.

—En algún momento lo ha hecho, pero ya no. —Les dejé claro porque solo me había tentado una vez el averiguarlo—. Sea lo que sea, quedará destruido si no lo quiere, no me voy a comer más la cabeza por ese asunto.

—Estoy orgulloso de ti —comentó Diego y me giré haciéndole un guiño—. Vale lo estoy de todas, guarda las manos —se quejó.

Acabamos todos riendo porque Diana le había dado varios manotazos por ignorar la increíble aportación que habían hecho ella y Maira en la situación, enfrentándolo las primeras.

—Con este subidón se me ha hecho más grande el agujero en el estómago, tengo mucha hambre —dijo cantarina Maira.

—¿A cuánto está el restaurante? —preguntó Diego.

—Si no recuerdo mal, a menos de diez minutos.

—Vamos a tirar la casa por la ventana, hoy toca celebrarlo —comenté.

y

—¡¡Síiii!!

Todos respondieron lo mismo, a la vez y con la misma efusividad, por lo que volvimos a reír, con ganas.

—Estoy orgulloso de ti —comentó Diego y me giré haciéndole un guiño—. Vale lo estoy de todas, guarda las manos —se quejó.

Acabamos todos riendo porque Diana le había dado varios manotazos por ignorar la increíble aportación que habían hecho ella y Maira en la situación, enfrentándolo las primeras.

—Con este subidón se me ha hecho más grande el agujero en el estómago, tengo mucha hambre —dijo cantarina Maira.

—¿A cuánto está el restaurante? —preguntó Diego.

—Si no recuerdo mal, a menos de diez minutos.

—Vamos a tirar la casa por la ventana, hoy toca celebrarlo —comenté.

—¡¡Síiii!!

Todos respondieron lo mismo, a la vez y con la misma efusividad, por lo que volvimos a reír, con ganas.

Capítulo 14



Lander

Eran cerca de las cinco de la tarde, hacía rato que habíamos terminado de comer. Sentado en el sofá junto a Reese íbamos por el final de una película cuando el timbre sonó. Me levanté para abrir, caminando hacia la puerta.

—¿Alguna novedad? —le pregunté a Cian, apartándome para que entrara.

—Bastantes —confirmó asintiendo.

—Vosotros no os saludéis normal, ¿para qué? —dijo divertida Reese.

—Hablo más con él que con mi esposa —le contestó con una verdad muy grande, yendo hacia ella para darle un beso.

—A ver si va a coger celos nuestra Deirdre. —Rio.

—Hace años que lo tiene asumido —negó sonriendo.

—Esperaba que me llamas —intervine poniéndome a su lado.

—He preferido informarte en persona.

—Tú dirás.

—A ver. —Carraspeó—. He dado con ella.

—No lo dudaba —asentí serio—. Lo que me ha extrañado es que no me hayas avisado de que venías con ella, para quedar en algún otro lugar y comprobar lo que necesito.

—Es que no he venido con ella. —Fruncí el gesto.

—¿Qué ha pasado? —La voz me salió más ronca de lo normal.

Reese estaba atenta a la conversación, hasta había puesto en pausa la película. Comiendo palomitas, pasaba la mirada de uno a otro, interesada.

—Estaba visitando un castillo. No he tenido problema en dar con ella porque las cámaras de seguridad del recinto de la empresa captaron el coche en el que se fue, junto a tres personas más. Después le he pedido un favor a Niall. —Hizo referencia a un amigo que trabajaba en la Garda, lo que conocéis como la policía.

—¿Tres?

—Sí, en ningún momento ha estado sola —asintió.

—Madre mía, qué de datos necesitáis decir y escuchar para llegar a la clave del asunto. ¿Puedes pasar directamente a lo importante? ¿Al encuentro con ella? Porque, que eres eficiente lo sabemos de sobra, como también todos los métodos que utilizas y llevas a cabo para conseguir lo que necesitas —nos interrumpió Reese.

—Por lo visto, sabes más que yo de quien se trata. —Levantó una ceja Cian.

—Seguramente sí —curvó los labios ella—, pero tú tienes el dato clave que necesitamos oír.

—He provocado que me viera y ya os digo que no le ha gustado nada —negó—. La sensación que me ha dado ha sido que tenía miedo porque me ha recordado.

—¿Cómo ha actuado? —Quise saber.

—Refugiándose detrás de un hombre que no ha soltado hasta el último momento. —Apreté la mandíbula—. Las primeras que se han plantado delante de mí han sido otras dos mujeres, para intimidarme.

—¿Intimidarte a ti? —Se sorprendió Reese, dejando la boca abierta, expresión que no tardó en variar en cuanto soltó una carcajada.

—Así ha sido. —Curvó los labios Cian—. Al principio me ha chocado el comportamiento que han tenido, después me ha divertido, aunque no lo he mostrado hacia ellas.

—¿Y qué hay de la chica a la que has ido a buscar? ¿Le has preguntado su nombre? ¿Le has hecho una foto para poder salir de dudas?

—También me ha encarado, pero de una forma diferente.

—En todo lo que dices de ella siempre introduces «diferente».

—Es que no lo puedo catalogar de otra manera. —Se encogió de hombros—. Y no, ni lo uno ni lo otro he hecho. Era mi intención, pero su respuesta a mi explicación de que la estabas buscando y que por eso había dado con ella me ha dejado desconcertado.

—¿Cuál ha sido? —Me puse más en tensión de lo que estaba hasta ese instante.

—Según sus palabras textuales porque así me ha pedido que te lo transmita... —Carraspeó— Me ha dicho que te diga que obviamente la he encontrado y que, si quieres llegar hasta ella, si quieres saber qué tiene en su poder que te pertenece y recuperarlo, que muevas el culo por ti mismo y des con ella otra vez porque nos es muy fácil hacerlo.

»Por su parte no va a hacer nada más sobre el asunto, ni intención tiene porque ya lo ha intentado y no le ha gustado el resultado. No se va a molestar más por el tema. Ah, y que, si lo quieres y te interesa realmente, te estaré esperando. Quedan dos días, ese es el tiempo que tienes antes de que se vaya —soltó de carrerilla.

Las carcajadas de Reese resonaron a nuestro alrededor, tal fue el ataque que le dio que terminó tumbada en el sofá, doblada de la risa. La expresión de Cian se debatía entre seguirla y mantener la seriedad por mí, porque era como me había quedado después de escucharlo todo.

—¿Y si no es la chica que piensas que es? —volvió a hablar— Lo mismo te estás tomando demasiadas molestias para nada y ya que estamos, me gustaría saber quién crees que es y lo que te vincula a ella.

Rígido caminé hacia la cristalera del salón, la que separaba la terraza, viendo como todavía seguía lloviendo y no tenía intención de parar por la fuerza con la que caía el agua. Me tomé unos minutos digiriendo lo que había dicho Cian, ordenando las ideas porque me estaba costando controlar los nervios que me había ocasionado. No estaba acostumbrado a sentirme fuera de control.

Ignoré el principio, su pregunta, y me centré en explicarle el motivo por el que lo había enviado a buscarla, con todos los detalles exactos que necesitaba oír.

—Vaya. —Fue su reacción cuando terminé, mirándome sorprendido.

—Hombre de pocas palabras y muy esclarecedoras. —Rio Reese—. ¿Es ella? —Se dirigió a mí—. Porque si con lo que me has explicado antes me ha ganado, sabiendo la última información, estoy por hacerle un monumento en cuando la tenga delante. —Apretó los labios sin dejar de observarme, me había girado hacia ellos.

—Podría apostar a que sí —aseguré.

—Vamos que es correcto, porque tú en la vida te arriesgarías ni siquiera a insinuar lo de apostar si no estuvieras seguro realmente. —Levantó una ceja Cian.

—Necesito que la vuelvas a localizar —le pedí con voz fría.

, —Oh, Dios mío, que vas a ir a por ella. A mí me da algo hoy, qué fuerte y qué emoción —dijo Reese subiendo el tono de voz conforme hablaba.

—No estamos sordos. —Carraspeé.

—Más veces de las que te piensas sí, porque solo atiendes a lo que te interesa. —Rio.

—¿Lo vas a hacer? —intervino Cian.

—Lo tengo que pensar, pero quiero la información igualmente. Hazlo.
á

—Vengo con los deberes hechos —curvó los labios—, por eso he llegado más tarde. Les he seguido el rastro, hasta que han llegado a un pueblo que conocemos muy bien. El coche no ha vuelto a salir de allí.

—¿Dónde? —Apreté la mandíbula.

—Inistioge, a un poco más de media hora de aquí.

—Oh, adoro ese pueblo. —Aplaudió Reese metida por completo en la emoción—. Hace mucho que no voy, pero el valle del Nore es precioso, rodeado por colinas y verdes prados, con el puente de piedra atravesando el río —dijo con un suspiro—. Tiene un encanto especial por dónde está ubicado y por lo que esconde en su interior. ¡Qué romántico y relajante!

Levanté una ceja, sobre todo por la última exclamación. Cian esa vez no se contuvo y soltó una carcajada a la que terminó uniéndose ella.

—Me alegra que os parezca divertido, pero no lo es —hablé.

—Vamos, *deartháir*, sabes que sí y es la oportunidad perfecta para hacerle de guía turístico por los alrededores, seguro que no lo ha visto todo si ha salido a visitar otros pueblos —sonrió.

—No he dicho que vaya a ir. —Fruncí el gesto.

—Consúltalo con la almohada —sonrió pícara.

—Puedo tomar una decisión tajante ahora mismo, para eso queda mucho. —Me referí a que todavía no eran ni las seis de la tarde.

Sí que es cierto que donde vivíamos el ritmo aflojaba mucho a esas horas y el día tendía a finalizar para los que no querían movimiento. Los más animados se desplazaban hacia otros puntos donde se concentraban los pubs.

—Ya me dirás la decisión que tomas para estar preparado —comentó Cian.

—Si voy, lo haré solo —dejé claro.

—¡¡Ohh!! —dijo Reese, parpadeando rápido.

—¿Y ahora qué te pasa? —Levanté una ceja.

—Me pasa que... —Se acercó a mí y me abrazó—. Sé que ya has tomado la decisión y más acertada no puede ser. La sabías desde que Cian ha hecho saltar todas tus alarmas con la llamada de la mañana, *deartháir*. Y no sabes lo emocionada que estoy y lo que me alegro de que vayas a mover tu culito tan mono e impresionante hacia esa chica. Increíble que lo haya conseguido, ¿a que nunca pensaste, hasta ahora, que te molestarías en ir hacia alguien por ti mismo? —Apoyó la barbilla en mi pecho, mirándome con cariño.

Me mantuve en silencio, solo observándola. Desvié la mirada hacia Cian. Estaba atento a nosotros, sonriendo y asintió conforme con ella.

—Sigue sus consejos —habló refiriéndose a Reese—, ella mejor que ninguno de los que estamos contigo día a día: sabe lo que te conviene y es mejor para ti.

—Tú también lo haces. —Se dirigió a él.

—Sí y siempre miraré por su bienestar y tranquilidad, eso lo sabemos los tres porque aparte de trabajar para él, lo considero familia. Pero la paz que consigues contigo no la encuentra en otro lugar, habéis crecido juntos. ¿O acaso a mí me dejaría abrazarlo de esa manera durante tanto tiempo? —Apretó los labios conteniéndose en reír.

—Cuando tienes razón, la tienes. Nada que añadir. —Rio ella, apretando sus brazos entorno a mí—. Lo vas a hacer, ¿a qué sí? Antes de contestarme por impulso, sin sentimientos, recuerda que sé dónde localizarla y si no eres tú, seré yo la que me presente ante ella, y quizás no te guste lo que vaya a decirle.

Cian rio, yo negué con la cabeza porque cualquiera le decía nada que no quisiera oír en ese momento. A pesar de ello, todos sabíamos que, si yo tomaba una decisión, fuera cual fuera, la llevaría a cabo hasta el final, independientemente del resultado que obtuviera.

—¿Te quedas a cenar? —Cambié la dirección de la conversación, necesitando.

—No, Deirdre me ha preparado una cena especial —sonríó.

o —Mmm... qué bien suena eso. Mañana te veremos con esa sonrisa amplificada —dijo divertida Reese—. Dale recuerdos y dile que en unos días iré a verla. Ya he terminado la pintura que me encargó.

—Eso no lo dudéis, aunque me quede sin cenar. —Soltó una carcajada—. Así lo haré, nos vemos mañana. —Se acercó para despedirse—. Cualquier cosa que necesites ya sabes. —Me habló directamente y asentí. Lo sabía de sobra como bien había mencionado él.

—Cian. —Lo llamé cuando estaba saliendo por la puerta.

—¿Sí?

. —Mañana no iré a la empresa —confirmé serio.

Él curvó los labios y asintió varias veces, Reese soltó un grito con el que me dejó medio sordo porque no se apartó de mí.

—Mmm... qué bien suena eso. Mañana te veremos con esa sonrisa amplificada —dijo divertida Reese—. Dale recuerdos y dile que en unos días iré a verla. Ya he terminado la pintura que me encargó.

—Eso no lo dudéis, aunque me quede sin cenar. —Soltó una carcajada—. Así lo haré, nos vemos mañana. —Se acercó para despedirse—. Cualquier cosa que necesites ya sabes. —Me habló directamente y asentí. Lo sabía de sobra como bien había mencionado él.

—Cian. —Lo llamé cuando estaba saliendo por la puerta.

—¿Sí?

—Mañana no iré a la empresa —confirmé serio.

Él curvó los labios y asintió varias veces, Reese soltó un grito con el que me dejó medio sordo porque no se apartó de mí.

Capítulo 15



Kristel

—¡¡Ah!! —grité desorientada— Joder, qué susto. ¿Qué haces? —dije frotándome la cara.

Diana acababa de saltar encima de mí, en la cama, despertándome.

—Son las diez. —Rio.

—¿Qué dices? —Me incorporé de golpe, quedándome sentada—. ¿Tanto he dormido? —Me sorprendí.

—Pues sí, pero no me extraña. La barra libre de cervezas que nos sacamos de la manga anoche ha tenido sus consecuencias. Yo me la he pasado yendo al baño, qué limpieza de riñones he hecho, chica. —Volvió a reír, mientras negué divertida.

—Pues yo, o me lo he hecho encima o ni para eso he tenido fuerzas para abrir los ojos.

—Leches, qué manera de echarme de tu lado. —Esa vez reí yo por el salto que pegó, ante la primera posibilidad.

—¿Ya están todos levantados?

—En proceso, mi trabajo me ha costado, ¿eh? Quiero ir a desayunar a la cafetería que dijimos ayer, como hoy no nos vamos a mover de aquí. Siempre salimos temprano para visitar otros lugares.

—Es muy bonita.

—Sí, parece de cuento —sonrió—. ¿Tienes que ducharte?

—Sí, me sentará bien para espabilarme. Todavía siento que todo da un poco de vueltas —negué.

—Pues venga, yo ya lo he hecho. Voy a ver cómo van los demás, qué faenita me dais —habló mientras se dirigía

hacia la puerta.

—Por todas las veces que tenemos que sacarte nosotros de la cama —dije en alto.

—Eso es en España —rio—, aquí parece que la magia irlandesa me tiene por las nubes.

Con una sonrisa me quedé mirando hacia la puerta cerrada, por la que salió. En eso tenía que darle la razón, todo el entorno tenía una magia especial y el pueblo en el que estábamos no se quedaba atrás. Por eso habíamos decidido visitar todos sus rincones y disfrutarlo, al quedarnos poco tiempo allí. También nos vendría bien tomárnoslo con más calma porque desde que habíamos llegado no habíamos parado de ir de un lado al otro.

El día anterior planeamos que haríamos un picnic a la orilla del río que bordeaba el pueblo, sobre la verde hierba que seguía su curso. Animada me levanté y fui hacia la ventana, para abrir el portón de madera. Vi con satisfacción que el día estaba soleado, lo que agradecí para que no se chafaran nuestros planes y tuviéramos que terminar trasladando el picnic bajo el techo de la casa.

Cogí ropa limpia y me dirigí hacia el baño que formaba parte de la habitación, eso sí, separado por una robusta puerta de madera. Encendí un pequeño calefactor que había y abrí el grifo para que el agua fuera cogiendo temperatura. Hasta que no salió caliente no empecé a desvestirme rápido porque era bastante grande y el calefactor hacía algo, pero muy poco. Las paredes eran de piedra y la temperatura distaba mucho a lo que estaba acostumbrada, poniéndome el vello de punta.

Solté un suspiro cuando el agua cayó directamente sobre mi cabeza, cerrando los ojos. Después de tomarme unos minutos sin moverme, lo hice rápido para enjabonarme. Sin tanta prisa cuando terminé porque el ambiente estaba caldeado, me sequé, me vestí y pasé a encargarme del pelo.

Salí preparada de la habitación, directa hacia la cocina. Lo siguiente que necesitaba urgentemente era un café que terminara por asentarme el estómago. Menudo maratón tuvimos la noche anterior de cervezas, y suaves no eran precisamente.

Finalizamos la noche caminando por la calle, con risas escandalosas, sin pensar, porque no estábamos para ello, en que quien estuviera descansando se acordaría de todos nuestros antepasados y presentes, al molestarlos. No lo pudimos evitar porque en las condiciones en las que íbamos cualquiera se contenía, por suerte llegamos pronto a la casa, no estábamos muy lejos. O eso quería pensar, a saber cuánto tardamos haciendo el camino con más curvas que una carretera de montaña, y no precisamente porque las hubiera.

El primer sorbo que le di al café me sentó genial. Todavía no había rastro de mis amigos y decidí tomármelo en un patio interior que había, el que estaba al descubierto y siempre que el tiempo acompañaba lo utilizábamos. El día anterior nos pilló la lluvia cuando estábamos llegando al restaurante y no varió, intensificándose, motivo por el cual decidimos que regresábamos para resguardarnos.

En cuanto dejó de llover salimos a cenar a la plaza del pueblo, ahí empezó nuestra incursión con las cervezas, lo

que fue nuestra perdición. Y que conste que a mí el sabor amargo que la caracteriza no me va mucho, rara vez la tomaba por decisión propia si podía elegir. Pero después de beberme una y media, con muchas muecas porque como ya he dicho era bastante fuerte, perdí la noción de todo y de diferenciar el sabor en el paladar, tragándolas que daba gusto.

Otro sorbo al café y cerré los ojos elevando la cabeza para que me diera el sol directamente en la cara. Uno de los motivos por el que bebí como si no existiera un mañana fue porque me quedé bastante tocada después del encuentro con el hombre que encontramos al lado de nuestro coche, por lo que representaba y significaba. Lo que intenté ocultar hacia mis amigos, para no preocuparlos.

Lander sabía que estaba allí, que lo había ido a buscar. Imaginé que estaría dándole vueltas a la cabeza, buscando una explicación del porqué había ido a verlo, cómo lo había encontrado.

—¿Se pensará que soy una acosadora? —Los abrí de golpe, mordisqueándome el labio inferior, inquieta por esa posibilidad. Él no sabía el motivo que me había hecho hacer el intento, aunque... —En ningún momento dije mi nombre. —Fruncí el gesto—. ¿Cómo sabe que soy yo? —Pausa larga—. No lo sabe. —Agrandé los ojos incorporándome, quedándome bien sentada.

—¿Qué haces hablando sola? —Escuché la voz de Diego y me giré hacia él— ¿Todavía estás borracha? —sonrió.

—Estoy muy cuerda, demasiado —susurré.

—¿Y esa cara? —Se sentó a mi lado, dejando el café que se había preparado frente a él.

—No sabe que soy yo. —Expresé lo que ni me había parado a pensar por el sobresalto que me llevé con ese hombre.

—¿Te refieres a Lander? —Levantó una ceja.

—No, a mi padre si te parece. —Me tapé la cara, provocando que riera.

n

—Pues claro que lo sabe.

^s —¿Por qué tendría que hacerlo? Por lo visto es muy habitual que las mujeres se acerquen a él como las polillas a la luz —negué—. Yo podría ser cualquiera de ellas.

ⁿ —Creo que te conoció un poco el tiempo que estuvisteis juntos —negó divertido.

—¿Qué quieres decir con eso? Me comporté muy correctamente. —Fruncí el gesto.

—No lo dudo. Me refiero a que no creo que las chicas de este país se expresen igual que tú, que nosotros, que

gesticulen de la misma forma y que suelten todo lo que sale de nuestras bocas con tanto arte. —Levantó las dos cejas llevándose la taza a los labios—. Todo eso es producto nacional, *made in Spain*. —Terminó riendo.

—Ah —dije pensativa y me uní a él en las risas.

—Mucho mejor así. —Me hizo un guiño.

—Gracias —le sonreí con cariño.

—Lo sepa o no, la baraja la maneja ahora él, toca esperar para saber qué cartas mostrará.

—¿Vais a jugar a las cartas? Yo me animo al uno. —Apareció Maira.

—Porque es en el único juego que se baraja que ganas —negó Diego.

—Pues sí y a mucha honra, listillo. —Acompañó con una pequeña colleja a sus palabras, la que terminó recibiendo él—. ¿Cómo habéis dormido? Yo vestida, no me dio tiempo ni a quitarme la ropa. Bastante que llegué a la cama. —Reímos.

—Las cervezas de aquí las carga el diablo. —Hice una mueca.

—Joder, ya me gustaría que las cargara Lucifer, iba a estar ebria todos los días. —Rio Maira.

—A mí buscadme una diabla con los mismos cuernos y me uno a ello —dijo relajándose Diego, cerrando los ojos como hacía poco había hecho yo.

—¿De qué habláis? —Se reunió con nosotros Diana.

—De algo muy caliente, como el infierno —soltó divertido Diego.

—¿Eh? Pues ya podéis decir de lo que se trata porque el frío de aquí está haciendo mella en mí. —Se frotó las manos.

—De Lucifer.

—Oh, por Dios.

—Sí, precisamente haz referencia a Dios. —Reímos todos, con ganas.

—En el fondo nunca fue malo —continuó Maira—, las circunstancias y situaciones que se encontraron son las que lo llevaron a desviarse del camino.

—¿Enserio estamos hablando de esto? —Se cruzó de brazos Diego, divertido al máximo.

Continuaron intercambiando comentarios, yo desconecté profundizando en lo que dijo Maira. Las circunstancias y situaciones lo llevaron... ¿cómo sería Lander realmente? ¿Tal y como se mostraba? ¿O quizás había algo oculto en su interior que no dejaba ver por decisión propia? ¿A cuántas cosas debía haberse enfrentado por la posición de poder que tenía? ¿Cuánta gente le habría fallado? Muchas preguntas que no tenían fin, ni mucho menos respuestas.

—¿Nos vamos ya? —La voz de Diana me hizo regresar junto a ellos.

En ese instante me di cuenta de que los tres estaban atentos a mí, sin saber desde cuándo llevaban haciéndolo. Por sus expresiones, variadas, pero muy esclarecedoras, me dieron a entender que bastante.

—Sí —dije levantándome—. Estoy hambrienta.

Agradecí que no hicieran ningún comentario al respecto mientras llevábamos las tazas a la cocina, las que dejamos en la pica para limpiarlas cuando regresáramos. Caminamos por las calles empedradas, nos paramos a desayunar en la cafetería que comentó Diana y después nos dedicamos a ver las afueras del pueblo.

Encontramos varias ruinas medievales, entre ellas las de una abadía, de lo que nos informó una pareja a la que le encantaba la historia. Fue evidente por el entusiasmo con el que hablaron comentándonos del siglo que era, el XIII, dándonos muchos detalles de cómo fue en el pasado.

En menos de dos horas ya lo habíamos visto todo, el pueblo no era muy grande. Rodeándolo llegamos hasta el puente de piedra de diez arcos, el que cruzaba el río de punta a punta. En ese punto, viéndolo de cerca, pero sin acceder a él, decidimos sentarnos en la terraza de una cafetería que daba en su dirección, situada en la orilla del río.

Esa vez al ser cerca del mediodía pedimos refrescos y alguna cerveza, disfrutando de la calma que se respiraba. La localización invitaba a relajarse, escuchando el murmullo de la corriente que arrastraba el río. Eso mismo hicimos en silencio, atesorando las sensaciones y el momento.

—Tenemos que dar gracias a ese sobre, nos ha traído hasta aquí —comentó Maira.

—¿Con el tiempo que llevas viviendo en Irlanda nunca te ha dado por alejarte un poco de donde trabajas para visitar otros lugares? —le preguntó Diego.

—Sí que lo hago, de vez cuando, pero la verdad, no me alejo tanto. —Se encogió de hombros—. Conozco muchos lugares con mucho encanto también, cuando regresemos si queréis os llevo para que los veáis, a ver qué os parecen.

—Todo lo que visite, sin duda, me va a gustar —aseguré sin margen de error.

—Está claro que de este viaje me llevo conmigo los recuerdos de los entornos y los paisajes, porque lo que son los irlandeses... —habló Diana— y mira que les he hecho ojitos, pues ni por esas. —Puso los suyos en blanco, haciéndonos sonreír.

—A ver si se han pensado que te sucedía algo en la mirada o tenías un tic nervioso —dijo con guasa Diego—. Aquí esas indirectas quizás no surten efecto.

—Que os lo diga Maira que ha probado varios productos nacionales —dije antes de darle un sorbo al refresco.

—¿Qué me dices? Leches, eso no ha salido en ninguna de las llamadas telefónicas que nos hemos hecho —dijo sorprendida Diana.

—Cuando nos llamamos no me voy a poner a decir, pues me he liado con este o, tal me ha durado una semana, pero ¡qué semana!

—¿Cómo qué no? Es algo súper importante. —Agrandó los ojos Diana, haciéndonos reír.

—Los que yo he tenido la oportunidad de conocer, ya os digo que el producto nacional es formidable. —Nos hizo un guiño.

—A mí plin, no me interesa —comentó Diego—. Desde mi punto de vista no has catado nada, así que... —Se encogió de hombros.

—¿Vamos a la casa a preparar el picnic? —propuse después de mirar la hora que era, las dos y cuarto del mediodía.

^a—Sí y después una buena siesta —añadió Maira.

Nos levantamos y fuimos por el camino más corto que nos llevaba directos hacia la casa. No tardamos mucho en tenerlo todo preparado porque nos pusimos a ello mano a mano. Comimos en la orilla del río, encima de una manta muy grande que cogimos de la casa. La hierba todavía estaba muy mojada después de que el día anterior lloviera. Tumbados en ella, con los estómagos llenos, cerramos un poco los ojos, pero decidimos irnos antes de que nos quedáramos dormidos.

El sol no calentaba lo suficiente, ya iba perdiendo fuerza y la humedad cada vez se notaba más. Íbamos riendo por varios comentarios que dijeron Diana y Maira, cuando yo me quedé callada y me paré de golpe, sorprendida, a pesar de que la posibilidad de lo que estaba viendo era muy probable.

—Vamos, que necesito ir al baño. —Me metió prisa Diana.

No le presté atención sin poder apartar la mirada de delante. Ellos no se dieron cuenta hacia dónde lo hacía, aunque tampoco conocían a Lander en persona, solo a través de imágenes. La que vieron en el periódico y las que buscaron en internet, al igual que había hecho yo, lo confieso.

—¿Qué...? —Empezó a preguntar Maira, pero se quedó callada al seguir la dirección en la que tenía puesta los ojos—. La virgen, está sucediendo. Pues era verdad, te ha encontrado. —Soltó con un jadeo y fue lo que necesitaron Diego y Diana para darse cuenta de lo que pasaba, quedándonos todos callados.

—¿Llevas el sobre encima? —me preguntó Diego, poniéndose a mi lado.

—Sí, en la chaqueta. No lo he sacado —susurré.

—Pues ha llegado el momento. —Puso una mano en mi espalda y me empujó un poco, animándome a andar hacia él.

Tragué saliva al hacerlo, al tener otra vez a Lander enfrente. Serio y con las facciones marcadas, como lo recordaba, estuvo atento a mí en todo momento, viendo cómo acertaba la distancia con él mientras se mantenía apoyado en un coche, con los tobillos y los brazos cruzados. No pude hacer otra cosa que ponerme nerviosa, o, más bien atacada.

—Vamos, que necesito ir al baño. —Me metió prisa Diana.

No le presté atención sin poder apartar la mirada de delante. Ellos no se dieron cuenta hacia dónde lo hacía, aunque tampoco conocían a Lander en persona, solo a través de imágenes. La que vieron en el periódico y las que buscaron en internet, al igual que había hecho yo, lo confieso.

—¿Qué...? —Empezó a preguntar Maira, pero se quedó callada al seguir la dirección en la que tenía puesta los ojos—. La virgen, está sucediendo. Pues era verdad, te ha encontrado. —Soltó con un jadeo y fue lo que necesitaron Diego y Diana para darse cuenta de lo que pasaba, quedándonos todos callados.

—¿Llevas el sobre encima? —me preguntó Diego, poniéndose a mi lado.

—Sí, en la chaqueta. No lo he sacado —susurré.

—Pues ha llegado el momento. —Puso una mano en mi espalda y me empujó un poco, animándome a andar hacia él.

Tragué saliva al hacerlo, al tener otra vez a Lander enfrente. Serio y con las facciones marcadas, como lo recordaba, estuvo atento a mí en todo momento, viendo cómo acertaba la distancia con él mientras se mantenía apoyado en un coche, con los tobillos y los brazos cruzados. No pude hacer otra cosa que ponerme nerviosa, o más bien atacada.

Capítulo 16



Lander

Ahí la tenía, delante de mí. Había dado varias vueltas por el pueblo, buscando el coche que le pedí a Cian que me describiera mientras me dirigía hacia el lugar. No había sido difícil encontrarlo porque los vehículos se agrupaban todos, o en las afueras del pueblo, en una gran explanada, o en una plaza habilitada para ello, cerca del centro.

Y mucho menos difícil había sido preguntar por un grupo de cuatro personas, tres mujeres y un hombre, para que me orientaran hacia dónde tenía que dirigirme. Había llegado hasta la fachada de la casa que ocupaban, quedándome apartado para no obstaculizar el paso. Ello había sido después de verlos sobre la hierba, al dar una vuelta, recogiendo lo que parecía que habían montado para comer, a cierta distancia de la terraza de la cafetería que daba al río. Desde entonces llevaba esperando a que regresaran.

Todas las sensaciones que me recorrieron desde la primera vez que la vi, fueron intensificándose al tener su imagen cada vez más cerca, idéntica a cómo la recordaba. Se paró a unos pasos de distancia. Llevé la mirada detrás de ella, los que la acompañaban habían entrado al interior de la casa, pero seguían siendo espectadores de la situación.

La cortina de la ventana que quedaba a la izquierda de la puerta, por los movimientos que hubo en ella me dejaror claro que estaban asomados, pensándose que no llamaban la atención. Regresé la mía hacia Kristel. Estaba en silencio, rígida, con las manos en los bolsillos del pantalón y tenía la vista fija en mí, lo mismo que hice yo durante unos segundos, que parecieron horas, antes de cortar el silencio, si no se anticipaba ella. Cosa que sucedió se adelantó.

—Primero de todo quiero dejar claro que no he venido a buscarte. No soy una acosadora ni pretendo nada.

Sin mostrar ninguna variación en la expresión me separé del coche sin intención de hablar allí, dirigiéndome hacia la puerta.

—Sube.

—No pienso hacerlo —dijo con un jadeo—, no soy nadie de tu alrededor para que me mandes y mucho menos

con tu actitud. —Medio giré hacia ella.

—Mi actitud. —Levanté una ceja.

—Veo que no ha cambiado nada —negó soltando un suspiro.

—Has dicho que no has venido a buscarme, pero tus actos se contradicen con tus palabras. Lo que me hace dudar hacia qué dirección ir, cual es la verdadera.

—Estoy en Irlanda de vacaciones. —Levantó la barbilla y yo me crucé de brazos.

—¿En esta zona desde el principio?

—No, desde hace unos días.

—¿Qué te ha traído exactamente hasta aquí? —Marqué cada palabra al decirlas.

—No voy a darte explicaciones —respondió haciendo una mueca—. Te doy lo que tengo de ti y me voy, ese es el motivo por el que fui a tu empresa.

Al decirlo dio los pasos que nos separaba mientras metía una mano en un bolsillo de la chaqueta. Sacó lo que identifiqué como un sobre, extendiéndolo hacia mí.

—Cógelo, es tuyo. —Lo movió al ver que no hacía nada y no prestaba atención a ello.

a

Dejé de mirarla, ignorando lo que me pedía y hacía, abriendo la puerta del coche.

1 —Sube —repetí—, por favor —añadí en tono bajo.

Me monté quedándome solo en el interior, viéndola a través de la ventanilla. La contradicción en ella fue evidente como inquieta pensando en qué hacer, si volver a rechazarlo, girarse e irse, o, por el contrario, rodear el coche y subirse. Arranqué para que tuviera claro que me iría y fue lo que la llevó a decantarse por una de las dos opciones aunque no dudé de que mi «por favor» tuvo mucho que ver también en ello, lo que estaba claro que la había desconcertado.

a —No te conozco, ¿qué intención tienes? Me refiero... ¿a dónde quieres ir?

Bajé la ventanilla, tranquilo, para que me escuchara bien.

—No vamos a salir del pueblo para que te quedes tranquila, pero no me apetece que me estén observando a escondidas. —Levanté una ceja.

Se giró hacia la casa entendiendo lo que estaba diciendo, haciendo varios gestos con las manos hacia ella, de espaldas a mí. Las cortinas volvieron a moverse, bastante, como resultado de su petición silenciosa. Cuando retomó el contacto visual conmigo soltó un suspiro y caminó hacia el asiento del copiloto. Aceleré despacio en cuanto cerró la puerta.

Tal y como le dije llevé el coche a las afueras, donde la vegetación se extendía delante de nosotros, con el pueblo detrás. Apagué el motor, sacando la llave para girar un poco hacia ella.

—Hola, Kristel. —Mi saludo provocó que me mirara sorprendida.

—Hola, Lander. Eres muy...

—Raro, ya. —Carraspeé terminando por ella, sabiendo lo que iba a decir.

—¿Por qué desapareciste sin despedirte? —preguntó en un susurro.

Llevé la mirada hacia el frente, pensativo.

—Es algo en lo que he pensado muchas veces, aunque no te lo creas.

—No he insinuado nada, todavía. —Ladeé un poco los labios sin variar mi posición.

—Soy difícil de entender, supongo que esa es a la conclusión que te hice llegar. Vamos. —Abrí y me bajé.

—¿Adónde? —Me siguió y cerré el coche.

—A dar un paseo, te sentirás más a gusto que estando en un espacio tan cerrado —comenté despreocupado. La miré de reojo cuando se puso a caminar a mi lado.

;

—¿Es errónea esa conclusión que mencionas?

,

—Puede, según para quién. Mi vida se trastocó desde muy joven, sin que yo pudiera hacer algo para evitarlo, por la edad que tenía. No es una justificación, soy consciente de ello, pero cada uno vive y siente sus experiencias personales amoldándose y curtiéndose en las sensaciones que le provocan.

»Yo elegí el camino de que jamás volverían a pasar por encima de mí, independientemente de quién tenga delante. Algo que he llevado a cabo hasta el día de hoy.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —susurró.

—Para que intentes entender mi comportamiento, a la conclusión que llegaste. No soy accesible para casi nadie,

esa es la realidad, pero encontré la paz, la calma y la serenidad en forjarme de esa forma. Así de simple.

—Tu mundo no debe ser fácil.

—No lo es, según cómo lo veas y te lo tomes. Imagino que, al encontrarme, al saber quién soy en realidad, te has informado un poco de mí. —Volví a mirarla de reojo.

—Un poco. —Se ruborizó y al verlo mi pecho se expandió como nunca me había sucedido.

Nos quedamos durante un tiempo paseando en silencio, cada uno metido en sus pensamientos.

—No hubiera ido a buscarte y menos en este lugar. Ni por asomo te situé fuera de España —habló en tono bajo.

—¿Qué te llevó a hacerlo?

—Como desapareciste y no volví a verte en el tren, en el último tramo hasta llegar a mi parada, no pude hacer otra cosa porque te dejaste olvidado algo.

—No lo hice.

—Sí, claro que sí —asintió decidida—. Esto estaba en tu asiento. —Volví a poner delante de mí el sobre doblado.

—¿Qué te hace pensar que es mío?

No me molesté en sacar las manos de los bolsillos, dejándola descolocada por unos instantes.

—Ya te he dicho que estaba en tu asiento. —Frunció el gesto.

—Podría ser de cualquiera y haberme sentado encima sin darme cuenta. —Levanté una ceja.

—No lo había pensado, yo di por hecho que... —Se quedó pensativa, con la vista fija en él—. ¿Me he preocupado por nada?

—El gesto que has tenido, el de querer devolverlo, habla mucho sobre ti —afirmé porque así lo sentía y transmitía.

—No es nada, cualquiera habría actuado igual —susurró—. ¿Entonces? ¿Es tuyo? ¿Lo reconoces? Mira, hay algo escrito a mano. —Lo desplegó.

Me paré provocando que hiciera lo mismo, con nuestras miradas unidas y su mano con el sobre entre los dos.

—Lo es todo. Conozco cómo actúan las personas, Kristel. No dudo de que las habrá como tú, pero también soy conocedor de lo que abunda. O seré yo que me he topado con lo peor a lo largo de mi vida.

—¿Como yo?

—Que se dejen llevar por el corazón y las buenas intenciones, que busquen hacer el bien cueste lo que les cueste.

—Me considero normal. Si conocieras a mis amigos y a las personas que me rodean te darías cuenta de que no es para tanto —negó.

—Quizás, pero solo me importa centrarme en ti.

—Lamento tus malas experiencias y que te hayan convertido en lo que eres. —Hizo una mueca y yo levanté una ceja—. No quería decir, me refiero a tu forma de mostrarte y actuar ante los demás —añadió rápido, ruborizada otra vez.

—¿Sabes que eres una afortunada?

—¿Yo? ¿Y eso?

—Porque por mucho menos de lo que llevas dicho desde que te conocí, ya te habría hecho desaparecer de mi vida anulando cualquier mínima posibilidad de acercamiento.

—¿Desaparecer? —Agrandó los ojos— Ay, mi madre, ¿qué sueles hacer? —dijo nerviosa, dando varios pasos hacia atrás.

—Por supuesto nada de lo que te ha pasado por la cabeza —negué ¿divertido? Joder, ya estaba descontrolándome otra vez por ella—. Tengo poder, pero lo manejo en el mundo de los negocios, el resto que va ligado a él, poco me importa a no ser que lo dirija hacia algo que me produzca satisfacción. Me refiero a colaborar con asociaciones. — Me encogí de hombros.

»Con lo de hacer desaparecer me refiero a que, a la mínima que yo considere que sale de mi control, que no me sienta cómodo y seguro, corto por lo sano y la otra persona deja de existir en mi vida, radicalmente, sea quien sea.

—Ah —dijo con suspiro, llevándose la mano con el sobre al pecho.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —Volví a caminar.

—Si no me lo dices...

—Que tú me provocaste todo lo anterior y he sido yo, por propia voluntad, el que ha vuelto a ti.

—¿Yo? —susurró.

—Tú.

A pocos metros delante de nosotros apareció un pajar que acogía bastante terreno. Conocía la zona perfectamente, aunque a mi favor diré que no fue intencionado llegar hasta él al andar sin ningún rumbo fijo, concentrado en la conversación que estábamos teniendo porque me sentía alterado.

—¿Lo habías visto antes? —Lo señalé con un gesto de la cabeza.

—No, no nos hemos alejado tanto del pueblo. Bueno sí, pero hacia otras direcciones.

—Pues te gustará, es curioso de ver. Vamos.

—Estoy sorprendida.

—Los paisajes son preciosos, no es para menos.

—Iba en el sentido de que me estás dejando anonadada, estás muy hablador. No imaginé...

Se quedó callada de golpe, yo no moví los labios para decir nada más, por el momento. Antes de llegar se centró en el sobre, bajando la mirada hacia él. Buscó la mía, me encontró negando. Descolocada por haberse equivocado se lo guardó en el mismo bolsillo del que lo había sacado.

—¿Tiene uso todavía? —Se refirió al pajar.

—Todo lo que veas y descubras lo tiene, más del que te puedes imaginar, sobre todo para la gente del pueblo, a los aventureros que se esconden entre la paja. La última palabra es muy significativa para que te hagas una idea del principal uso que le dan, aparte de todo lo que la acompaña.

—¿En serio? —Su cara se cubrió por un color rojo intenso e intenté contenerme para no reír.

Irreconocible me veía desde fuera a mí mismo. Cogí varias bocanadas de aire siguiéndola con la mirada, cuando se adelantó hacia varios montones grandes de paja.

—Seguro que te has quedado conmigo. —Se giró hacia mí, dejando la palma de la mano en ella.

—Como podrás ver, la zona y muchas de las que habrás visitado, mantienen las costumbres, me refiero al ganado. —Carraspeé—. Pero no, no me he quedado contigo. —Caminé hacia ella, despacio—. Es muy fácil, cuando cae la noche. —Me paré a pocos centímetros, lo que provocó que levantara la cabeza por la diferencia de altura. Me

incliné un poco, sin pensar en qué narices estaba haciendo. Tragó saliva cuando nuestras caras quedaron casi rozándose—. Como decía, es muy fácil cuando cae la noche, que estos montones de paja se conviertan en la tapadera perfecta para los amantes.

—Vale —murmuró.

Apreté la mandíbula recorriendo todas sus facciones, memorizándolas más al detalle si cabía esa posibilidad. Un poco imposible porque para mi desgracia, no había olvidado nada de ella, absolutamente nada.

—¿Qué estás haciendo? —dijo con un jadeo cuando provoqué que nuestras narices se rozaran.

—No lo sé, ¿qué me has hecho?

—¿Yo? ¿De qué hablas?

—Desde que apareciste en mi camino has hecho saltar por los aires todo lo que conozco y he creado con mucho esfuerzo —susurré sobre sus labios, sin llegar a tocarlos—. ¿Quieres que me aparte? —Palabras que se contraponían con lo que necesitaba hacer, con lo que deseaba, demasiado.

Me mantuve sin moverme, hasta que habló.

—No —tragó saliva—, me gusta este Lander.

Serio y en tensión, llevé una mano por detrás de su nuca y uní nuestros labios atrayéndola hacia mí. Mi primera intención fue quedarme quieto, solo sintiendo nuestro roce, porque no moví los labios, observando su reacción. Quería asegurarme de que de verdad estaba conforme.

Intención que se fue a la mierda en cuanto los suyos mordisquearon los míos, dándome el camino libre que necesitaba para cubrir su boca, por completo, con la necesidad que tiraba de mí. Un cúmulo de sensaciones intensas me recorrieron internamente, unas que se asentaron conforme el beso pasó a otro nivel en el que nuestras lenguas se descubrieron por primera vez, desesperadas por el deseo que nos envolvió.

Hice presión hacia atrás, para que fuera muy consciente de cómo me tenía, lo excitado que estaba porque mi miembro duro se marcaba tensando el pantalón. De sus labios salió un jadeo que amortigué con los míos, hasta se desestabilizó y no pude reaccionar a tiempo cuando se fue hacia un lado, cayendo al suelo, directa hacia la fina capa de paja que había.

Yo seguí su camino, consiguiendo amortiguar el golpe más fuerte. Solo me dio tiempo a hacer contacto primero con el suelo. Por lo inesperado que fue, al separarnos, soltamos una carcajada que se perdió por la llanura.

—¿Me has traído apostá hasta aquí? —Ladeó la cabeza, sin separarse, cubriendo con su cuerpo el mío.

—¿Soy buen guía turístico? —Levanté una ceja—. No, no ha sido intencionado, pero no voy a negar que la oportunidad ha merecido la pena.

—El mejor hasta ahora. ¿Cómo ha cambiado todo tanto entre nosotros? —susurró pensativa.

—Me estoy dejando llevar Kristel, algo que no sucede nunca... —Aparte de exteriorizarlo me lo repetí interiormente varias veces, acomodándome a ello al ser totalmente desconocido en mi vida. La carcajada que había salido de mí, tan natural, era algo que todavía estaba digiriendo.

Mordiéndose el labio inferior, continuó pensativa y como era algo que no quería que sucediera porque provocaría un efecto rebote en mí, busqué sus labios otra vez.

—¿Soy buen guía turístico? —Levanté una ceja—. No, no ha sido intencionado, pero no voy a negar que la oportunidad ha merecido la pena.

—El mejor hasta ahora. ¿Cómo ha cambiado todo tanto entre nosotros? —susurró pensativa.

—Me estoy dejando llevar Kristel, algo que no sucede nunca... —Aparte de exteriorizarlo me lo repetí interiormente varias veces, acomodándome a ello al ser totalmente desconocido en mi vida. La carcajada que había salido de mí, tan natural, era algo que todavía estaba digiriendo.

Mordiéndose el labio inferior, continuó pensativa y como era algo que no quería que sucediera porque provocaría un efecto rebote en mí, busqué sus labios otra vez.

Capítulo 17



Kristel

Tenía la sensación de que estaba flotando, no podía salir del asombro de estar con un Lander mucho más cercano, mucho más comunicativo, mucho más de todo a lo que me hizo conocer de él. En ningún instante se me pasó por la cabeza que terminaríamos rebozados en paja, porque así estábamos en ese instante. Tumbados sobre ella, hacía un rato que nos habíamos separado. La dirección de nuestras miradas había variado entre mirar el cielo azul, en silencio, y dirigir las al encuentro del otro, con las cabezas giradas, como nos encontrábamos en ese momento.

—Gracias por mostrarme algo desconocido de ti —susurré.

—Tu caso es digno de analizar —habló serio y temí que el Lander frío y distante hubiera regresado.

—¿Qué caso? —Lo observé con interrogación.

—El de saber qué tienes para que yo me desvíe de lo seguro y conocido —aclaró.

—Será porque soy una chica normal —sonreí girándome, poniéndome de lado hacia él—. Seguro que estás acostumbrado a un nivel muy superior.

—No digas eso. —Apretó la mandíbula.

—Cuidado, ¿eh? No sé en lo que has pensado, porque les doy mil vueltas a todas ellas. No me estoy infravalorando. —Levanté un dedo para dejarlo más claro. Se relajó al instante—. Me refería a que tienen que ser mujeres de dinero, aunque no se aproximen al tuyo.

—El dinero solo sirve para facilitarte la vida y complicártela, a la vez.

—¿La primera parte te parece poco? —Me sorprendí.

—No he dicho eso, soy consciente de las oportunidades que da. Por ello ayudo y colaboro en todo lo que puedo, hacia las personas que lo necesitan.

—Algo que te honra y debe hacerte sentir orgulloso de llevarlo a cabo —susurré.

—No lo concibo de esa forma. —Miró hacia el cielo—. Para mí, ayudar porque puedo, es una obligación que me impongo. Sí que lo hago con agrado porque nace de mí, incluso me involucro con la causa.

—Me reitero en lo dicho —asentí.

—Quédate conmigo lo que queda de día. —Me sorprendió su propuesta.

—¿Hasta la noche? —asintió mientras se incorporaba, quedándose sentado.

—Quiero enseñarte parte de mi mundo.

—No necesito estar en él para saber...

—¿Por favor? —me pidió mirándome con intensidad.

—Guau, la segunda vez que lo dices. —Me senté rápido—. ¿Sabes?, suena muy bonito de tus labios. —Le hice un guiño—. Deberías practicarlo más veces.

—Eso no va a ocurrir —lo dijo tan seguro que puse los ojos en blanco.

Se levantó ofreciéndome una mano y lo imité aceptándola. Divertida vi cómo se sacudía la ropa, el polvo blanquecino costaba que se fuera. Hice lo mismo dando por hecho que nos íbamos.

—Espera. —Me agarró de una mano cuando iba a empezar a caminar—. Tienes restos en el pelo —susurró.

Embobada me quedé mirándolo con atención, cómo me retiraba lo que se me había quedado enganchado, con una delicadeza... tragué saliva y cerré los ojos al sentir las yemas de sus dedos, peinándome. Cuando los abrí los suyos me esperaban, transmitiendo una intensidad que me dejó sin respiración unos segundos.

—Ahora sí. —Dio un paso hacia atrás y lamenté perder el contacto—. Vamos.

Empezó a andar y lo seguí, igualando sus pasos hasta ponerme a su lado. Hicimos el mismo recorrido que nos llevó hasta el pajar, en sentido inverso hacia el coche. Durante el tiempo que duró, nos mantuvimos callados, e incluso cuando nos montamos en él continuamos de la misma forma, hasta que paró frente a la casa.

—No me has respondido —dijo en tono bajo, sin apagar el motor.

—Voy a hacerlo —susurré—. Entro un momento para avisar a mis amigos y vuelvo.

—Perfecto —asintió.

Salí del coche para hacer lo que le había dicho. Nada más cerrar la puerta de la entrada, mis amigos saltaron encima de mí.

—¿Todavía estabais en la ventana? —Reí al ver sus expresiones.

—Por supuesto, hemos hecho turnos para no perdernos el regreso —dijo emocionada Diana.

—¿Cómo ha ido cariño? —Me agarró de una mano Maira.

—Yo creo que más que bien —soltó Diego, con diversión.

—¿Eres vidente? —sonreí.

—No, lo que soy es observador y me rijo por las evidencias. —Rio mientras sacaba de mi pelo una tira de paja, mostrándola.

1

—¡No fastidies! ¿Os habéis revolcado en la paja? ¿Dónde queda ese lugar? ¡Ayyy que me da! —gritó Diana, abanicándose.

—Coño con el Lander, no ha perdido el tiempo. —Se tapó la boca Maira.

—No me pongáis nerviosa que ahora me voy con él. —Los adelanté dirigiéndome hacia mi habitación. Me siguieron de cerca.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde? ¿Con quién? ¿Cuánto tiempo? —soltó de carrerilla Diana.

—Te quieres centrar, ¿con quién va a ser si nosotros nos quedamos aquí? —habló Maira.

—Me ha pedido que pase la tarde con él —dije como si fuera lo más normal del mundo cuando entré en la habitación.

Me dirigí hacia donde tenía el bolso porque había salido de la casa con un pequeño monedero.

—Estarás satisfecha por cómo ha ido, ¿no? —Se interesó Diego.

—Pues sí, me ha sorprendido en muchos aspectos, la verdad —confirmé mirándolos de frente—. Aunque tanto pensar por lo del sobre y no es suyo. —Me encogí de hombros.

—¿No? —Se sorprendió Maira y negué, confirmándolo.

—Igualmente ten cuidado —me pidió serio Diego.

—Siempre lo tengo. —Caminé hacia él y lo abracé—. Te lo prometo —dije para que se quedara tranquilo. Me apretó hacia él.

Al final terminé embutida por mis amigos, al unirse Diana y Maira en un abrazo grupal con el que acabamos riendo.

—No te separes del móvil. —Fue la sugerencia de Diego cuando me estaba despidiendo en la puerta.

—Nunca lo hago. —Levanté una ceja.

—Estás tú más nervioso que ella. Madre mía, no quiero ni imaginar cómo te comportarás cuando tengas una hija, porque es lo que va a suceder en el futuro, que lo sepas. —Rio Maira.

—No me hagas pensar en ello. —Puso los ojos en blanco él.

—Me voy ya. Os aviso cuando esté de regreso, ¿vale? Si me retraso mucho cenad cuando tengáis hambre, no me esperéis.

—No me esperéis dice. —Rio Diana—. Con los ojos como platos vamos a estar hasta que no oigamos la cerradura. Llévatelas, nos quedamos con el otro juego de llaves. —Me dio la que colgaba de la puerta.

Salí de la casa con los labios fruncidos, haciendo esfuerzos por no reír. ¿El motivo? Mis tres amigos se quedaron en la gran puerta, ocupando parte del hueco sin perderme de vista. Antes de subirme al coche de Lander, los miré levantando una mano. La respuesta de todos fue hacer lo mismo, sincronizados, con una Diana muy efusiva, incluso diciendo el nombre de Lander en alto para que la oyera. Entré viendo cómo él hacía un pequeño gesto hacia ellos y cómo Diana se colgaba del cuello de Maira, dando pequeños saltitos por lo que había conseguido.

Me acomodé en el asiento cuando cruzábamos el puente de diez arcos.

—¿Estás bien? —me preguntó y sonreí interiormente por su interés.

—Claro.

—No me has dicho cómo diste conmigo, cómo terminaste en mi empresa —comentó concentrado en la carretera.

—La verdad, en ese momento no estaba buscándote. —Carraspeé provocando que me mirara de reojo—. Tenía intención de ponerme a ello, para lo del tema del sobre, pero cuando regresara a casa de las vacaciones. —Llevé la

vista hacia la ventanilla.

—¿Entonces?

—Maira, una de mis amigas, lleva viviendo en Irlanda bastante tiempo, por trabajo. Una mañana que salió a por el desayuno te vi.

—¿Cómo que me viste? —Frunció el gesto, sin comprenderlo.

—Le gusta comprar cada mañana el periódico, esté donde esté, es una costumbre para ella. —Giré la cabeza hacia él—. Ahí te vi, salía una foto tuya en un artículo que ocupaba una hoja entera, por delante y por detrás.

—Entiendo —asintió—. Es una entrevista que le hicieron a Adam y pusieron mi fotografía también porque era referente a la empresa.

—¿Quién es Adam?

—Un amigo, trabaja conmigo.

—¿Cuántos tienes? —Me interesé.

—¿Eso es importante? —Levantó una ceja sin apartar la atención de la carretera.

—Para nada, uno solo puede valer por miles. No sé, me ha dado por preguntar, no ha sido por nada.

—Tres —respondió al fin—. Adam, Jordan y Reese. Aparte de Cian, mi hombre de confianza que se encarga de mi seguridad, son muchos años ya y con el tiempo formó parte de mi pequeña burbuja. A él lo conoces un poco. —Carraspeó.

—Oh, ¿Cian es el hombre tan grande que me echó de tu empresa y después me localizó?

—El mismo. —Apretó la mandíbula—. ¿Cómo se dio cuando fuiste a buscarme?

—¿A qué te refieres?

—Quiero saber cómo te trataron. —Apretó el agarre en el volante.

Lo observé con atención y decidí pasar muy por encima del tema.

—Normal.

—¿Esa es la realidad? —Giró la cabeza unos segundos hacia mí—. De Cian no lo pongo en duda, aunque te pareciera que no al mostrarte la puerta. Es su trabajo y siempre me va a poner por delante, lo que no quiere decir que, si no le dan motivos para variar su comportamiento, lo haga sin mostrar nada, lo más cordial posible.

l—Así fue, él solo hizo su trabajo. Me tocó las narices que lo hiciera, pero no fue como...

—¿Como quién? —Me cortó.

—La recepcionista, estuvo un poco subidita. Pero no pasa nada, borrón y cuenta nueva —sonreí queriendo que viera que para mí dejó de tener importancia, más que nada porque me lo pasé por una zona muy concreta.

Su silencio me hizo preguntarme qué estaría pensando, pero no dije nada al respecto, manteniéndolo. Después de unos veinte minutos de trayecto volví a hablar.

—¿Queda muy lejos? No sé él qué porque no me has dicho adónde vamos.

—No, enseguida llegamos a mi empresa.

—¿Vas a trabajar ahora? —Me sorprendí.

—No es la idea que tengo. —Con esas palabras volvió a quedarse en silencio.

—Has cambiado desde que estamos en el coche. Si estás incómodo por algo puedes llevarme de regreso —susurré al cabo de unos minutos.

—No lo puedo evitar cuando me doy de frente con cosas que no me gustan y no, ni estoy incómodo ni te voy a llevar de vuelta, todavía.

—¿Qué no te ha gustado? ¿He dicho algo que...? —Quise saber con dudas.

—Hemos llegado. —Aminoró la velocidad.

—Oh —dije porque no había estado prestando atención, el último tramo la había acaparado toda él.

Se bajó y esperó a que hiciera lo mismo. Siguiéndolo caminé a su lado, a cierta distancia. Sorprendida me quedé cuando me agarró de una mano para que no me alejara, de esa forma traspasamos la entrada principal. Me sentí inquieta ante las miradas de todos los que se giraban hacia nosotros, y más lo hice cuando Lander se paró enfrente del mostrador de la recepción.

—Señor Lander —respondió la misma chica que yo conocía, con la sorpresa reflejándose en su cara al verme al lado de él.

—Creo que es algo invariable e indiscutible el trato que le damos a todas las personas que entran en este edificio.
—Empezó a decir él, captando toda nuestra atención, la de las dos.

—Por supuesto, señor. —Tragó saliva ella.

—Que no se repita el que llegue a mis oídos algún comentario que me desagrade por el trato recibido. —Su voz sonó fría y cortante—. Sea quien sea, venga a lo que venga, si es necesario mostrarle la salida siempre he dejado claro la actitud que se les debe mostrar, ¿me equivoco?

—No —susurró nerviosa.

—Es un aviso, no me gustaría tomar una decisión drástica, pero ten por seguro que como escuche algo más, recogerás tus cosas y te irás de aquí. Con esto dicho, ella es Kristel y tiene acceso libre a estas instalaciones siempre que le venga en gana. ¿Has tomado nota?

—Por supuesto, así será —asintió varias veces.

—Perfecto entonces, ya está todo aclarado. —Se separó del mostrador y tiró de mi mano, no me había soltado en ningún momento.

No me pasó desapercibida la observación de su trabajadora, poco me importó. En esta vida hay que asumir las consecuencias de nuestros actos y actitudes y ella lo había tenido por partida doble, por él y por mi presencia inesperada. A pesar de ello...

—No hacía falta —susurré cuando nos paramos enfrente del ascensor.

—Son mis reglas y no permito que nadie se las salte, mucho menos en mi empresa. Y sí, siempre hace falta dar un choque de realidad para hacer reaccionar a la gente, para que ponga los pies en el suelo —lamenté verlo tan serio, lo que continuó mientras subíamos a la cuarta planta.

—Creo que es algo invariable e indiscutible el trato que le damos a todas las personas que entran en este edificio.

—Empezó a decir él, captando toda nuestra atención, la de las dos.

—Por supuesto, señor. —Tragó saliva ella.

—Que no se repita el que llegue a mis oídos algún comentario que me desagrade por el trato recibido. —Su voz sonó fría y cortante—. Sea quien sea, venga a lo que venga, si es necesario mostrarle la salida siempre he dejado claro la actitud que se les debe mostrar, ¿me equivoco?

—No —susurró nerviosa.

—Es un aviso, no me gustaría tomar una decisión drástica, pero ten por seguro que como escuche algo más, recogerás tus cosas y te irás de aquí. Con esto dicho, ella es Kristel y tiene acceso libre a estas instalaciones siempre que le venga en gana. ¿Has tomado nota?

—Por supuesto, así será —asintió varias veces.

—Perfecto entonces, ya está todo aclarado. —Se separó del mostrador y tiró de mi mano, no me había soltado en ningún momento.

No me pasó desapercibida la observación de su trabajadora, poco me importó. En esta vida hay que asumir las consecuencias de nuestros actos y actitudes y ella lo había tenido por partida doble, por él y por mi presencia inesperada. A pesar de ello...

—No hacía falta —susurré cuando nos paramos enfrente del ascensor.

—Son mis reglas y no permito que nadie se las salte, mucho menos en mi empresa. Y sí, siempre hace falta dar un choque de realidad para hacer reaccionar a la gente, para que ponga los pies en el suelo —lamenté verlo tan serio, lo que continuó mientras subíamos a la cuarta planta.

Capítulo 18



Lander

Lo que había escuchado de sus labios me había tocado los cojones y de qué manera. Podían echar a veinte mil personas de mi recinto, alejarlas de mí cuando sabían el propósito que las llevaba a buscarme, pero de ahí a que lo hicieran como había dicho e insinuado Kristel, ni hablar. Yo lo cortaba todo de raíz, demasiado tranquilo había estado dirigiéndome a Ardál, dándole solo un aviso porque a la próxima ni se lo vería venir.

Con mi gente no admitía ni el más mínimo fallo, con los que quería y formaban parte de mi núcleo cerrado. Kristel había pasado a serlo, por lo que la necesidad de protegerla me había superado dentro del coche, lo que había ocultado hacia a ella para no hacerla sentir incómoda.

Era consciente de que mi carácter había cambiado porque no me gustaba ni un pelo todo lo que salía de mi control, como por ejemplo las actitudes de las personas cuando yo no estaba presente. Si no confiaba en alguien, en el sentido de que no sabía si actuaba de la misma forma estando conmigo que sin mí, la apartaba rápido de mi vida y de mi rutina, sin que tuviera cabida en ellas. Ni una mínima posibilidad de regresar tenían.

—¿Te está gustando? —le pregunté.

—Es una pasada. —Ladeé un poco los labios—. La entrada principal me impresionó mucho la primera vez, pero todo lo demás no se queda atrás.

—Me alegro —asentí.

Caminamos por la planta en la que estaba mi despacho, mientras ella la observaba disimuladamente. Teníamos todos los ojos puestos en nosotros, como había sucedido nada más acceder al edificio. El simple hecho de hacerla agarrándola de la mano había sido lo suficientemente interesante para el resto de las personas. Nunca lo había hecho, nunca me dejaba ver con nadie, pero esa vez la necesidad tiró de mí y siendo sincero, me había hecho sentirme muy bien.

—Tu intención no era enseñarme tu empresa, ¿verdad? Solo ir hasta la recepción por lo que te he contado.

—Puede ser. —Carraspeé.

—Gracias —susurró ruborizada.

—Era lo justo y lo que necesitaba hacer. No lo iba a dejar pasar —hablé serio, agarrando el pomo de la puerta con una mano.

Abrí de golpe y Adam que estaba en el interior se sobresaltó.

—Joder, macho, ¡qué efusividad! —se quejó, pero riéndose—. Hola. —Se fijó en Kristel cuando se puso a mi lado.

Pasó la mirada de uno a otro, con las cejas levantadas esperando algún tipo de aclaración. No llegó, ya os lo digo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, no porque no pudiera estar porque tenía el camino libre cuando lo necesitara y quisiera, él lo sabía de sobra.

—Venir a por esta carpeta, me iba a poner a trabajar con la información. ¿Hoy no te ibas a tomar el día libre? Al menos es lo que me ha dicho esta mañana Cian.

—Lo tengo libre, que esté aquí no significa que vaya a trabajar. —Me adelanté un poco—. Adam, ella es Kristel.

—Encantada. —Lo saludó con una sonrisa.

—Igualmente, Kristel. —Se acercó para saludarla mejor—. Como veo que estás muy bien acompañado me voy a mi despacho —dijo divertido, mirándome directamente—. No quiero salir muy tarde hoy.

—Está bien —asentí sentándome en el filo de la mesa—. Adam. —Lo llamé después de que se despidiera de ella.

—¿Sí?

—¿Te apetece venir a mi casa a cenar esta noche?

—¿A qué viene esa pregunta? Como si no me apuntara a cualquier plan —habló divertido.

—Pues esta noche vamos a cenar con Kristel y sus amigos. —Tal y como lo dije los ojos de ella buscaron que la mirara, lo hice—. Sé que en el fondo lamentas haberlos dejado solos, llámalos para decirles que estén preparados.

—Gracias —dijo con una sonrisa preciosa.

—Ahora aviso a Jordan —intervino Adam.

—Perfecto y a Reese.

—A ella no la he nombrado porque va de cabeza, como para dejarla atrás. —Rio saliendo por la puerta.

—Ese gesto ha sido muy bonito.

—No ha sido nada. —Carraspeé.

—Sí que lo ha sido, les hará mucha ilusión —asintió al igual que hice yo.

—¿Os vais pasado mañana?

—Sí —susurró desviando la mirada—, pero en Irlanda estaremos varios días más. No podemos retrasarlo por los trabajos.

—¿En qué trabajas?

—Soy analista de datos independiente. —Se ruborizó.

—Interesante.

—¿Quieres contratarme? —preguntó divertida.

Curvé los labios despacio, con la mente empezando a funcionar a gran velocidad.

—Llama a tus amigos. Diles que en una hora irá Cian a recogerlos.

—Pueden venir hasta aquí. —Levanté una ceja por sus palabras, lo que provocó que negara.

La observé mientras lo hacía, hasta pude escuchar los gritos que salieron del otro lado de la línea.

—Ya está —sonrió cuando colgó—. Me han dicho que te dé las gracias, aunque lo harán personalmente.

—No hay de qué —negué—. Nos vamos. —Me separé de la mesa y pasé por su lado, agarrándola de la mano otra vez.

La misma tensión que la primera vez que lo había hecho, sonreí interiormente, satisfecho. Cuando salimos del ascensor marqué el número de casa, mirando de reojo hacia la recepción. La reacción de Ardál al vernos salir de él había sido quedarse mirándonos durante más tiempo del que me gustó, para después bajar la cabeza hacia el trabajo que estuviera realizando. En cuarentena, me dije y me reafirmé.

—Aquí la residencia del señor Lander O'Connor. —Fue lo que dijo Gwen nada más descolgar.

—¿Desde cuándo contestas así?

—Sabía que eras tú. —Rio con ganas—. *A chroí*, hace menos de cinco minutos que he terminado de hablar con Reese, viene hacia aquí para ayudarme. Me ha dicho que has organizado una cena y tendremos invitados nuevos.

—No quería que te liaras tú. —Fruncí el gesto—. Iba a pedir...

—Ah, ni se te ocurra decirlo ni hacerlo porque la comida te va a entrar por todos los sitios menos por la boca —me amenazó, y no tuve más remedio que curvar los labios.

—Está bien —solté un suspiro.

—No te preocupes por nada, lo tengo todo bajo control.

—Acabas de enterarte.

—¿Y qué? ¿Acaso no lo tengo siempre?

—Vale, me callo —negué divertido.

—Mejor, mucho mejor. —Volvió a reír después de despedirse.

—Existe una mujer en este planeta que es capaz de dejarte callado, qué descubrimiento. —Escuché la voz de Kristel y la miré de reojo—. Lo siento, se ha escuchado la conversación.

—Estas descubriendo todos mis puntos débiles y no soy de mostrarlos. —Carraspeé.

—Me encanta hacerlo —sonrió de una forma...

—Ven aquí. —La atraje hacia mí, parándome.

¡ Hice lo que llevaba tiempo conteniendo, besarla otra vez, sentir la suavidad de sus labios y su sabor porque no me conformé con un simple roce. Cuando nos separamos cogimos el aire que nos había faltado y la vi reaccionar rápido, mirando alrededor.

¡ —Estoy aquí —dije lo obvio, por lo que estaba buscando.

—Hay varias personas mirándonos —susurró.

—¿Y? Como si me importara. Que lo sigan haciendo. —Volví a agarrarla de la mano hasta que llegamos al coche

—¿Puedo preguntarte algo de la llamada que has hecho?

—¿El qué? —dije arrancando.

—¿Qué significa «crois»? —Solté una carcajada, no solo porque no dijera bien la palabra, sino por la pronunciación que intentó imitar.

Sus ojos se iluminaron al verme y carraspeé para responderle.

—Es, *a chroí* y significa corazón. Es un apelativo cariño, según la zona puede variar un poco el significado, pero viene a ser lo mismo.

—Ah, qué bonito. —Curvé los labios.

El trayecto hacia mi casa no duró más de quince minutos. Aparqué en el garaje y accedimos al interior desde allí.

—Gwen. —La llamé en alto, pero no sé ni para qué me molesté porque ya venía casi corriendo, dirigiéndose hacia nosotros con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué ilusión! Yo soy Gwen, la encargada de todo lo que ves, incluido de él. —Me señaló, levanté una ceja.

—Igualmente, es un placer. Mi nombre es Kristel —le sonrió y Gwen no tardó en acortar la distancia para abrazarla.

—Gracias —le susurró sin perder el contacto con ella. La escuché perfectamente.

—¿Por qué? —preguntó Kristel descolocada, imitando su tono de voz.

—Por lo que estás haciendo y consiguiendo. —Le acarició la mejilla con cariño cuando se separaron.

A Kristel le llevó unos minutos caer en la cuenta a lo que se estaba refiriendo Gwen, hasta que lo hizo o creyó intuirlo y me miró de reojo. Sin mostrar nada le pedí que me acompañara para enseñarle la casa, dejando atrás a una Gwen más que satisfecha, irradiando felicidad por cada poro de su piel.

—¿A esto lo llamas casa? —Silbó Kristel después de haberle enseñado una parte de ella.

—¿Cómo quieres que le diga? Es donde vivo.

—No lo sé, le pegaría más mini palacio o castillo, o yo qué sé. —Rio nerviosa—. Yo aquí me perdería entre tantas puertas y plantas.

—Tiene solo dos plantas y te adaptarías rápido.

—Dos, pero muy anchas y largas, sin contar el enorme jardín que da al salón y rodea toda la vivienda. ¿No tienes perro?

—No, nunca me lo he planteado. Viajo bastante y cuando lo hago, Gwen aprovecha para ir a visitar a su familia.

—Es una pena, aquí viviría como un rey —dijo pensativa, soltando un suspiro.

—Todo lo que te está impresionando yo lo veo como normal. Soy consciente de lo que provoca al no estar acostumbrado, pero yo me crié corriendo por los pasillos de esta casa, escondiéndome en sus estancias, escalando los muros...

—Vaya, ¿era de tus padres? —Apreté la mandíbula—. Lo siento, no quería... —Reaccionó sin saber el motivo de que lo hubiese hecho.

—No —la saqué de dudas—, era de mis abuelos. La heredé de ellos —dije antes de abrir una puerta doble, señalando hacia el interior con una mano para que pasara.

—Guauuu, me encanta. —Dio varios giros sobre ella misma, divertida e impresionada mirando hacia arriba.

El techo estaba cubierto de estrellas, al completo, simulando el espacio que quedaba sobre nuestras cabezas cuando estábamos al aire libre.

—Mi abuelo lo diseñó para mí —dije mirando también hacia arriba, con nostalgia.

—¿En serio? Es increíble.

—Este era mi refugio, donde pasaba horas y horas aislado del mundo real —continué—. Va variando, está en movimiento constante, hasta se ven estrellas fugaces de vez en cuando. Está programado para que al amanecer varié en intensidad dejando ver el cielo exterior. Ahora está opaco simulando una noche estrellada en la que la luna —la señalé— está acompañada por varios planetas más. —Hice un recorrido por todos los que se veían.

—Tiene mucha magia, no me extraña que fuera tu refugio —asintió emocionada.

—Lo sigue siendo, por eso he querido que lo vieras. —Me metí las manos en los bolsillos.

—Gracias —susurró y pude intuir sus ojos más brillantes de lo normal.

s

—Ven. —Empecé a caminar hacia la puerta.

—¿Queda mucho por ver?

—Bastante —curvé los labios—, pero lo siguiente que me interesa nos va a llevar un poco de tiempo.

—¿De qué se trata?

—De mi habitación.

Se quedó callada, con el color cubriendo otra vez sus mejillas. Había tomado la directa y ya no había marcha atrás para qué voy a mentir, hacía mucho que no podía retroceder, a pesar de que no lo había sabido ni yo.

La llevé hacia las escaleras centrales y subimos, guiándola hasta pararnos delante de una puerta, la de mi habitación.

—¿Quieres entrar? —La voz me salió más ronca de lo normal—. No te veas obligada a nada, si algo tienes que saber de mí, es que no acepto que se fuercen las cosas. Quieres, perfecto; no quieres, también perfecto. No tengo ninguna prisa, Kristel. Con esto último ya sabes lo que deseo.

Tragó saliva frotándose las manos en la ropa, pero no me hizo esperar para saber cuál era su contestación.

—Quiero —asintió despacio—. Nunca hago nada por obligación. Si me gusta lo hago saber, si no, cierro rápido la posibilidad a lo que sea. En lo último difiero de ti, a estas alturas yo sí que tengo prisa —sonrió sonrojada, pasando delante de mí, hacia el interior.

—Me has ahorrado el decir, adelante —dije cerrando tras de mí, echando la llave, por lo que se giró quedándonos cara a cara.

—Una que es rápida, sobre todo cuando me pongo nerviosa. —Rio dejándolo ver.

—Ven. —Empecé a caminar hacia la puerta.

—¿Queda mucho por ver?

—Bastante —curvé los labios—, pero lo siguiente que me interesa nos va a llevar un poco de tiempo.

—¿De qué se trata?

—De mi habitación.

Se quedó callada, con el color cubriendo otra vez sus mejillas. Había tomado la directa y ya no había marcha atrás, para qué voy a mentir, hacía mucho que no podía retroceder, a pesar de que no lo había sabido ni yo.

La llevé hacia las escaleras centrales y subimos, guiándola hasta pararnos delante de una puerta, la de mi habitación.

—¿Quieres entrar? —La voz me salió más ronca de lo normal—. No te veas obligada a nada, si algo tienes que saber de mí, es que no acepto que se fuercen las cosas. Quieres, perfecto; no quieres, también perfecto. No tengo ninguna prisa, Kristel. Con esto último ya sabes lo que deseo.

Tragó saliva frotándose las manos en la ropa, pero no me hizo esperar para saber cuál era su contestación.

—Quiero —asintió despacio—. Nunca hago nada por obligación. Si me gusta lo hago saber, si no, cierro rápido la posibilidad a lo que sea. En lo último difiero de ti, a estas alturas yo sí que tengo prisa —sonrió sonrojada, pasando delante de mí, hacia el interior.

—Me has ahorrado el decir, adelante —dije cerrando tras de mí, echando la llave, por lo que se giró quedándonos cara a cara.

—Una que es rápida, sobre todo cuando me pongo nerviosa. —Rio dejándolo ver.

Capítulo 19



Kristel

—Cuando Cian te puso al corriente de la visita de una chica a tu empresa, buscándote, ¿supiste en algún momento que se trataba de mí?

Lo seguí con la vista mientras cruzaba la habitación. Se paró frente a una cómoda en la que dejó el reloj, las llaves del coche y el móvil. Continuó desabrochándose el cinturón, deslizándolo hasta librarse de él, colocándolo encima de ella también. Cuando se giró hacia mí lo hizo remangándose el jersey.

—Al principio lo intuí, aunque me costó creerlo —respondió apoyándose en el mueble, cruzando los brazos.

—¿Cómo? ¿Qué te hizo pensar...?

—Por las reacciones y actitud que mantuviste en todo momento. —Levanté una ceja—. A Cian también le extrañaron —continuó—. Eso, sumándolo a que te describió como extranjera, con un acento parecido a los trabajadores de la sucursal.

—¿Qué tuvieron de raro?

—Nada, aquí el raro soy yo, ¿no? —Curvó los labios.

—Cada vez vas dejando de serlo un poco menos. —Me ruboricé, sentí el calor en las mejillas.

—Es bueno saberlo —dijo impulsándose, caminando hacia mí—. El motivo no es otro que las costumbres varían en todas las partes del mundo, eres consciente de ello, como también la forma de relacionarse entre las personas. Aquí no es muy común encontrarse con un comportamiento como el tuyo, no estoy diciendo que fuera malo ni nada por el estilo, solo lo estoy explicando de esta manera para que lo entiendas.

—Lo hago. —No me lo tomé a mal porque sabía por dónde iba, lo que quería expresar—. ¿Qué pensaste cuando te lo confirmó?

—La respuesta es difícil —dijo con voz ronca—, aunque después de trasladarme tu mensaje exacto, el que le diste para mí... —Levantó una ceja.

—Ya. —Reí nerviosa, no tan decidida como en aquel instante—. ¿Por qué te fías de mí? Quiero decir... nos conocemos de un viaje en tren, en el que no salimos muy bien parados, todo hay que decirlo. Por la forma de ser que siempre he visto en ti y por lo que me has explicado hoy, no lo entiendo.

—Ya te he dicho que tu caso es digno de estudio —susurró—. Simplemente lo hago, saltándome todas mis reglas. Nunca nadie me ha hecho reaccionar como tú provocas en mí, Kristel. La preocupación, el desconcierto, el interés, el deseo... todo me sobrepasa.

Me mordí el labio inferior, atacada de los nervios al escucharlo.

—¿Te desconcierto? —Ladeé un poco la cabeza.

—Lo haces, pero más lo hago hacia mí mismo por todo lo anterior.

—Por eso desapareciste sin despedirte —solté un suspiro.

—Me salí de control y me pilló con la guardia baja. Pocas veces me ha ocurrido y aborrezco esos momentos porque me siento débil, a la merced de la situación.

—Eres humano, Lander.

—Aunque lo sea, he aprendido a no mostrarlo. —Apretó la mandíbula.

—No digas eso, no es verdad —negué—. Tú mismo me has contado la necesidad que tienes de ayudar a los demás, eso es de ser muy humano —susurré—. Eres estricto, pero justo.

—¿Me deseas? —Contuve el aire al escucharlo.

—Ya sabes que sí —murmuré.

—¿Y por qué estamos todavía hablando? —Levantó una ceja.

—Nos estamos conociendo. —Me removí nerviosa cuando con su cuerpo me hizo dar varios pasos hacia atrás.

—¿Es prioritario para ti? —Se inclinó.

—No —susurré.

—Pues entonces podemos conocernos después porque yo también te deseo. He perdido la puta cabeza desde que te vi con la maleta dirigirte al fondo del vagón para colocarla. Ya he cubierto de mi cupo de espera.

—¿Qué habría sucedido si yo no hubiera aparecido? —Contuve el aire cuando agarró mi jersey y me lo sacó por la cabeza.

—No puedo responderte a algo que no se ha dado —respondió con voz ronca, posando las manos en mis pechos, cubriéndolos por encima del sujetador.

—No nos hubiéramos vuelto a ver. —Tragué saliva por el significado y porque me desabrochó el sujetador, el que ayudó a caer al suelo, acariciándome la piel con la yema de los dedos.

—¿Sabes la única verdad que conozco sobre nosotros, Kristel? —Me agarró de la nuca, con firmeza.

—No.

—Que estamos aquí, tú y yo, que todo lo que hay al otro lado de la puerta ahora mismo no existe porque estas medio desnuda, estoy excitado, duro como una piedra por el deseo que nunca me ha abandonado referente a ti.

»No sé si te hubiera buscado, no sé si un encuentro nuestro se hubiera dado, ¿para qué pensar en ello? Todo es probable, el ritmo cambia constantemente, las variantes son infinitas y lo que piensas un día, al otro puede perder valor o tomarlo con más intensidad. —Solté un jadeo cuando tiró de mis pezones, endureciéndolos.

—Lander... —dije soltando el aire.

—¿Sí?

—No hables más. —La expectación aumentó al decirlo porque llevó las manos al botón de mi vaquero, desabrochándolo.

—Estaba deseando escucharlo —gemí cuando su mano se perdió en el interior de mi ropa y llegó a mi zona íntima. —. Estás tan excitada... —dijo con voz ronca antes de besarme con intensidad, amortiguando el jadeo que me provocó que sus dedos se deslizaran arrastrando la humedad.

Me cubrió de besos todo el cuerpo, desde los labios, hasta el cuello, pasando por la clavícula, llegando a los pechos en los que se demoró lamiendo, succionando y mordisqueándolos. Con las piernas temblorosas la necesidad se incrementó cuando me bajó los pantalones junto con la ropa interior, dejándome desnuda ante él al hacerlos desaparecer junto a lo que me cubría los pies.

Poco me faltó para perder las fuerzas por completo cuando su lengua hizo contacto con mi clítoris inflamado, el que lo recibió ansioso por atención.

—Lander... —dije con un jadeo cuando me separó los labios para tener mejor acceso, mientras varios de sus dedos se movían por toda la zona, mojándolos con mis fluidos y perdiéndose en mi interior. Abrí las piernas por instinto, con la urgencia latiendo fuerte dentro de mí.

Al notar que perdía la estabilidad se separó de golpe y a punto estuve de llorar por perder su contacto. ¿Qué más daba que me cayera? Con gusto hubiera terminado en el suelo si su boca no se hubiera separado de mí, si su lengua hubiera lamido y jugado con mi punto de placer, si sus dedos hubieran seguido descubriendo cada rincón conmigo memorizando sus atenciones y caricias...

2 Pues no, no dejó que sucediera. Me cogió en brazos y me llevó hacia la cama, en la que me sentó. Sus ojos desprendían tanto en ese instante, cuando se apartó de mí para empezar a quitarse la ropa. Tragué saliva siguiendo todos sus movimientos, por su parte no apartó la vista de mí, recorriéndome entera.

—Muéstrate para mí —me pidió casi en un susurro ronco.

Le ofrecí la vista que quería, abriendo las piernas mientras él se deshacía de la última prenda de ropa. Me mordí el labio al admirarlo de esa forma, cada parte de él era digna de ver, de admirar y, sobre todo, de disfrutar. Me dejé caer hacia atrás cuando vino hacia mí y solté un jadeo cuando se inclinó levantándome una pierna con la que me hizo rodearle la cadera. Presionó su miembro sobre mi clitoris provocando que me removiera. Su reacción fue apretar la mandíbula, sobre todo cuando empezó a frotarse buscando el placer de los dos.

—¿Lander?

Ahogué un grito al escuchar una voz de mujer fuera de la habitación. Él me pidió silencio poniendo un dedo sobre mis labios, los que no tardó en besar para que no reaccionara de ninguna manera cuando empezaron a llamar con insistencia en la puerta.

Le rodeé el cuello cuando sentí la punta suave y resbaladiza de su miembro en la entrada, tanteándola.

a —Me gustaría que fuera diferente, pero...

—Es perfecto —susurré cerrando los ojos cuando se introdujo un poco dentro de mí.

—Joder. —Los abrí al escucharlo, viendo la tensión en su expresión mientras se introducía despacio y salía de la misma forma—. Ahora me protejo, necesitaba sentir cómo resbalo, el calor, la presión, mierda... —dijo con la voz entrecortada, apretando la mandíbula.

Una vez más repitió el proceso y se apartó de mí de golpe para coger un preservativo del cajón de la mesita de noche, el que rasgó con la boca y se colocó sin dejar de observarme. Cuando se puso entre mis piernas tiró de ella arrastrándome hacia el final de la cama y sin darme tiempo a acomodarme se introdujo dentro de mí de una embestida, dura y fuerte, dejándonos a los dos sin respiración.

El baile incansable que empezó, el ritmo rápido que cogió... me quedé a su merced permitiendo que me moviera : su antojo, como necesitaba siendo lo mismo que yo ansiaba. Me corrí con su miembro entrando sin descanso en mi interior y con varios de sus dedos frotando y resbalando sobre el clítoris, cubriéndolo de humedad.

El sonido de la explosión de sensaciones quedó amortiguado por su boca, al ir a mi encuentro en el momento exacto. Dejándome desmadejada y satisfecha buscó su propio placer, subiéndome las piernas sobre su pecho, una postura que ejerció más presión en cada movimiento que hizo. Hasta que se dejó llevar, alargando el momento de placer aflojando la velocidad.

› Cayó sobre mí con cuidado y me besó con fuerza, anticipando la despedida que debíamos forzar al no estar solos.

—Tienes el baño ahí. —Lo señaló con la cabeza cuando salió de mí, lamenté perder su contacto.

Asentí incorporándome mientras lo observaba. Había dado otro cambio, no sabía el motivo por el cual había sucedido, pero fue muy evidente porque por unos instantes esquivó hacer contacto con mis ojos.

Caminé hacia el baño y me encerré en él con la ropa. Me asee y me preparé para salir de allí. Se me escapaban tantas cosas de Lander y el problema es que a esas alturas quería y, sobre todo, necesitaba saberlas todas. Con un suspiro abrí la puerta y me substituyó entrando él.

Sin saber si irme de la habitación o esperarlo, me decidí por lo segundo, para tantearlo.

› —¿He hecho algo mal? —Fueron las palabras que salieron de mi boca, dejándolo parado en medio de la habitación, con el gesto fruncido.

—¿A qué viene eso? No has hecho nada mal, Kristel.

—Sabes que has vuelto a cambiar de actitud, a no ser que con lo que has dejado salir se haya ido el buen rollo...

—Carraspeé.

—No tiene nada que ver contigo, pequeña. —Agrandé los ojos ante ese calificativo cariñoso.

—¿Seguro?

—Como que me estás viendo —asintió serio.

—Quiero entenderte. —Tragué saliva.

s

—Y a mí me gustaría que lo hicieras. —Me emocioné ante sus palabras, levantándome.

—¿Me vas a echar de tu vida? —susurré.

a

—Eres tú la que te vas a ir de aquí.

—No tengo más remedio que hacerlo, pero no afecta a mis sentimientos. —Me removí nerviosa.

Supe que para llegar hasta el fondo de él necesitaba tiempo o un milagro, y ninguna de las dos opciones eran viables, por lo que no pude evitar que mi expresión también cambiara, siendo consciente de la realidad.

—No te pongas triste. —El tono duro de su voz me hizo centrarme en él otra vez porque había desviado la mirada

—Hay cosas que no puedes controlar. —Tragué saliva.

—Esa sí porque es por mi culpa, pero ahora mismo no puedo...

—No pasa nada —sonreí triste caminando hacia la puerta, pero no llegué a acercarme, al hacerlo él hasta mí, rodeándome la cintura por la espalda.

—Dame tiempo, solo te pido eso —susurró sobre mi cuello, erizándome la piel.

—¿Si te lo doy qué sucederá? —susurré.

—Que daré contigo, que iré a por ti. —Dejó un beso en mi cabeza y cerré los ojos.

Me giré entre sus brazos y lo abracé con fuerza, escondiendo la cara en su pecho. El latido de su corazón fue un bálsamo para mí. Sin movernos, sin variar la postura, nos quedamos inmóviles en el centro de la habitación atesorando el momento. Por mi parte sin saber si se repetiría.

—Vamos a recibir a nuestros amigos —dijo separándose, poniendo las palmas de las manos en mis mejillas—. Vamos a disfrutar junto a ellos. Esto no es una despedida, sabes muchas cosas de mí y si me das la oportunidad... no quiero alejarte de mí —susurró rozándome los labios con los suyos.

—Vamos —dije animada cuando nos separamos, agarrándolo yo de la mano—. ¿Sabes que las risas son curativas? —Medio giré hacia él, detectando un brillo especial en sus ojos.

—¿Me vas a echar de tu vida? —susurré.

—Eres tú la que te vas a ir de aquí.

—No tengo más remedio que hacerlo, pero no afecta a mis sentimientos. —Me removí nerviosa.

Supe que para llegar hasta el fondo de él necesitaba tiempo o un milagro, y ninguna de las dos opciones eran viables, por lo que no pude evitar que mi expresión también cambiara, siendo consciente de la realidad.

—No te pongas triste. —El tono duro de su voz me hizo centrarme en él otra vez porque había desviado la mirada.

—Hay cosas que no puedes controlar. —Tragué saliva.

—Esa sí porque es por mi culpa, pero ahora mismo no puedo...

—No pasa nada —sonreí triste caminando hacia la puerta, pero no llegué a acercarme, al hacerlo él hasta mí, rodeándome la cintura por la espalda.

—Dame tiempo, solo te pido eso —susurró sobre mi cuello, erizándome la piel.

—¿Si te lo doy qué sucederá? —susurré.

—Que daré contigo, que iré a por ti. —Dejó un beso en mi cabeza y cerré los ojos.

Me giré entre sus brazos y lo abracé con fuerza, escondiendo la cara en su pecho. El latido de su corazón fue un bálsamo para mí. Sin movernos, sin variar la postura, nos quedamos inmóviles en el centro de la habitación atesorando el momento. Por mi parte sin saber si se repetiría.

—Vamos a recibir a nuestros amigos —dijo separándose, poniendo las palmas de las manos en mis mejillas—. Vamos a disfrutar junto a ellos. Esto no es una despedida, sabes muchas cosas de mí y si me das la oportunidad... no quiero alejarte de mí —susurró rozándome los labios con los suyos.

—Vamos —dije animada cuando nos separamos, agarrándolo yo de la mano—. ¿Sabes que las risas son curativas? —Medio giré hacia él, detectando un brillo especial en sus ojos.

Capítulo 20



Lander

La cena estaba siendo... curiosa, esa era la palabra que elegía para describirla. Cian trajo a los amigos de Kristel y se fue después de que rechazara el quedarse al tener planes con Deirdre, su mujer. Gwen le había tirado de las orejas, en sentido figurado claro está, porque no le llegaba a la altura del pecho. El caso es que le había leído la cartilla diciéndole que cómo se le ocurría no llegar junto a su mujer para disfrutar de una gran cena. Al final se ablandó y le dijo en susurros, antes de desaparecer en la cocina, que les reservaría dos buenas porciones para que se las llevara al día siguiente.

Los amigos de Kristel; Diana, Maira y Diego, tenían la misma vitalidad y energía que ella, animando la reunión en cuestión de segundos, con comentarios divertidos de todo tipo. Los míos; Reese, Adam y Jordan, llegaron al poco tiempo de que lo hicieran ellos.

A mí personalmente me agradecieron varias veces el haberlos invitado, hacia el resto se mostraron efusivos y emocionados, creando un buen ambiente desde el principio. No podía estar más satisfecho porque todo salió rodado y la interacción fue notable hacia todas las direcciones.

Debo decir que se crearon varios acercamientos, en sí no lo fueron, pero se notó y quedó en evidencia hacia quiénes tiraban cada uno. Reese le sacó mucha conversación a Diego, con lo pizpireta que era, lo tuvo casi toda la cena riendo sin parar. A Diana no le desaparecieron de los ojos los corazones en la dirección de Jordan, el que estuvo más que encantado con la situación, propiciando conversaciones. Adam observó disimuladamente a Maira, eso de cara al resto, para mí fue muy claro el interés que le creó.

Referente a mí y a Kristel pasamos una buena noche rodeados de nuestros íntimos, a pesar de cómo terminó nuestro encuentro, aunque tampoco fue tan malo, pero me hubiera gustado que se diera de otra forma. Se había sentado a mi lado, no es que le facilitara otra opción al quererla cerca de mí. Nuestros ojos se habían buscado, mi brazo había estado mucho tiempo sobre su respaldo, acariciándole la espalda, relajado, nuestras manos se habían unido de vez en cuando por debajo de la mesa... todo perfecto para una noche que quedaría en el recuerdo.

Todo ello acompañados por Gwen, a la que había casi obligado a sentarse junto a nosotros y por poco la pego a la silla para que no se levantara cada dos por tres yendo hacia la cocina. Habíamos colaborado todos al considerarlo

familia, nada de que el peso recayera en uno en concreto. Bastante me había tenido que callar porque se liara en la cocina.

—¿Todo bien? —Se inclinó hacia mí Kristel, al ver que hacía un rato que no intervenía en la conversación.

—Perfectamente —curvé los labios—, estoy disfrutando de veros interactuar.

—Vale —sonrió.

—No te preocupes por mí. —Le froté la espalda.

—Es bonito que lo hagan y sentirlo —susurró ruborizándose.

Iba a contestar cuando mi móvil sonó desde la mesa pequeña que estaba enfrente del sofá. Me levanté hacia él y descolgué al ver quién llamaba, Alec.

—Dime —dije al descolgar, caminando hacia la corredera para alejarme un poco del murmullo.

—Siento molestarte tan tarde Lander, pero como hoy no has venido a la empresa me ha dado por pensar en si recordarías la reunión que tenemos mañana.

—No me molestas, te lo agradezco, pero sí, la tengo presente.

—Perfecto entonces, nos vemos mañana.

—Hasta mañana. —Colgué dejando el teléfono en el mismo sitio y me reuní con el resto.

—¿Algún problema? —Se interesó Adam.

—No, era Alec para recordarme la reunión de mañana —aclaré hacia todos, al captar la atención.

—Como para que se nos olvide, nos jugamos bastante en ella. —Repiqueteó los dedos en la mesa Jordan.

—Pues sí, pero va a salir bien. Lo tengo todo encaminado —asegué.

—Estarás muy ocupado. —Escuché la voz de Kristel y me centré en ella.

—Bastante —dije serio.

—Nos llevará gran parte del día —intervino Adam—. Son unos clientes potenciales que han viajado expresamente para la reunión, estarán el tiempo justo aquí y no podemos desperdiciar ni un minuto.

l

—Claro —le sonrió Kristel.

—¿A qué hora os vais? —Le froté la espalda.

—Sobre el mediodía. —Buscó mis ojos.

Apreté la mandíbula porque me iba a ser imposible llegar hasta ella antes de que lo hicieran.

—Si queréis podéis venir a donde vivo y trabajo, solo está a un poco más de tres horas de aquí —comentó Maira, mirando de reojo la reacción de Kristel.

—No estaría mal tomarnos unos días libres, ¿no? —comentó Jordan.

—No lo estaría, no —asentí y vi el cambio en Kristel, se relajó al instante—. Haré todo lo posible —le susurré al oído.

—Gracias. —La encontré sonriendo cuando me separé.

—No me las des por querer verte —negué despacio.

La velada se alargó hasta las dos de la madrugada, pasando a ponernos más cómodos en la zona del sofá mientras tomábamos varias copas.

—¿Cómo nos vamos a ir? —habló Diana, achispada.

—Buena pregunta. —Rio Diego.

—Cian no tardará en llegar —les informé.

—¿Va a salir de casa a estas horas para llevarnos? —Se sorprendió Maira.

—Contaba con ello —continué.

—Tranquilos, se sentiría ofendido si no contáramos con él, al pasar por encima de su responsabilidad.

—Pero es muy tarde —comentó Kristel.

—Ha sido él el que lo ha propuesto y no ha dado su brazo a torcer. Aunque decida llevaros yo, porque era mi intención, aparecería igualmente por aquí. —Me encogí un poco de hombros.

Continuamos disfrutando del tiempo que nos quedaba, hasta que el timbre de la puerta sonó. Reese se levantó cantarina para abrir.

—Ya veo lo a gusto que estáis —sonrió Cian mirándonos a todos.

—Con esto que has hecho estás perdonado por mi parte, de por vida —soltó Kristel, dejándolo descolocado. Yo apreté los labios, conteniéndome.

—¿Qué he hecho? —Me miró directamente, sin entenderla.

—Venir a por ellos para llevarlos de vuelta —respondí.

—¿Por eso? —Se sorprendió.

—Te lo has ganado —dijo Jordan antes de soltar una carcajada.

Se pusieron a despedirse y aproveché para llevar a Kristel hacia un lateral, quedándonos apartados del resto. Gwei hacía un rato que había subido a su habitación para descansar.

—Tened cuidado mañana —le pedí.

—Maira conduce muy bien y lleva mucho tiempo defendiéndose por estas carreteras —me sonrió.

Le brillaban los ojos, un detalle provocado por el alcohol que había bebido.

—No tardaremos en vernos —continuó.

—Ese es el plan, sí —asentí.

—Vale. —Dejó salir el aire, lentamente.

La atraje hacia mí y la besé, sin importarme que llamáramos la atención. Y así fue cuando nos separamos, todos estaban observándonos porque nos costó separarnos. Recibimos por parte de ellos varios suspiros profundos, sonrisas pícaras y otras emocionadas como la de Reese que asintió en mi dirección.

Antes de que se fueran con Cian, Maira dejó escrita la dirección de donde vivía, en una libreta que le ofrecí. Con todo hecho y a la espera de reunirnos otra vez, varios picos en forma de besos rápidos se escaparon a nuestro alrededor, como también otros que se quedaron a las puertas de serlo, por lo que Kristel y yo nos miramos de reojo, por el final que habían tenido.

Me quedé en la entrada hasta que el coche de Cian desapareció en medio de la oscuridad, entrando al interior

cogiendo varias bocanadas de aire. Jordan y Adam se habían ido al mismo tiempo, menos Reese que se iba a quedar a dormir esa noche. Tenía una habitación propia para las veces que sucedía.

—Has estado muy entretenida —comenté sirviendo dos vasos de agua, ofreciéndole uno.

—Sorpresas inesperadas que da la vida. —Me hizo un guiño, bebiendo un buen sorbo—. Nos hemos intercambiado los teléfonos —dijo emocionada.

—¿Eres consciente de que estará a muchos kilómetros de aquí? —comenté pensativo, sentándome junto a ella en el sofá.

—¿Y tú eres consciente de que puedo invadir tu casa de España? —Rio animada—. Y aunque no fuera así, me daría igual, iría igualmente.

—No sería la primera vez y no hace falta que te diga que no hay problema —negué llevándome el vaso a los labios.

n

—Te he visto tan bien esta noche, aún estoy procesándolo. —Se acurrucó en mí cuando me recosté hacia atrás.

—Es lo que provoca Kristel —susurré.

—No la vas a dejar escapar, ¿verdad?

Me mantuve en silencio y se apartó un poco de mí, para mirarme a la cara.

—¿Lander? —solté un suspiro— No todo el que está cerca de ti sufre. —Bajó el tono de voz. Apreté la mandíbula.

—No me perdonaría que le sucediera algo. —Me froté la cara.

—¿Cuántos años llevas tranquilo?

—Muchos.

—A saber, si ya se ha terminado. —Se encogió de hombros.

—Es lo mejor que podría sucederme. —Dejé caer la cabeza hacia atrás, mirando fijamente hacia el techo.

—Sé feliz *deartháir*, te lo mereces más que nadie. No te niegues la posibilidad.

—No quiero hablar más del tema. —Me levanté.

—Vale —soltó un suspiro, imitándome.

Subimos las escaleras apagando las luces a nuestro paso. En la primera planta nos despedimos, comentándole que al día siguiente no estaría cuando se despertara. Tenía que salir bien temprano para dar las últimas puntadas a la reunión tan importante que teníamos encima.

En mi habitación, en soledad, me desvestí y me puse un pantalón de pijama. Pasé rápido por el baño y me tumbé en la cama conectando la alarma en el móvil para el día siguiente. Cuando lo dejé encima de la mesita de noche, en silencio, cerré los ojos rememorando lo que había sucedido en mi habitación hacía varias horas. Al pensar en Kristel lamenté mi bloqueo, porque eso era exactamente lo que me frenaba para actuar como quería y necesitaba.

Había dejado de analizar la situación, había dejado de intentar encontrar lógicas y respuestas... simplemente había aceptado lo que me sucedía, aunque todavía me costaba verlo con claridad, necesitando trabajar más en ello. Me parecía increíble, pero hacía poco tiempo que se había alejado de mí y ya la echaba de menos.

Apreté los párpados y me giré en la cama, queriendo retener todos los recuerdos de ella. Su risa, sus expresiones, su forma de relacionarse, los gestos que hacía cuando algo no le sentaba bien o se contradecía con lo que ella daba por correcto... era tan expresiva... todo lo contrario a mí que evitaba mostrar hacia fuera cualquier tipo de sentimiento.

La vivencia que había tenido con ella en el pajar y en mi casa, el hablar naturalmente sintiendo la libertad de que podía ser un poco yo mismo... con un gruñido aparté la colcha con rabia y con el móvil en una mano salí de la habitación. En silencio y a oscuras recorrí la casa hasta llegar a mi refugio, en el que entré. Fui hacia un sofá grande que había en el centro y me tumbé bocarriba, dejando vagar la vista por la simulación del cielo estrellado. Llevaba un tiempo absorto en la imagen cuando una estrella fugaz la cruzó de punta a punta, rápido.

Cerré los ojos al instante, pidiendo un deseo como siempre me hacía hacer mi abuela.

—Gracias... —susurré hacia ellos, a las dos personas más importantes en mi vida, aunque ya no estuvieran junto a mí. Me refiero en el sentido de familia de consanguinidad.

De esa forma, sintiéndome protegido por el recuerdo de ellos, los párpados me fueron pesando, hasta que dejé de ser consciente de todo a mi alrededor, sumiéndome en un sueño profundo y reparador, el que inundó una imagen, la de Kristel.

—Vale —soltó un suspiro, imitándome.

Subimos las escaleras apagando las luces a nuestro paso. En la primera planta nos despedimos, comentándole que al día siguiente no estaría cuando se despertara. Tenía que salir bien temprano para dar las últimas puntadas a la reunión tan importante que teníamos encima.

En mi habitación, en soledad, me desvestí y me puse un pantalón de pijama. Pasé rápido por el baño y me tumbé en la cama conectando la alarma en el móvil para el día siguiente. Cuando lo dejé encima de la mesita de noche, en silencio, cerré los ojos rememorando lo que había sucedido en mi habitación hacía varias horas. Al pensar en Kristel lamenté mi bloqueo, porque eso era exactamente lo que me frenaba para actuar como quería y necesitaba.

Había dejado de analizar la situación, había dejado de intentar encontrar lógicas y respuestas... simplemente había aceptado lo que me sucedía, aunque todavía me costara verlo con claridad, necesitando trabajar más en ello. Me parecía increíble, pero hacía poco tiempo que se había alejado de mí y ya la echaba de menos.

Apreté los párpados y me giré en la cama, queriendo retener todos los recuerdos de ella. Su risa, sus expresiones, su forma de relacionarse, los gestos que hacía cuando algo no le sentaba bien o se contradecía con lo que ella daba por correcto... era tan expresiva... todo lo contrario a mí que evitaba mostrar hacia fuera cualquier tipo de sentimiento.

La vivencia que había tenido con ella en el pajar y en mi casa, el hablar naturalmente sintiendo la libertad de que podía ser un poco yo mismo... con un gruñido aparté la colcha con rabia y con el móvil en una mano salí de la habitación. En silencio y a oscuras recorrí la casa hasta llegar a mi refugio, en el que entré. Fui hacia un sofá grande que había en el centro y me tumbé bocarriba, dejando vagar la vista por la simulación del cielo estrellado. Llevaba un tiempo absorto en la imagen cuando una estrella fugaz la cruzó de punta a punta, rápido.

Cerré los ojos al instante, pidiendo un deseo como siempre me hacía hacer mi abuela.

—Gracias... —susurré hacia ellos, a las dos personas más importantes en mi vida, aunque ya no estuvieran junto a mí. Me refiero en el sentido de familia de consanguinidad.

De esa forma, sintiéndome protegido por el recuerdo de ellos, los párpados me fueron pesando, hasta que dejé de ser consciente de todo a mi alrededor, sumiéndome en un sueño profundo y reparador, el que inundó una imagen, la de Kristel.

Capítulo 21



Kristel

—Ahora esto me parece minúsculo —comentó Maira arrastrando la maleta hacia su habitación.

Acabábamos de entrar por la puerta de su casa, ya estábamos de regreso. Y sí, en comparación de donde habíamos estado, el tamaño era bastante reducido, pero de sobra.

—No te quejes —dijo Diana—, piensa en todas las horas que te llevaría limpiar la del pueblo. Arggg ¡Qué deprimente!

—Buen punto, a mí al menos me acabas de quitar de golpe el encantamiento. —Rio Diego.

Los seguí sonriendo y entré en la mía, dejando apartada la maleta. No creía que fuera a deshacerla. O sí, tenía el día indeciso y variaba constantemente de decisiones y opiniones. Lo que en un momento me parecía bien, al cabo de un rato pensaba todo lo contrario. Hasta para elegir el desayuno en la cafetería, antes de regresar, me había costado cuando normalmente era de pedir siempre lo mismo.

Nos quedaba una semana allí, al final Diego y Diana habían podido añadir un par de días más, al igual que Maira. Por mi parte, no había problema porque al trabajar por mi cuenta en cuanto llegara con que metiera el turbo lo ponía todo en orden.

Soltando el aire me senté en la cama. Me notaba cansada, o más bien agotada. La noche anterior, después de la cena en la casa de Lander, me había costado mucho conciliar el sueño. Si había dormido un par de horas era mucho, el resto del tiempo había estado remoloneando.

—¿No vas a abrir la maleta? —Apareció Maira.

—Lo estoy pensando, no sé si vale la pena. —Me encogí de hombros.

—¿Lo echamos a cara o cruz? —Se sentó a mi lado, sonriendo.

—No, que siempre pierdo —negué.

—¿Cómo estás? —Me retiró el pelo del hombro, acariciándomelo.

—Bien —dije tranquila, así lo sentía en el fondo.

—¿Seguro?

—Sí —asentí con un suspiro.

—Fíjate lo que un simple sobre ha provocado, ¿eh?

—Ya te digo, para que después no fuera de él —negué varias veces.

5 —¡Qué fuerte! Las cosas que tiene la vida. Nunca sabes cuándo vas a acertar —dijo pensativa.

—¿Ya estás entrando en modo nostálgica? Aún queda para que nos vayamos.

—Muy poco tiempo —dijo haciendo un puchero y sonreí con cariño.

—A ver si te dan buenas noticias con lo del traslado a España.

—Ojalá, pero no creo que sea rápido. La confirmación sí, pero el gestionarlo todo... por lo que pude enterarme hay varias plazas disponibles para cubrir, pero claro, no podemos dejar abandonado el trabajo aquí hasta que no nos cubran.

—Aunque se haga larga la espera, sabrás que llegará.

—¿Qué te apetece cenar?

Como le había dicho a Lander durante la cena, habíamos salido al mediodía del pueblo, parándonos a comer en uno de los restaurantes con el que dimos en el camino. Entre unas cosas y otras eran cerca de las nueve porque no lo habíamos tomado con calma.

—No tengo mucha hambre. En el restaurante he comido de todo.

—De eso hace bastante. —Arrugué la nariz porque para mí no—. Ahora soy yo la que pregunta... ¿ya estás entrando en modo enamorada deprimida?

—Estoy entrando en modo estoy agotada, quiero dormir a pierna suelta y despertarme al día siguiente por mí misma.

—No tardarás en hacerlo —me sonrió levantándose—. Había pensado en hacer sándwiches vegetales de atún, ¿te apetece?

—Venga, me lavo las manos y te ayudo. —Me incorporé.

—Primero ponte cómoda y después sal —me pidió yendo hacia la puerta.

—Esto es como lo que siempre me dices de los cafés, seguro que cuando llegue a la cocina ya los tendrás hechos.

Se perdió por el pasillo riendo y yo me aligeré en abrir la maleta, dejándola extendida en el suelo. Cogí el pijama y me lo puse rápido. Al final me dio tiempo a ayudarla con los dos últimos, encargándome de ellos mientras ella hacía otras cosas. Mientras, Diego se estaba duchando y Diana hablaba por teléfono con sus padres.

—¿Qué sensación te traes del miniviaje? —Quiso saber poniéndose a mi lado.

Los ojos se me fueron hacia el periódico que estaba en un lateral, el mismo en el que descubrí quién era Lander.

—Si quieres llevártelo, todo tuyo.

—¿Para qué quiero un periódico irlandés? No me entero de nada. —Reímos.

—Ah, yo que sé. Como lo miras con ojos soñadores. Mejor llévate la página donde sale la cara de él. —Me hizo un guiño.

—Prefiero echar mano a mis recuerdos para pensar en Lander, en esa fotografía sale muy serio —susurré.

—Lo pueden calificar como quieran, pero después de conocerlo personalmente, todo lo que he escuchado de él por otros medios no se aproxima ni un poco a la realidad.

—No creo que le moleste, de hecho, estoy convencida de que no se para a mirar ni a escuchar nada, bloqueándolo por completo —dije observando de reojo el periódico.

—Pues no sé si será consciente, pero tiene mucha suerte si es así.

Asentí porque en fondo, en cierta forma enfocada a los negocios, entendía su postura recta, calculadora y fría. Cuando nos reunimos todos en el salón cenamos los sándwiches viendo una película. Diego fue el único que se fue distraendo al sonarle constantemente mensajes en el móvil. Al final terminó poniéndolo en silencio para que no nos distrajera. La sonrisa que mantuvo todo el tiempo en la cara nos hizo saber cómo se sentía referente a Reese, porque tuvimos claro desde el principio que se trataba de ella.

Mandaba narices, yo ni pensé en intercambiar los números de teléfono con Lander. No caí, la verdad, pero bueno como no tardaría en volverlo a ver...

Los días fueron pasando y cuando amanecí en el que vendrían para pasar unos días, me levanté de la cama con fuerzas renovadas. Unas fuerzas que fui poco a poco perdiendo, al ver pasar las horas sin que apareciera nadie ni se pusieran en contacto con nosotros.

A eso de las seis de la tarde, cuando mis ánimos estaban por los suelos, el timbre de la puerta sonó, provocando que casi diéramos un brinco del sofá. La aparición de Reese cuando Maira fue a abrir me dio esperanzas, unas que desaparecieron en cuanto mi amiga cerró la puerta y Reese habló, al ver cómo la mirábamos.

—He venido sola —sonrió nerviosa—. Espero que no os importe.

—¿Y eso? Eres bienvenida, claro que no nos importa —le dijo Maira que no se había alejado mucho de ella después de recibirla.

—¿Tú lo sabías? —Me giré hacia Diego, mi tono de voz sonó molesto.

—Más o menos, no era seguro —dijo serio.

—Él no lo ha sabido hasta hace poco —intervino Reese.

—¡Maravilloso! Al menos podrías haber compartido la duda, no que me he tirado todo el día mirando la puerta como una tonta y eras consciente de ello —me dirigí a mi amigo, pasando por su lado, enfadada.

—Lo lamento. —Escuché a Reese.

—No te preocupes, en nada saldrá y estará normal. —Le quitó importancia Maira.

—Nunca se comporta así, pero no tiene buen día —me justificó Diana.

Cerrando los ojos me giré en el pasillo porque me había parado y regresé al salón. Me sentí muy mal por el recibimiento que le había dado a Reese y así se lo hice saber, disculpándome. Todos se centraron en mí cuando volví a aparecer.

—Lo siento —dije delante de ella—, no sé qué me ha pasado —negué—. Me alegro mucho de que estés aquí, de verdad. Vamos a pasar unos días muy buenos —sonreí un poco tensa—. Discúlpame Reese. —La abracé necesitando que sintiera que era sincera y que se lo estaba diciendo de corazón, independientemente de cómo me sentía.

—Tranquila, Kristel, es normal. Si has estado todo el día pendiente de que apareciera Lander... —susurró

manteniendo el contacto conmigo—. No es que no haya querido venir, como también va en la dirección de Adam y Jordan —continuó cuando nos separamos.

—¿Entonces? —Quiso saber Diana.

—Han tenido que hacer un viaje urgente por trabajo, volaron anoche.

—Siéntete como en casa. Esta no es la mía, pero como si lo fuera. —Le hice un guiño que recibió con una sonrisa—. Voy un momento a la habitación, ahora me reúno con vosotros.

Tal y como lo dije, les di la espalda y me perdí por el pasillo, encerrándome.

—Mierda de días... —susurré caminando hacia la cama, en la que me tumbé.

La indecisión no había desaparecido, todo lo contrario, se había incrementado mezclándose con la tristeza. Tenía ganas de llorar todo el tiempo, a la mínima de cambio los ojos me picaban sin ningún motivo que lo provocara. No lo entendía, estaba muy sensible y no es que las hormonas me estuvieran haciendo una jugarreta porque para ello todavía quedaba.

Cerré los ojos con fuerza al sentir humedad en ellos. Varios golpes sonaron en la puerta, pero ni me molesté en preguntar quién era. Daba igual porque si era alguno de mis amigos terminaría entrando, y así fue.

—Lo siento —habló Diego y abrí los ojos—. Sé cómo estás y no quería...

—Hubiera sido mejor saber la verdad. Siempre es mejor, Diego. Una verdad a tiempo, por muy dolorosa que sea, es de agradecer —susurré, pero no echándoselo en cara. Fueron unas palabras para que entendiera cómo me sentía.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No —susurré—. Lo estoy con el mundo en general, menos con la cama porque estoy tumbada en ella ahora mismo. Soy capaz de decir algo y partirse las patas —dejé salir un suspiro—. Siento haberte estropeado el encuentro con Reese —susurré— y cómo he reaccionado. —Me incorporé despacio, quedándome sentada.

—No has estropeado nada —negó acercándose a mí, poniéndose a mi lado—. Ven aquí, no me gusta cuando te enfadas conmigo. —Tiró de mi brazo y me rodeó con los suyos.

—Te he dicho que no lo estoy. —Me sentí protegida por su refugio.

—Llámalo como quieras, pero no me gusta que nos enfrentemos. —Me dio un beso en la cabeza.

—Tú has abierto la boca lo mínimo —susurré un poco divertida.

—Sé cuándo tengo que callarme. —Rio en tono bajo, haciéndome sonreír—. Ahora en serio, no quería decir algo que te pusiera peor. —Me apretó hacia él.

—Estoy bien, solo es que no sé qué me pasa últimamente. —Hice una mueca que no vio.

—Ojalá pudiera aniquilar todo lo que supiera que os hace daño, no soporto cuando estáis mal alguna de las tres.

—Ahora cuatro, ¿no? —le sonreí con cariño, separándome.

—Digamos que sí. —Carraspeó.

—Pues lo decimos —asentí feliz por él.

o—Si Lander hubiera podido, estaría aquí. Sé por Reese que le ha sido imposible retrasar el viaje.

—No lo pongo en duda —negué pensativa—, pero los sentimientos que provocan ciertas cosas no se pueden controlar, y a mí me ha provocado mucho ver que no entraba por la puerta porque esperaba con mucha ilusión verlo —susurré.

—Lo sé, cariño.

—Anda, vamos con todas afuera. Hay que celebrar la llegada de Reese. —Me levanté cogiéndolo de las manos, tirando de él.

Una vez pasado el berrinche, el disgusto o los dos mezclados, y de volver a disculparme no sé cuántas veces más con ella, por lo que terminó riendo, pidiéndome que lo dejara, pasamos una buena noche brindando con copas de vino por los días que íbamos a aprovechar al máximo.

Así fue como Reese pasó tres días junto a nosotros, todo lo que descubrimos de ella nos encantó, no solo a Diego que se quedaba embobado cada vez que se pensaba que nosotras, sus amigas de toda la vida, no nos dábamos cuenta.

—Tú has abierto la boca lo mínimo —susurré un poco divertida.

—Sé cuándo tengo que callarme. —Rio en tono bajo, haciéndome sonreír—. Ahora en serio, no quería decir algo que te pusiera peor. —Me apretó hacia él.

—Estoy bien, solo es que no sé qué me pasa últimamente. —Hice una mueca que no vio.

—Ojalá pudiera aniquilar todo lo que supiera que os hace daño, no soporto cuando estáis mal alguna de las tres.

—Ahora cuatro, ¿no? —le sonreí con cariño, separándome.

—Digamos que sí. —Carraspeó.

—Pues lo decimos —asentí feliz por él.

—Si Lander hubiera podido, estaría aquí. Sé por Reese que le ha sido imposible retrasar el viaje.

—No lo pongo en duda —negué pensativa—, pero los sentimientos que provocan ciertas cosas no se pueden controlar, y a mí me ha provocado mucho ver que no entraba por la puerta porque esperaba con mucha ilusión verlo —susurré.

—Lo sé, cariño.

—Anda, vamos con todas afuera. Hay que celebrar la llegada de Reese. —Me levanté cogiéndolo de las manos, tirando de él.

Una vez pasado el berrinche, el disgusto o los dos mezclados, y de volver a disculparme no sé cuántas veces más con ella, por lo que terminó riendo, pidiéndome que lo dejara, pasamos una buena noche brindando con copas de vino por los días que íbamos a aprovechar al máximo.

Así fue como Reese pasó tres días junto a nosotros, todo lo que descubrimos de ella nos encantó, no solo a Diego que se quedaba embobado cada vez que se pensaba que nosotras, sus amigas de toda la vida, no nos dábamos cuenta.

Capítulo 22



Dos semanas y media más tarde...

Mordisqueando la punta del bolígrafo me había quedado pensativa mirando a través del ventanal. Estaba sentada en el sofá, con las piernas dobladas y con el portátil encima de ellas. Llevaba trabajando toda la mañana, desde antes de que amaneciera, sin hacer ningún descanso, el que decidí tomarme en ese instante al no poderme concentrar.

Dejé el ordenador a un lado y me levanté, estirándome. No llevaba mucho tiempo en esa postura porque si no, las piernas las tendría resentidas, pero lo suficiente sin haber sido consciente realmente, para que tuviera que dar varias vueltas para activarlas.

Fui hacia la cocina y saqué un refresco de la nevera, junto a táper de comida que me sobró del día anterior. Lo último lo dejé en el mármol para que se pusiera a temperatura ambiente y antes de coger el refresco y abrirlo para ir al salón, corrí hacia la habitación al escuchar el móvil sonar.

—Mamá —hablé rápido.

—Ay, hija, iba a colgar.

—Tenía el móvil cargando en la habitación y me ha pillado en la cocina —dije desconectando el cargador porque la batería ya estaba al cien por cien.

—Te llamaba por si querías venir a comer, estoy terminando de preparar lasaña.

—No me digas eso. —Lloriqué.

—Por eso mismo te lo digo. —Reímos—. Sé lo que te cuesta resistirte a ella.

—Eso es chantaje emocional. —Me senté en la cama.

—Niña que soy tu madre, qué chantaje ni chantaje. —Bufó, pero volvimos a reír.

—Acabo de sacar un táper con la comida que me sobró de ayer. Si no fuera porque tengo mucho trabajo... —dije con un suspiro.

—Últimamente no sales de casa por lo mismo, te tiene consumida —se quejó.

—Llevo mucho retrasado, pero lo tengo controlado. —La tranquilicé.

—Al menos lo haces en casa porque si tuvieras que estar fuera todas las horas que empleas.

—Es una gran ventaja el no quitarme el pijama en todo el día. —Reí.

—Miedo me da preguntar si te lo cambias.

—Mamá, por favor... pues claro, me ducho y me pongo otro diferente —expliqué divertida lo que ya sabía—. ¿Ya ha llegado papá de trabajar?

—Ahora mismo está entrando por la puerta, espera. Pedro, tengo a la niña al teléfono —gritó provocando que me apartara el móvil del oído—. Te manda saludos, cariño, ha entrado cargado con cajas.

—Que no se preocupe, ya hablaré con él.

—Mejor pásate, encuentra un hueco —me pidió.

—Lo haré, ¿vale? Me tomo varios días más intensivos y después hago una pausa.

—Está bien —aceptó—. Te dejo cariño que acaba de escucharse un ruido fuerte y capaz de encontrarme a tu padre cubierto por cajas —dijo apresurada.

—¿Está bien? —pregunté para que no me colgara hasta que me lo confirmara.

—¡Pedro! ¡Mi jarrón! No me lo puedo creer, ¿sabes cuántos años tenía? —se lamentó lloriqueando.

—Vale, falsa alarma —dije a través de la línea, pero mi madre ya no me escuchó.

Colgué divertida porque claro que mi padre sabía cuántos años tenía el jarrón del que suponía que estaban hablando, al igual que yo. Motivo por el que no dudaba de que mi padre al pasar con las cajas, le hubiera dado «accidentalmente» un golpe.

Me levanté para ir hacia la cocina, pero me paré al dejar la vista fija en la chaqueta que tenía colgada en una percha. Automáticamente el recuerdo de Lander vino a mi mente, como tantas y tantas veces me sucedía a lo largo

de los días. De él solo sabía por Diego, informado por Reese, que el problema que los llevó a viajar se complicó y se alargó en el tiempo, teniendo que trasladarse a otro país por el mismo asunto.

Solo eso, no disponía de nada más. Me había costado centrarme, recuperar mi rutina una vez regresamos de las vacaciones en Irlanda. Sentía que me faltaba algo, o más bien alguien, Lander, pero poco podía hacer. Si las palabras que me dijo en su casa, cuando estábamos los dos solos en su habitación eran ciertas, solo me quedaba la esperanza de que las llevara a cabo.

Cogí una bocanada de aire y volví a caminar hacia la puerta para seguir mi plan de comer, pero volví a pararme centrándome otra vez en la chaqueta.

—¡Qué narices! A tomar por saco, no sé ni por qué lo tengo todavía. —Solté un bufido yendo hacia ella.

Abrí la cremallera de uno de los bolsillos y saqué el sobre doblado que continuaba dentro. Al principio se me olvidó porque al no ser de Lander pasó a un segundo plano, después, con el pasar de los días y centrada en el trabajo, ni siquiera me había parado a pensar en ello. Hasta ese momento.

—¿La rompo o la quemo? ¿Me traerá mala suerte si hago una cosa o la otra? —hablé en alto llegando a la cocina.

Negué por la tontería que había pensado. Dejé el sobre en la encimera para encargarme primero de la comida, la que volqué en un cazo y la puse a calentar a fuego bajo. Regresé junto al sobre.

Lo desplegué y volví a leer como tantas veces había hecho lo que ponía escrito a mano en la parte frontal.

«Importante, no perder»

Dispuesta a ignorarlo porque no tenía sentido para mí, me paré antes de partirlo en dos, recordando las palabras de Diego, las que habían apoyado Diana y Maira:

«¿Qué más da que lo abras? La posibilidad de Lander ya no existe, por lo tanto, el sobre tiene los días contados. Hazlo, ábrelo y sal de dudas, quizás dentro haya alguna dirección escrita o algo relevante que te lleve a podérselo enviar a quien pertenezca. ¿No dijiste que habías diferenciado letras a contraluz? No tienes nada que perder».

Animada por ese recuerdo rasgué la parte alta del sobre y lo abrí, sacando de dentro una hoja de cuaderno doblada, con los trozos en el lado izquierdo rotos al estar arrancada. Cuando la desplegué me quedé sin respiración, moviéndola para verla por delante y por detrás, sin creermelo lo que tenía delante de los ojos. Nerviosa y sin entender nada, apagué el fuego y me dirigí hacia el salón con el sobre en una mano y la hoja en la otra. Dejándome caer en el sofá empecé a leerla:

«Hola, Kristel,

Si estás leyendo esta carta es porque mi estrategia ha surtido efecto. También cabe la posibilidad de fallar estrepitosamente, pero voy a dejarlo en manos de la suerte y el destino, sabremos lo que sucede en un tiempo. Doy por hecho que sabes quién soy, quién la ha escrito porque la he dejado en el asiento que he ocupado durante muchas horas frente a ti. Sí, soy Lander, a secas, porque no te he dado ningún dato más sobre mí. Lo lamento, pero soy muy reservado y cuido mucho mi privacidad. No sé por qué cojones estoy haciendo esto, lo único que sé es que he necesitado hacerlo porque no puedo despedirme de ti. Hacerlo supondría cortar de raíz algo que ha supuesto mucho para mí, no te imaginas cuánto. Estoy desconcertado, fuera de lugar y ello me lleva a actuar aún peor de lo que suele ser habitual en mí. Quiero que tengas claro que en ningún momento de las horas que hemos pasado juntos, cerca, he tenido intención de hacerte sentir mal con mis actitudes y mis palabras. Simplemente soy así, me crie así y me he recubierto de un sentimiento que siempre transmito. El que tú has conseguido derribar con el primer acercamiento, haciéndolo progresivo conforme me encarabas e interactuabas conmigo».

Tuve que parar para coger varias veces aire, retirándome las lágrimas de los ojos. Volví a retomar la lectura.

«Aquí estoy, en la cafetería del tren después de pedirte si tenías una libreta porque debía hacer una llamada urgente al trabajo y necesitaba anotar unas cosas. Mentira, una excusa para alejarme de ti y escribir lo que estás leyendo, si es que lo llegas a ver.

No sé qué estoy haciendo, pero es que desde que has aparecido es algo que se repite en mí constantemente. Si me conocieras, si supieras quién soy... Yo, un hombre recto, implacable, frío, serio, distante, y podría continuar con la idea que te has formado sobre mí. ¿Sabes? Para todo hay un por qué en esta vida, por lo que mi actitud también lo tiene.

Si llegas a leer esta carta te digo y pido que busques mi nombre, con solo que teclees en internet nombres con el nombre de Lander, aparecerá mi imagen delante de ti, la primera, dejándote descolocada por lo que descubrirás, lo sé. Necesito que lo hagas, yo ahora mismo no tengo el valor para hacer nada más porque no puedo, no sería justo para ti.

Si el sobre se destruye o se pierde, yo también lo habré hecho en muchos sentidos. Llevo analizándote muchas horas, me he preocupado a mi manera de ti, he estado pendiente, sin poder apartar la atención en ningún momento, en unos te dabas cuenta, en otros no.

No sé qué me está sucediendo, me siento como un niño pequeño perdido en medio de una multitud de gente desconocida. No sé qué significan todas estas palabras, solo sé que necesito exteriorizarlas de alguna manera. En el fondo no soy como me muestro, pero para llegar a mí hay que rascar mucho en la superficie, eso si yo lo permito. Pero contigo, contigo todo se ha salido de control y no lo entiendo porque has rascado sin pedirme permiso ni yo dártelo. No lo he visto venir.

No creo que llegue a verte una vez me baje en la estación a la que me dirijo, pero si alguna vez se da la oportunidad, si el destino nos vuelve a poner en el mismo camino... negaré que el sobre que voy a dejar en el asiento antes de abandonarlo, sea mío.

Te preguntarás por qué, y es que necesito no influenciarte de ninguna manera. Sé el poder que ejerzo en las personas, lo he trabajado a conciencia y contigo necesito que todo se dé de una forma muy diferente, de la misma en la que me siento.

Quizás si esto acaba en tus manos te pueda la curiosidad y acabes abriendo el sobre. Tienes datos suficientes

para dar conmigo, como también para ignorarme y deshacerte de estas palabras. Sea como sea, yo necesitaba decirte que, en la vida, jamás, había sentido el remolino de emociones que me has provocado.

• Solo eso, estoy tan bloqueado que ni puedo expresarme por escrito.

Lander»

Solté la carta de golpe, dejándola caer en el sofá y corrí hacia el baño. Nada más entrar me soné la nariz y me limpié las lágrimas de las mejillas y de los ojos, mirándome por unos segundos en el espejo. Tenía la cara enrojecida de llorar, al igual que la mirada. Respiré varias veces profundo y cogí un paquete de pañuelos porque iba a necesitar. Volví al sofá y sujeté otra vez la carta entre las manos, dispuesta a releerla. Antes de empezar desvié la mirada hacia lo que ponía en el sobre.

«Importante, no perder»

Me emocioné más al saber la verdad, que esas palabras siempre fueron dirigidas a mí, con la esperanza de que diera con él y no lo perdiera.

5

7

1

para dar conmigo, como también para ignorarme y deshacerte de estas palabras. Sea como sea, yo necesitaba decirte que, en la vida, jamás, había sentido el remolino de emociones que me has provocado.

Solo eso, estoy tan bloqueado que ni puedo expresarme por escrito.

Lander»

Solté la carta de golpe, dejándola caer en el sofá y corrí hacia el baño. Nada más entrar me soné la nariz y me limpié las lágrimas de las mejillas y de los ojos, mirándome por unos segundos en el espejo. Tenía la cara enrojecida de llorar, al igual que la mirada. Respiré varias veces profundo y cogí un paquete de pañuelos porque lo iba a necesitar. Volví al sofá y sujeté otra vez la carta entre las manos, dispuesta a releerla. Antes de empezar desvié la mirada hacia lo que ponía en el sobre.

«Importante, no perder»

Me emocioné más al saber la verdad, que esas palabras siempre fueron dirigidas a mí, con la esperanza de que diera con él y no lo perdiera.

Capítulo 23



Lander

—Joder, macho, estoy hasta los cojones de todo —se quejó Adam dejándose caer en el sofá que tenía en mi despacho.

Hacía una hora que habíamos aterrizado, el tiempo que había durado el trayecto en coche. Cian había ido a recogernos y nos esperaba en el aparcamiento de la empresa ya que había querido pasarme por ella para dejar toda la documentación archivada y a buen recaudo. Entendía perfectamente cómo estaba Adam porque yo lo igualaba o incluso lo superaba. Menuda mierda de dos semanas habíamos pasado.

Cuando Jordan me llamó desde la oficina para informarme de que había un problema con uno de los clientes principales, no me lo pensé y lo organicé todo para salir del país en tiempo récord, con la gran suerte de que todo fue a mi favor. No podía permitirme el lujo de perderlo, pero lo que me jodió y de qué manera, fue tener que anular los planes con Kristel.

El saber que no iba a verla me frustró, el imaginar lo que podía pensar al no ir, me dolió, pero el ser consciente de que cuando regresara ya no estaría en Irlanda, fue lo que me trastocó el carácter. Una bomba de relojería había sido durante el tiempo que me había llevado solucionar el problema, una que me había costado mantener a raya para que no saltara por los aires.

En el tema profesional nos había costado, pero al final todo había salido bien, después de hacer otro viaje para llevar a cabo más reuniones que se hicieron interminables. El resultado era que habíamos cerrado un nuevo acuerdo con el cliente, en el que ambas partes habíamos quedado satisfechos. En el tema personal todo se había ido a la mierda y no tenía nada controlado, lo que me provocaba ansiedad.

Me dejé caer en mi silla, echando la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

—Ya somos dos —respondí a su comentario.

—No sé cómo puedes mantenerte en pie. Al menos Jordan y yo hemos ido durmiendo algo, ¿cuánto llevas tú sin pegar ojo? Tendrías que haberte ido a casa directamente, nosotros nos hubiéramos encargado del papeleo o nos lo

hubiéramos llevado a casa hasta que volviéramos a la oficina, que tampoco iba a suceder nada.

—No me acuerdo —solté un suspiro, sintiéndome agotado.

—¡Qué fuerte! —Apareció Jordan por la puerta, giramos las cabezas hacia él—. He intentado encender mi ordenador y estoy tan agotado y bloqueado que no he recordado la contraseña. —Soltó una carcajada.

—¿No lo has podido encender? —Se sorprendió Adam y terminó uniéndose a él en las risas.

—Que va, lo he dejado por imposible, no doy para nada ahora mismo. —Se frotó la cara.

—Nos vamos —dije levantándome con dificultad por lo adormecido que me sentí.

Adam también lo hizo y caminamos hacia la puerta en silencio.

—Eh, Lander, tío. —Escuché la voz de Jordan, lejana.

¹
₂ —Joder, no nos hagas esto. —Le siguió la de Adam—. Agárralo para que no se dé ningún golpe, se desploma.

Silencio, uno inmenso cubierto de oscuridad me envolvió sin poder hacer nada para evitarlo.



Entreabrí los párpados, los sentía pesados y por unos instantes me costó ubicarme cuando conseguí abrirlos del todo. Estaba en mi habitación donde la claridad del exterior se colaba por las pequeñas rendijas de la ventana. Me incorporé despacio, con el gesto fruncido, preguntándome qué narices hacía en la cama a esas horas porque cuando levanté la persiana era bien entrada la mañana.

Hasta que llegó a mí el último recuerdo que tenía, en el despacho junto a mis amigos al poco de aterrizar de ese viaje que se me había hecho interminable. Fui hacia la cómoda donde estaba mi móvil y lo encendí, viendo la fecha que era para situarme. Me quedé sorprendido, habían pasado dos días.

Caminé hacia la puerta y salí de la habitación, justo en ese instante Gwen intentaba entrar y se sobresaltó.

—*A chroí* —dijo con voz ahogada—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿qué me ha sucedido para estar tanto tiempo en la cama?

—¡Qué susto nos diste! —negó—. Perdiste el conocimiento junto a Adam y Jordan en tu despacho, por lo que te trajeron hasta aquí corriendo y llamaron a Brendan por el camino para que viniera urgente. —Nombró a un amigo médico.

—Han pasado dos días —dije mientras caminábamos hacia las escaleras.

—Te inyectó un medicamento para que tu cuerpo descansara. No me acuerdo del nombre que dijo, era muy raro. Te hizo un reconocimiento y una analítica, pero todo está bien.

—Solo era agotamiento —confirmé asintiendo, igual que hizo ella.

—¿Qué quieres desayunar? —me preguntó cuando llegamos a la cocina.

—Ahora mismo arrasaría con todo lo que hay —negué por el hambre que tenía.

—Ve a ponerte cómodo, Brendan nos dijo que una vez que te despertaras te lo tomaras con calma —me pidió preocupada.

—Cambia esa cara, estoy bien. —Me acerqué para darle un beso en la cabeza.

La dejé tranquila y me dirigí hacia el salón mientras me comunicaba por mensaje con mis amigos, recibiendo los suyos de alegría porque lo estuviera haciendo, al igual que con Reese. Sentado en el sofá, la pantalla del móvil se iluminó al entrar una llamada de Cian y alargué la mano para cogerlo al haberlo dejado a mi lado.

—Adam me acaba de informar. —Fue lo primero que dijo al descolgar—. Me alegro de que estés de vuelta, la próxima vez que te dé por darnos un susto de esta envergadura tardarás más en despertarte por el añadido de la paliza que te daré. —Curvé los labios.

—Acabo de escribirles, no hace ni diez minutos que estoy en pie. Iba a llamarte mientras desayunaba.

—Tranquilo que entre todos nos mantenemos al día.

—¿Durante este tiempo todo bien?

—Más o menos. —Fruncí el gesto, levantándome.

—Extiéndelo más —dije con voz seria, caminando hacia la terraza.

—No quería hacerlo tan pronto —soltó un suspiro.

—Cian...

—Está bien. Lo han localizado.

Rígido y en tensión, así me quedé al escuchar sus palabras y el significado que acarreaban.

—¿Dónde?

—No voy a decírtelo —dijo con voz profunda.

—No quiero repetirlo.

—Ni yo, no lo vas a saber, Lander. Olvídate de todo, yo me encargo. No puedo permitir que se te vaya la cabeza.

—No me toques los cojones, Cian —siseé—. Solo tienes una opción, informarme de todos los detalles porque como lo haga por mi cuenta y sabes que no tardaré en conseguir lo que necesito... como lo haga, estarás fuera de la decisión que tome.

—La última ubicación es en España. —Apreté la mandíbula, sintiendo un escalofrío recorrerme—. Quítate de la cabeza lo que estás pensando, ¿me oyes? No va a por Kristel.

—¿Cómo narices lo tienes tan claro?

—No puedo apostar por ello, pero... Kristel no es conocida, no ha sido fotografiada contigo en ningún momento. Es imposible que sepa de su existencia.

—El «imposible» se queda muy pequeño para la maldad de ese desgraciado —solté con asco—. Mándame los datos exactos ahora mismo —le ordené.

—Tienes que descansar, tío.

—Mándamelos. —Fue mi última palabra antes de colgar.

Nervioso e inquieto miré la pantalla del móvil hasta que tuve la información que necesitaba en él. Lo apreté con rabia y me giré para entrar en casa, pero no llegué a hacerlo rápido al encontrarme a Gwen parada al lado de la mesa, con cara de preocupación.

—Todo está bien —dije al pasar por su lado, inclinándome para darle otro beso en la cabeza.

—¿No vas a desayunar? —Me siguió caminando hacia las escaleras—. Necesitas reponer fuerzas.

—Ya lo haré más tarde, ahora no. —Mi voz salió más ronca de lo normal.

—*A chroí...*

—No te preocupes por nada —le pedí antes de encerrarme en la habitación.

A puerta cerrada fui hacia el armario y saqué de la parte superior dos cajas, caminando hacia la cómoda con ellas las dejé encima. Me tomé un tiempo para abrirlas y cuando lo hice todo mi interior se removió afianzando lo que iba a hacer. Una contenía un arma desarmada, en la otra estaba la munición, todo ello debidamente acondicionado para que no supusiera ningún problema. Las dejé en la cama al igual que hice con una mochila de viaje, la que llené para varios días.

Me di una ducha rápida y salí preparado, dejando la mochila en la mesa del salón para ir al encuentro de Gwen. Para mi sorpresa no la encontré sola, todos mis amigos, sin faltar ninguno, estaban en la cocina con ella, cuchicheando.

—¿Qué hacéis aquí? —dije como si no lo supiera, parándome frente a la cafetera para hacer un café, lo único que me echaría al cuerpo.

—Lo sabes de sobra —habló nerviosa Reese.

En silencio cuando lo tuve preparado esperé unos minutos y me lo tomé de golpe.

—No tenéis de qué preocuparos —comenté.

—Tío, piensa bien lo que vas a hacer, lo que tira de ti —habló Jordan.

—¿En qué momento no lo hago? —Me giré hacia ellos, quedándome apoyado en la encimera con los brazos cruzados.

—Con este tema se te gira la cabeza —continuó Adam, dejó los ojos puestos en él—. Normal, lo entendemos, pero no puedes...

—Sé lo que tengo que hacer, incluso sé qué paso será el siguiente que haga —dije en tensión—. Que se haya dejado ver no ha sido por casualidad, quería que me enterara para regocijarse en que si él no se muestra deja de existir en este mundo.

—Para hacerlo ha debido tener ayuda —comentó Cian.

—Lo doy por hecho —asentí.

—Con el nivel adquisitivo que tiene... —intervino Gwen.

—Tenía. —Me centré en ella—. Hace mucho que debe estar pidiendo favores, me encargué personalmente de cerrarle todas las puertas. Me voy. —Me impulsé acercándome a ellos—. No es una despedida, por lo tanto, no

voy a actuar como tal. Nos vemos en un par de días.

Con esas palabras me dirigí hacia donde había dejado la mochila, la cogí y fui hacia la puerta principal. Cian se puso delante de ella y me paré enfrente, levantando una ceja.

—Dame la llave del coche, no vas a ir solo. —Levantó una mano para que lo hiciera—. He cogido dos billetes de avión, salimos en dos horas y media.

Asentí después de tomarme unos segundos meditándolo y le di la llave. Satisfecho y soltando el aire que había retenido se apartó abriendo la puerta y salimos de casa. Lo primero que hicimos al llegar al aeropuerto fue pasar por el mostrador de facturación. Cian tenía que facturar las armas porque no podía subir las a bordo. Antes de llegar hasta él hice que me siguiera hacia un lateral.

Pasando desapercibidos para la gente saqué las dos cajas pequeñas de la mochila y se las di disimuladamente.

—¿Qué cojones pensabas hacer con esto? —habló con voz ronca después de descubrir lo que contenían.

—No me permitirías que hiciera lo que quiero, aunque no me temblaría el puso para utilizarla —contesté mostrándome tranquilo, frío—. Lo vas a hacer tú y si se da la oportunidad, tiene que ser con esta —aclaré dejando la palma de la mano encima de las cajas.

—¿Lo tenías preparado? ¿Desde cuándo? —Quiso saber.

—Desde hace mucho —siseé.

El tiempo de espera en el aeropuerto, una vez facturamos y pasamos el control de seguridad, se hizo interminable. Yo no dejé de dar vueltas de un lado al otro, Cian estuvo haciendo llamadas a todos los que conocía en España, para ponerlos al corriente de la situación y de los planes que teníamos. Todo se puso en marcha mientras mi ansiedad y angustia se incrementaban.

—Reese —dije cuando descolgó.

—¿Sí?

—Pásame el número de teléfono de Diego, necesitare localizar rápido a Kristel.

—Enseguida, *deartháir*. Ya está, te quiero. Tened cuidado, por favor.

Capítulo 24



Kristel

—Quiero volver a Irlanda —le dije a Diana.

Estábamos en la terraza de una cafetería disfrutando del buen día que hacía. Era viernes, pero ella no había tenido que ir a trabajar al tener todavía días acumulados de vacaciones, se lo había tomado libre para alargar el fin de semana. Por mi parte sí que tenía que hacerlo, de hecho, lo había dejado apartado un poco para tomarme un descanso junto a ella, en cuanto regresara a casa volvería a fusionarse con el portátil.

—No me extraña hija, a mí se me ha desintegrado todo al explicarme lo que contenía el sobre —sonreí negando.

—Voy a llamar a Diego para que me dé el número de Reese, así me aseguro para coger un vuelo. —Busqué el móvil dentro del bolso—. Parece que me ha leído el pensamiento —comenté divertida al entrarme una llamada de él, levantándolo en alto—. ¿Te han pitado los oídos? —dije al descolgar.

—¿Cómo?

—Acabo de nombrarte, estoy con Diana.

—¿Dónde estáis? —Lo escuché moverse.

—En la cafetería de siempre merendando, ¿vas a venir? Quería pedirte el número de Reese.

—Voy de camino, no os mováis de ahí. —Me colgó.

Miré extrañada la pantalla, lo que provocó que Diana me preguntara.

—¿Qué pasa?

—Ni idea. —Me encogí de hombros, guardándolo—. Lo he notado muy serio.

—Lo habrás pillado liado. —Buscó una lógica.

—Viene para aquí, me ha dicho que no nos movamos.

—Ah. —Se quedó pensativa—. Ahora nos contará, seguro que es una tontería. —Le quitó importancia añadiendo un gesto con la mano.

—Sí. Come, estos cruasanes tienen una pinta... —Me relamí haciéndola reír.

Nos entretuvimos vaciando la bandejita surtida que habíamos pedido, acompañándolo con dos cafés con leche. Haciendo tiempo hasta que Diego llegara nos pusimos al día de cómo había ido la semana.

—Volviendo a lo de la carta... —dijo en un momento dado.

—Te ha dado fuerte, ¿eh? —Reí.

—Chica, lo que no sé es cómo tú puedes estar tranquila. Yo ya estaría arrastrando la maleta para ir hacia Maira, después esperaría allí lo que hiciera falta —dejó salir un suspiro.

—¿Para qué me voy a poner nerviosa ya? No sé ni cuando voy a ir —sonreí.

, —Se te cae la baba, no lo niegues.

—Y lo que no es la baba también. —Reímos—. Ya llegará el momento nervios, por ahora...

—Por ahora te sabes cada palabra escrita de memoria. Estoy visualizando que la has enmarcado y la has colocado en la cabecera de la cama.

Volvimos a reír, demostraba más entusiasmo que yo. No es que no lo sintiera, claro que sí, solo con el simple hecho de volver a ver a Lander... pero quería estar centrada sobre ese tema, controlándolo para que el tiempo fuera más llevadero.

Diana me habló contándome algo, pero escuché su voz de fondo porque me concentré en Diego, el que localicé en la acera caminando hacia nosotras, con paso ligero. Arrugué un poco el gesto al ver su expresión, la que varió en cuanto se puso delante de nosotras.

—Hola —nos sonrió ocupando una silla.

—Hola enamorado, ¿cómo te ido la semana? —Se interesó Diana, divertida.

—Con mucho trabajo, pero bien —le respondió.

—¿Por qué has venido a la carrera? —solté sin haber dejado de observarlo.

—Estaba agobiado y he salido pitando del trabajo. —Me hizo un guiño.

Por mucho que lo intentó no se lo creyó ni él que fue creíble, pero me callé por el momento. Si no había querido decirlo directamente tendría sus motivos. Acercó la silla a la mía y pasó un brazo por mi respaldo, sonriéndome.

—¿Sabes que hay novedades con el sobre? —Se inclinó en la mesa Diana, emocionada.

—¿Novedades? ¿No me digas que te has decidido a abrirlo? —Se centró en mí.

—Pues sí, te he hecho caso —asentí dándole el último sorbo al segundo café, apurándolo.

—¿Y?

—Era de Lander —aclaré.

—No jodas. —Se sorprendió sentándose recto—. ¿No te dijo que no le pertenecía?

—Eso dijo, pero hay un porqué. Es de él, pero no para él.

—¿Cómo? Joder, no me hagas descifrar el jeroglífico.

—Escribió una carta en el tren y la metió dentro del sobre que encontré pensando que se le había caído. Iba destinado a mí.

—¿En serio?

Le expliqué cómo se había dado todo, haciéndole un resumen del contenido de la carta, por encima. Era algo privado de Lander, sus sentimientos y emociones, y al igual que había hecho hacia Diana, solo generalicé.

¹ —Es increíble. —Movié la cabeza de lado a lado.

—¿A qué sí? —Aplaudió Diana.

—Me refiero a que, a pesar de que tenías las respuestas contigo y de que hasta ahora no lo hayas descubierto... aun así volvisteis a encontraros y nada tuvo que ver el sobre.

—Así es —sonreí relajándome al ver que poco a poco fue mostrándose normal.

Lo conocía perfectamente y detectaba al instante cuando quería ocultar algo, ya fuera porque no encontrara el momento para explicarlo o por tantear la situación dependiendo de la gravedad de lo que callara, por cómo nos lo tomaríamos. Siempre pendiente de cómo recibíamos la información y lo que nos afectaría. A pesar de ello no bajé la guardia, pero más relajada.

Después de una hora conversando, cuando el sol empezó a caer, decidimos que había llegado la hora de irnos.

—Mañana podemos salir por la noche, aunque sea en plan tranquilo —propuso Diana.

—Por mí bien —asintió Diego.

—Me vendrá genial para desconectar, que llevo un ritmo —suspiré.

—Perfecto. —Reaccionó animada antes de darnos dos besos a cada uno.

Su piso no quedaba muy lejos de la cafetería, pero en la dirección contraria a la nuestra. Empecé a caminar con Diego por la acera, en silencio, hasta que llegamos a su coche.

—Hablamos mañana. —Me giré hacia él para despedirme.

—Sube, te llevo a casa —me pidió yendo hacia la puerta del conductor.

—Me apetece ir caminando.

—Se está haciendo de noche. —Puse los ojos en blanco.

—A ver si te piensas que no piso la calle sola a estas horas y más tarde. ¿Qué te pasa?

—Ya lo sé, pero si estás conmigo y tengo el coche... tienes una buena caminata hasta casa. Tampoco es tan rara mi propuesta.

—Mi pregunta no es por ese motivo.

—Nada —respondió rápido y levanté una ceja.

Ese «nada» me impulsó a montarme para intentar que consiguiera cambiarlo. No sucedió, inició una conversación en otra dirección y yo me amoldé a él, mirándolo de reojo de vez en cuando.

—Joder, que mala es esta hora para aparcar —se quejó.

—¿Sigues queriendo entrar? —Me referí a que me había dicho en el camino que se quedaría a cenar conmigo.

—Claro. Voy a alejarme un poco de aquí a ver si hay suerte —respondió convencido y asentí.

A tres calles de donde estábamos, a seis en total de mi casa, consiguió encontrar un aparcamiento.

—Pues no sé qué decirte, ahora mismo tampoco estamos tan alejados de la cafetería —dije divertida cuando íbamos por la acera.

—Ya te digo, no tendría que haber movido el coche. —Rio y sonreí al verlo.

Viendo mi casa enfrente de nosotros, con una calle de separación, me giré hacia Diego al haberse parado a sacar el móvil de un bolsillo, al estar sonándole.

—Va, que ya no queda nada —lo animé cuando resopló antes de descolgar.

—Kristel, espérame —me pidió con el teléfono en la oreja.

—Pero si estoy aquí y el portal ahí. —Reí divertida al verlo agobiado, señalando hacia delante.

En cuanto puse un pie en el paso de cebra que era bastante largo al ser ancha la carretera, me centré en él para cruzarlo, atenta, aunque no venía nadie en ningún sentido.

—¡Kristel! —Me giré otra vez hacia Diego, extrañada al llamarme gritando.

—¿Qué...? —Fue lo único que me dio tiempo a decir.

Me quedé sin respiración cuando los ojos se me fueron hacia un coche que se acercaba a gran velocidad, hacia mi dirección. Bloqueada por unos segundos empecé a correr hacia el otro lado, desconcertándome más cuando el coche se movió como si quisiera tenerme delante.

Todo sucedió tan rápido, pero fue como si lo viera a cámara lenta... otro coche apareció de la nada, poniéndose en paralelo a él, igualando la velocidad y ese instante fue mi perdición, cuando vi quién conducía el que acababa de llegar, Lander. Me bloqueé por completo sin entender nada, quedándome paralizada en medio del paso de cebra, hasta que escuché la voz de Diego gritar mi nombre varias veces y parpadeé rápido, enfocando la mirada hacia él. Venía corriendo hacia mí sin dejar de llamarme.

Me vi arrastrada por mi amigo, hasta que me cogió en brazos sin dejar de avanzar, lanzándonos el último tramo al suelo, entre varios coches que estaban aparcados. A los pocos segundos los coches pasaron volando muy cerca de nosotros, casi rozando nuestros pies.

—¿Qué...? —Intenté hablar sin salir del *shock*.

Fue Diego el que me levantó, palpándome con las manos para saber si estaba bien. Algún sí salió de mis labios como respuesta a sus preguntas, pero sin poder reaccionar más.

—Joder —gritó abrazándome.

—¿Qué ha sido eso? —dije con un jadeo.

—No lo sé —respondió con dudas.

Reaccioné separándolo de mí a la fuerza, asomándome a la carretera. Después de varios frenazos fuertes había sonado como un petardo, retumbando en el silencio del comienzo de la noche. Solté un jadeo al ver a los dos coches parados en medio de la carretera, en paralelo, el del desconocido y el que conducía Lander, sin saber si había movimiento dentro de ninguno de los dos.

Mis pies se movieron solos hacia ellos, al darme cuenta de que no eran los únicos. Varios coches los habían rodeado bloqueándoles el paso por delante y por detrás.

—¿Adónde vas? —Me agarró de una mano Diego.

—Uno de ellos es Lander —dije con un nudo en la garganta, con las lágrimas cayéndome por las mejillas.

—Lo sé.

Me giré de golpe hacia él.

—¿Lo sabes porque lo has visto igual que yo?

—Sí y no. —Apretó la mandíbula.

1—¿Qué mierda estás ocultando Diego? —grité nerviosa.

No esperé a que me contestara, salí corriendo hacia el follón que se había formado en cuestión de segundos. La gente había ido saliendo de sus casas y se mantenían a distancia. Pero me paré en seco conteniendo el aire cuando sacaron, del primer coche que había visto, el cuerpo de un hombre que no se valía por sí mismo para hacerlo. Me fijé que lo hizo un policía y me impresionó ver cómo lo dejaba estirado en el suelo.

Contuve el aire al diferenciar la figura de Cian caminado ligero hacia el coche que conducía Lander y volví a correr hacia ellos, sin entender una mierda de lo que había sucedido ni de lo que estaba sucediendo. Los ojos se me inundaron por completo de lágrimas cuando Cian abrió la puerta del conductor y por ella salió Lander, por su

propio pie, lo que provocó que el aire volviera a entrar en mis pulmones cuando se abrazaron.

Ni me di cuenta del grito que salió de mi garganta, pero ellos sí. Se giraron en mi dirección y me retiré las lágrimas, nerviosa, al ver que Lander empezaba a acercarse a mi rápido mientras lo recorría con la vista, comprobando que no tenía ningún daño visible.

—Pequeña —sollocé al escuchar esa palabra y al sentir sus brazos rodeándome con fuerza. Dejé de sentir el suelo bajo los pies y enrosqué las piernas en su cadera sin apartar la cabeza del hueco de su cuello, descargando toda la tensión, los nervios y el miedo que había pasado.

Lander

La posibilidad de no llegar a tiempo me consumió. Cuando Cian recibió una llamada en la que le notificaron que lo habían vuelto a ubicar, esa vez cerca de la casa de Kristel, casi me da un infarto. Yo sabía dónde vivía al haber hablado con Diego, primero para que me diera toda la información de ella y segundo, para ponerlo en situación, para que no la dejara sola en ningún momento hasta que nosotros apareciéramos.

Todo se aceleró de tal manera que me vi conduciendo a una velocidad fuera de lo normal sin poder pararme a hablar con Kristel. Tuve que centrarme en lo que imperó para protegerla, agarrándome a la esperanza de que estaba con Diego y él sí sabía a lo que atenerse.

Con la libertad de que la policía bloqueó el acceso de la carretera en la que sucedió todo, desde varios puntos a bastante distancia, pude llevar el coche al máximo para igualarme a ese desgraciado, con la intención de cortarle el paso en el momento justo. Cuando giré la cabeza viendo su asquerosa cara con una sonrisa a través de los cristales, la rabia me inundó. Cian se posicionó en la dirección contraria, para bloquear cualquier punto de escape, junto a la policía que nos seguía desde mi posición y la de Cian. Por suerte el inspector amigo de Cian nos facilitó participar, a pesar del riesgo que suponía, sobre todo a mí porque Cian estaba más que preparado para ello. Pero dada la implicación que tenía con el asunto, dada la determinación que mostré y que afiancé...

—Bebe un poco. Está muy caliente, pero lo necesitas —le hablé a Kristel, dejando un vaso de tila que le había preparado enfrente de ella, en la mesa.

El inspector de policía amigo de Cian acababa de irse de su casa, después de tomarle declaración por puro trámite. Yo me reuniría con él al día siguiente, aunque la información estaba toda clara. Cian y Diego habían seguido su mismo camino mucho más tranquilos, dejándonos solos.

Ella todavía estaba en *shock*, le costaba reaccionar. Preocupado me senté a su lado en el sofá, viendo como cogía el vaso despacio y se lo llevaba a los labios.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido todo esto? —dijo en susurros.

—Es culpa mía —aseguré marcando todas las palabras. Giró la cabeza hacia mí.

—¿Qué dices? ¿Quién era el hombre que conducía?

—Mi padre.

—¿Qué? —gritó y tuve que quitarle el vaso de las manos. Lo movió con tanta fuerza que se derramó cayendo buena parte del líquido al suelo— No lo entiendo.

—Porque no conoces mi historia, Kristel —dejé salir el aire, quedándome pensativo.

—Cuéntamela, por favor. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Ha muerto?

—Ha muerto y doy gracias porque sea así. —Apreté la mandíbula—. Cian lo ha matado. Estaba tan atento a mí, a ir paralelo a él, que no se ha dado cuenta de que Cian iba hacia él, de frente. En cuanto ha sacado un arma, apuntándome, mi amigo ha descargado la suya en él.

—¿Quería matarte? —dijo con un jadeo, llorando.

—Siempre ha querido hacerlo. —Intenté sonreír un poco, pero me salió una mierda de mueca—. Y hacerme daño de cualquier manera, por eso vino hasta aquí, a por ti. No sé cómo le llegó la información, supongo que alguien que nos vio juntos se fue de la lengua hacia él. Lo averiguaré.

Me levanté quedándome enfrente de ella y me quité el jersey, dejando el pecho descubierto.

—¿Qué haces? —Reaccionó descolocada.

—Siempre me has visto de frente.

—¿Cómo? —Tragó saliva.

—Esto fue a los seis años. —Me giré para que viera el costado de mi torso. Agrandó los ojos ante la gran cicatriz que había—. Me apuñaló porque no tuvo bastante con la paliza que le dio a mi madre.

—Lander...

—Al igual que esto —me giré dándole la espalda, señalando otra cicatriz por arma blanca en horizontal que quedaba a la mitad—, a los diez años.

—No puede ser... —habló con la voz entrecortada por el llanto.

—Y esta es la cicatriz de una herida de bala. —Bajé la mano hacia las lumbares—. Me disparó a los catorce años. La misma arma que utilizó para hacerlo, es la que le ha quitado la vida hoy. Conseguí hacerme con ella y la he tenido guardada, a la espera de poderla utilizar y ha sido Cian quien lo ha llevado a cabo.

»A esa edad, a los catorce, fue la última vez que estuve en su punto de mira directo. Hui, pero no fue fácil. Ese hombre siempre tuvo mucho poder adquisitivo, nadie se creyó nada de lo que conté o más bien quedó tapado con dinero. Desde que lo hice he tenido su amenaza constante encima de mí y de todo lo que me importa.

—¿Y tu madre? ¿Se fue contigo? —Se retiró las lágrimas.

—No —dije en tensión—, no quiso en ese momento, por miedo y cuando hice el intento de ir a por ella, cuando ya era más adulto, fue demasiado tarde. —Dejó salir un pequeño grito.

»Durante mucho tiempo odié ser yo, por lo que me había caído en desgracia, por lo que tuve que enfrentar, por no haber podido ayudar a mi madre necesítándolo tanto... La familia feliz y afortunada de cara a la galería, eso es lo que éramos, pero una vez se cerraba la puerta de casa era un vivir dentro del horror y del pánico.

»Hace años le perdí la pista, siempre ha dispuesto de lo necesario para hacerse invisible. Hasta que Cian me alertó cuando desperté del desmayo, informándome de que la policía había detectado un movimiento de él.

—¿Te has desmayado? —Se levantó nerviosa—. ¿Estás bien?

—Perfectamente, me han tenido durmiendo dos días enteros.

—¿Dos?

—El viaje urgente de trabajo que tuve que hacer, el que evitó que pudiéramos vernos, terminó por aniquilar todas mis energías. Fueron dos semanas muy duras e intensas, durmiendo solo a intervalos cortos. —Me encogí de hombros. Recibió la noticia con preocupación.

—¿Ahora qué va a pasar? Cian ha sido el que lo ha matado, ¿lo detendrán? —Se removió nerviosa.

—No. —Curvé los labios—. Tiene la licencia en orden y antes de trabajar para mí lo hacía en la policía irlandesa. El que te ha hecho preguntas es amigo de él, no le sucederá nada y menos con tantos motivos demostrables a su favor. Seguramente ahora mismo esté tomando una cerveza con su amigo, poniéndose al día para informarme mejor.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos en los que se acercó a mí y me abrazó. Apreté el agarre, interiorizando el tenerla conmigo, apaciguando el miedo que me había recorrido.

—Eres un mentiroso —susurró.

—¿Y eso a qué viene? —Fruncí el gesto sin que me viera.

—Sé que ahora mismo te han salido arrugas en la frente, con esa mirada tan penetrante que sacas cuando algo te supera y no te gusta. —Apreté los labios para no reír—. Pero no voy a cambiar de opinión, eres un mentiroso.

—Te he dicho toda la verdad.

—No, me dijiste en toda mi cara que el sobre no era tuyo. —Apoyó la barbilla en mi pecho.

—Es que no lo era. Era tuyo, tú eras la destinataria. Lo has abierto...

—Lo he hecho —susurró emocionada.

—¿Y?

—Me sigues pareciendo raro, muy raro —sonreí abiertamente—, peeeero, un raro adorable. Te quiero.

—Te quiero, pequeña. *Mo chuisle, mo chroí.* —Las palabras que jamás pensé que pronunciaría salieron solas de mis labios, directas desde mi corazón.

—¿Qué significa lo que has dicho?

—Eres el latido de mi corazón. Literalmente el significado es, mi pulso, mi corazón. —Más lágrimas salieron de sus ojos, pero esa vez de felicidad.

—Sé que ahora mismo te han salido arrugas en la frente, con esa mirada tan penetrante que sacas cuando algo te supera y no te gusta. —Apreté los labios para no reír—. Pero no voy a cambiar de opinión, eres un mentiroso.

—Te he dicho toda la verdad.

—No, me dijiste en toda mi cara que el sobre no era tuyo. —Apoyó la barbilla en mi pecho.

—Es que no lo era. Era tuyo, tú eras la destinataria. Lo has abierto...

—Lo he hecho —susurró emocionada.

—¿Y?

—Me sigues pareciendo raro, muy raro —sonreí abiertamente—, peeeero, un raro adorable. Te quiero.

—Te quiero, pequeña. *Mo chuisle, mo chroi*. —Las palabras que jamás pensé que pronunciaría salieron solas de mis labios, directas desde mi corazón.

—¿Qué significa lo que has dicho?

—Eres el latido de mi corazón. Literalmente el significado es, mi pulso, mi corazón. —Más lágrimas salieron de sus ojos, pero esa vez de felicidad.

Epílogo



Seis años más tarde...

—Drako, ven aquí. —Lo llamé en tono bajo.

Llegó rápido a mi llamada, quedándose sentado atento a lo que estábamos haciendo. Era un perro precioso, de tamaño mediano-grande. Me lo regaló Lander por sorpresa, rescatándolo de una perrera cuando tenía un año. Sabía lo que me gustaban y recordando el comentario que le hice al enseñarme su casa la primera vez que me llevó a ella, el de que, si no tenía perro por el espacio inmenso en el que vivía, quiso que yo disfrutara de uno. Aunque aquí entre nosotros, a Lander se le caía la baba aún más que a mí con él.

Mis amigos y los de Lander, incluyendo a Deirdre, la mujer de Cian, quien en ese instante estaba arrodillado a su lado por lo alto que era, y Cara, nuestra hija de cinco años que estaba agarrada a mi pierna, todos, sin excepción, estábamos escondidos en el jardín. Más concretamente en un lateral de la casa mientras yo sujetaba una cuerda fina.

¿El motivo? Estáis a punto de descubrirlo.

—Ya viene, Gwen ha alzado la voz.

—La cara que se le habrá quedado a Lander al escucharla... seguro que le está diciendo que por qué le grita si lo tiene al lado. —Río en tono bajo Reese, contagiando al resto.

—Yaaa... —susurró Jordan.

Tiré con fuerza de la cuerda y el resultado fue inmediato. Un Lander chorreando al haberse volcado un cubo de agua en su cabeza se había quedado pasmado al inicio del césped, sin saber reaccionar mirando hacia el frente. Y no solo estaba mojado, no, brillaba por la purpurina que le habíamos echado al agua. Si ya lo hacía de por sí, ese día tenía que hacerlo mucho más porque era su cumpleaños.

—¿Quién...? —habló en alto.

—¡¡FELICIDADES!! —gritamos todos a la vez.

Soltamos una carcajada todos al hacernos presentes para él, hasta Drako ladró dando vueltas sobre sí mismo, feliz Lander levantó una ceja, mirándonos uno por uno, sin saber hacia quién decantarse primero. No me lo pensé, salí corriendo sin dejar de reír con Cara siguiéndome de cerca. Me lancé a él y me cogió en brazos.

—Felicidades, cariño. Te quiero —susurré sobre sus labios, besándolo con todo el amor que sentía.

Me correspondió al beso como necesitaba, provocando que a nuestro alrededor sonaran silbidos y vítores.

—¿En serio no has encontrado otra forma de felicitarme? Estoy abrumado por tal recibimiento.

Volví a reír mientras le retiraba de la cara purpurina. Gwen se unió a nosotros y agarró de la mano a Cara que seguía riendo mientras pasaba las manos por la ropa de su padre. Fue la que se ganó su primera sonrisa.

—Como nunca celebraste tu cumpleaños en la infancia... —dije como si nada, captando su atención.

—Pequeña, si me hubiera explotado en la cabeza una piñata lo entendería, pero ¿un cubo de agua pringoso? ¿De verdad?

—Tranquilo, que tenemos muchos canguros para dejarlos a cargo de Cara, y así te puedo ayudar a ducharte y te froto la espalda —susurré sobre sus labios.

—Te voy a aclarar ahora mismo lo que vas a frotar —dijo serio, pero al final soltamos los dos una carcajada mientras me llevaba en brazos hacia el interior de la casa—. Ni se te ocurra decirme algo de que estoy mojando el suelo —le advirtió a Gwen cuando fue a decir algo.

Acabáis de conocer una pincelada de lo que habíamos vivido durante todos estos años. Y es que Lander una vez se abrió a mí, explicándome la infancia tan traumática que vivió, la que forjó la base para convertirlo en el hombre que conocí en el viaje del tren, al hacerlo, le sirvió para que poco a poco soltara todas las cargas que llevaba sobre su espalda.

Estaba muy orgullosa de todos los cambios que había hecho porque le habían traído paz y felicidad, sus expresiones habían cambiado tanto... Eso sí, su parte mandona y altiva muchas veces salía a relucir, no lo podía evitar según con lo que se encontrara, pero eran pequeños baches que terminábamos saltando.

Vivíamos la mayor parte del tiempo en Irlanda, respetando el curso escolar de Cara. Cuando llegaba el verano nos trasladábamos a la casa que tenía Lander de propiedad en España, la mía la tenía alquilada. Mis padres disfrutaban de nuestras estancias allí, como también de los viajes a Irlanda que les programaba Lander cuando ellos querían.

Solo hubo una cosa que trastocó su paz después de lo sucedido, el querer saber la vía por la que su padre se enteró

de mi existencia. Después de un tiempo al ver cómo ello lo consumía, le pedí por favor que lo dejara, que ya daba igual quién hubiera sido o no. Estábamos juntos, sanos, bien y felices, así quería que lo sintiera él, para que pudiera vivir todos los sentimientos bonitos sin que nada le atormentara. Nos costó varias conversaciones, pero al final conseguí que me dijera que lo dejaba apartado, pero no cerrado porque Cian seguiría investigándolo sin tanta implicación por su parte.

Para nuestra sorpresa, dos años más tarde llegó la respuesta que tanto había buscado. Anonadados nos quedamos cuando Cian se presentó en nuestra casa y dejó abierta una carpeta con varias fotografías de Ardál, la recepcionista de la empresa de Lander. En la información había registros de llamadas que se correspondían con el teléfono que llevaba encima su padre cuando falleció, detalles de citas programadas a través de una tercera persona de la que también aparecía el nombre. Sabéis lo que sucedió a partir de ahí, ¿verdad?

Lander lo movió todo y no tuvo clemencia hacia esa mujer, involucrando a la tercera persona que también sufrió las consecuencias. Principalmente se deshizo de ella, la denunció y no conforme con ello, le cerró todas las puertas provocando que cuando salió impune de la sentencia que dictaminó el juez, al no tener antecedentes anteriores, tuviera que abandonar el país corriendo.

Cerrado ese tema, sin querer pensar más en él, paso a hablaros de nuestros amigos para que sepáis qué había sido de sus vidas y cómo les iba. Ya os adelanto que perfectamente.

Diego se trasladó a Irlanda a vivir. Después de que la relación con Reese fuera avanzando a pasos agigantados, tiempo en el que viajaron los dos constantemente, Lander, en una de las veces que Diego estaba en Irlanda, le propuso que trabajara en su empresa. Reese era su familia, su hermana elegida como les gustaba decir a los dos, la que le ayudó a sobrellevar su infancia y nunca lo abandonó, por lo tanto, quiso apoyarla para que tuviera la felicidad completa. De esa forma Diego no se lo pensó y cesó su trabajo en España y se vino a vivir a Irlanda, instalándose en la casa de ella, de la que ya no volvió a salir. Ya me entendéis en el sentido que lo digo. Eran padres de una niña preciosa de dos años, motivo por el que sus amigas de toda la vida, Maira, Diana y yo, nos burlábamos provocado por lo que anticipó Maira en la casa que alquilamos para pasar unos días en Inistioge, las de que en un futuro tendría una hija que lo volvería loco por lo protector que era. Se hizo realidad.

Mi amiga Maira consiguió el traslado a España, pero ironías de la vida, tuvo que esperar un tiempo para solicitar que la dejaran optar otra vez para una plaza en Irlanda, para invertir el proceso y regresar. Por suerte no le fue difícil conseguirlo, había vivido y trabajado años allí, lo que fue una ventaja y en cuanto salió la primera oportunidad volvió a pisar suelo irlandés por tiempo indefinido, en una sucursal diferente y muy próxima a nosotros. El motivo que provocó que tomara esa decisión fue que Adam poco a poco se fue acercando a ella. Vivieron una historia de amor muy bonita, la que se fraguó lentamente, pero consolidándose con el tiempo hasta convertirse en la pareja que eran. Maira estaba embarazada de siete meses, venía en camino un niño al que todavía estaban pensando qué nombre ponerle. No podían estar más felices.

1

Jordan y Diana vivían en una constante luna de miel, como también en una batalla interminable. Así eran ellos, pura adrenalina cuando estaban juntos. Eran los únicos que vivían lejos de nosotros por largas temporadas. Jordan se trasladó a España para encargarse directamente de la sucursal que tenía Lander en España. Pasaban seis meses

allí y los otros seis restantes del año lo hacían en Irlanda. Diana consiguió que su empresa le facilitara el poder trabajar desde casa, llegando a un acuerdo que le supuso mucha libertad de movimiento, pudiendo hacerlo donde estuviera. A pesar de pasar mucho tiempo apartados de nosotros físicamente, no lo hacían virtualmente porque hacíamos muchas videollamadas entre todos, al igual que siempre estábamos en contacto.

Nuestra Gwen porque así la consideraba para mí también, seguía formando parte de nuestras vidas conviviendo con nosotros como siempre había hecho con Lander. Siempre cuidó de él porque en el fondo, aunque no lo aparentara ni lo mostrara, necesitaba que fuera así.

La mujer de Cian, Deirdre, era encantadora. En cuanto Cian me la presentó supe que iba a ser importante en mi vida y así fue. Ellos seguían tan felices como cuando los conocí y enamorados, irradiándolo hacia todos los que los rodeábamos.

Quién me iba a decir aquella mañana en la que todo empezó a irme mal, en cuanto me quedé bloqueada dentro de un taxi en medio de un atasco en España, que llegar a tiempo para subirme al tren que me tenía que llevar hacia mis amigos, supondría que terminaría siendo el mejor y más importante viaje de mi vida.

El amor espera a ser descubierto en cualquier rincón, en cualquier situación... nunca se sabe qué ocasión elegirá para aparecer y mucho menos podemos intuir la forma en la que todo gira a nuestro alrededor, para llevarnos por un camino en el mismo sentido.

Amaba a Lander, como sabía que él también me correspondía a mí. Como una vez me dijo, éramos el latido de nuestros corazones, donde todo cobra sentido.

allí y los otros seis restantes del año lo hacían en Irlanda. Diana consiguió que su empresa le facilitara el poder trabajar desde casa, llegando a un acuerdo que le supuso mucha libertad de movimiento, pudiendo hacerlo donde estuviera. A pesar de pasar mucho tiempo apartados de nosotros físicamente, no lo hacían virtualmente porque hacíamos muchas videollamadas entre todos, al igual que siempre estábamos en contacto.

Nuestra Gwen porque así la consideraba para mí también, seguía formando parte de nuestras vidas conviviendo con nosotros como siempre había hecho con Lander. Siempre cuidó de él porque en el fondo, aunque no lo aparentara ni lo mostrara, necesitaba que fuera así.

La mujer de Cian, Deirdre, era encantadora. En cuanto Cian me la presentó supe que iba a ser importante en mi vida y así fue. Ellos seguían tan felices como cuando los conocí y enamorados, irradiándolo hacia todos los que los rodeábamos.

Quién me iba a decir aquella mañana en la que todo empezó a irme mal, en cuanto me quedé bloqueada dentro de un taxi en medio de un atasco en España, que llegar a tiempo para subirme al tren que me tenía que llevar hacia mis amigos, supondría que terminaría siendo el mejor y más importante viaje de mi vida.

El amor espera a ser descubierto en cualquier rincón, en cualquier situación... nunca se sabe qué ocasión elegirá para aparecer y mucho menos podemos intuir la forma en la que todo gira a nuestro alrededor, para llevarnos por un camino en el mismo sentido.

Amaba a Lander, como sabía que él también me correspondía a mí. Como una vez me dijo, éramos el latido de nuestros corazones, donde todo cobra sentido.

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: [@carlotamanzanoautora](#)

Página de autora: [relinks.me/CarlotaManzano](#)

Twitter: [@ChicasTribu](#)